

LOS EPISODIOS DE TRAFALGAR Y CÁDIZ
EN LAS PLUMAS DE FRASQUITA LARREA
Y *FERNÁN CABALLERO*

COLECCIÓN
BICENTENARIO



LOS EPISODIOS DE TRAFALGAR Y CÁDIZ
EN LAS PLUMAS DE FRASQUITA LARREA
Y *FERNÁN CABALLERO*

ESTUDIO, SELECCIÓN Y NOTAS DE
MARIETA CANTOS CASENAVE



Servicio de Publicaciones
Diputación de Cádiz

Cádiz, 2006

© MARIETA CANTOS CASENAVE

de la presente edición:

© Servicio de Publicaciones de la Diputación de Cádiz



Servicio de Publicaciones de la Diputación de Cádiz

San José 7 Dpdo. 11004 Cádiz

cultura.publicaciones@dipucadiz.es

Tel. 956 80 83 00 · Fax 956 21 12 64

www.cadizcultura.es

Colección: CÁDIZ, 1812

Depósito Legal: CA-611/06

ISBN: 84-96583-20-1

Diseña y maqueta: Cadigrafía Publicidad y Comunicación

Imprime: Imprenta Línea Offset de Chicalana S.L.

ÍNDICE

I. Estudio introductorio	9
I. Preliminar	11
II. Frasquita Larrea y Cecilia Böhl De Faber, «Fernán Caballero» ...	17
III. De Trafalgar a Cádiz: un recorrido literario	30
IV. Entre la épica y el patetismo sensible	39
V. Tras la Guerra de la Independencia: Un folletín	51
VI. Una visión caricaturesca del legado de las Cortes de Cádiz	54
VII. Noticia bibliográfica	63
VIII. Bibliografía	65
IX. Esta Edición	69
II. Los escritos políticos de Frasquita Larrea (1775-1838)	71
1. «Una aldeana española a sus compatriotas»	73
2. <i>Saluda una andaluza a los vencedores de los vencedores de Austerlitz</i>	75
3. «Chiclana»	77
4. <i>Fernando en Zaragoza. Una visión</i>	79
5. «Contestación a la censura»	83
6. «El General Elío o lo que son los españoles»	85
7. «Fragmento, escrito el día de San Fernando»	87
8. «Al autor del <i>Español</i> »	89
9. «Carta al autor del <i>Español</i> »	91
10. «Otra vez Napoleón»	95
11. «Carta a un joven. Contestación sobre el Obispo de Orense» ...	97
12. «Carta a un amigo analizando la proclama del Señor Jefe político Jáuregui»	99
III. <i>Fernán Caballero</i> (1796-1877). De la visión romántica a la sátira caricaturesca	101
1. <i>La madre o el combate de Trafalgar</i>	103
3. <i>Magdalena</i>	111
2. <i>Un servilón y un liberalito, o Tres almas de Dios</i>	135
IV. Anexo. <i>Una madre. Episodio de la batalla de Trafalgar</i>	197

ESTUDIO INTRODUCTORIO

ESTUDIO INTRODUCTORIO*

I. PRELIMINAR

Determinados acontecimientos históricos, determinadas coyunturas políticas, espolean los espíritus de los hombres y agitan sus corazones hasta hacer que sus pensamientos y emociones necesiten liberarse a través de la opinión. Cómo debieron ser las circunstancias que vivió la España de principios del XIX para que también las mujeres –entonces muy limitadas en su radio de acción a la esfera doméstica– sintieran un deseo imperioso, a veces vivido incluso como obligación, no sólo de dar a conocer sus ideas sino de trasladarlas incluso por escrito¹.

Ese afán por comentar los sucesos públicos a veces sólo en el ámbito privado de la epístola familiar, otras en el espacio semipúblico de las tertulias y aun otras lanzándose de lleno a la esfera pública lo sintieron algunas mujeres al vivir hechos singulares como el combate de Trafalgar o la invasión del suelo patrio por las tropas napoleónicas. Como he señalado en otra ocasión², la experiencia de Trafalgar vivida desde muy pronto como una derrota gloriosa fue efectivamente un acontecimiento que, como señalara Alcalá Galiano en sus memorias, constituyó por primera vez una verdadera llamada de atención a la conciencia ciudadana, pues fue entonces la primera ocasión en que el interés particular se transformó en cuestión nacional:

Numerosísimo gentío poblaba el muelle. Ni la inclemencia del tiempo impedía que personas aun de las clases superiores y acomodadas y de ambos sexos acudiesen a ofrecerse a los heridos, solicitando a competencia llevarse los a sus casas para

* Este trabajo forma parte de los resultados de investigación del proyecto de Excelencia LAS CORTES DE CÁDIZ Y EL PRIMER LIBERALISMO ANDALUZ (referencia PAI05-HUM00549) del Plan Andaluz de Investigación.

¹ Marieta Cantos Casenave, «La mujer en el Cádiz de las Cortes: entre la realidad y el deseo», en *Mujer y deseo. Representaciones y prácticas de vida*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2004, págs. 91-101.

² Marieta Cantos Casenave, «El Trafalgar literario: antes y después de Galdós», en *Trafalgar y el mundo Atlántico*, Marcial Pons, Madrid, 2004, pp. 347-357; también, «La batalla de Trafalgar en la literatura», *En torno a Trafalgar*, Plan Trafalgar y Mancomunidad de La Janda, 2004, pp. 71-80.

su cura y regalo. Fue aquella la primera ocasión en España durante dilatados años en que se notó lo llamado espíritu público, o digamos tomar parte y aun empeños los individuos privados en un suceso público, e interés por personas con quienes no tenía relaciones de clase alguna.³

Pero además, Trafalgar supuso el despertar al patriotismo moderno, un patriotismo sentido como la palpitación común de unos individuos que se sienten protagonistas de su historia, unos hombres que luchan no ya como súbditos al servicio de los caprichos de un rey, sino como individuos que defienden el honor de su propia nación, como muy bien hacía decir Galdós a su protagonista Gabriel Araceli:

Por primera vez entonces percibí con completa claridad la idea de la patria, y mi corazón respondió a ella con espontáneos sentimientos, nuevos hasta aquel momento en mi alma. Hasta entonces la patria se me representaba en las personas que gobernaba la nación tales como el Rey y su célebre ministro, a quienes no consideraba con igual respeto. [...].

Pero en el momento que precedió al combate comprendí todo lo que aquella divina palabra significaba, y la idea de nacionalidad se abrió paso en mi espíritu, iluminándolo y descubriendo infinitas maravillas. [...] Me representé a mi país como una inmensa tierra poblada de gentes, todos fraternalmente unidos; me representé la sociedad dividida en familias, en las cuales había esposas que mantener, hijos que educar, hacienda que conservar, honra que defender; me hice cargo de un pacto establecido entre tantos seres para ayudarse y sostenerse contra un ataque de fuera, y comprendí que por todos habían sido hechos aquellos barcos para defender la patria [...].⁴



Grabado alegórico en honor a los héroes de Trafalgar, pintado por R. Monleón para la edición ilustrada de Trafalgar (1882) de Benito Pérez Galdós

³ Antonio Alcalá Galiano, *Recuerdos de un anciano*, en *Obras Escogidas de Antonio Alcalá Galiano*, Atlas «Biblioteca de Autores Españoles» (nº LXXXIII), Madrid, 1955, p. 15.

⁴ Benito Pérez Galdós, *Trafalgar*, (Edición de Julio Rodríguez Puértolas), Cátedra, Madrid, 1984, segunda edición, pág.160.

Una nueva conciencia ciudadana y un concepto de patria, por tanto, igualmente novedoso, que va a ser determinante para entender los acontecimientos y la memoria con que se contemplan los episodios de las Cortes de Cádiz.

Pero esa conciencia ciudadana no adquirió verdadera carta de naturaleza hasta que la nación volvió a verse sacudida pocos años después cuando la ambición imperial de Napoleón lo llevó a aprovecharse de las disputas políticas entre Carlos IV y su hijo el príncipe Fernando para exigirles a ambos la renuncia al trono de España en favor de su hermano José Napoleón. Muchos creyeron ver entonces en esa abdicación del poder soberano el momento culminante de la degeneración de una monarquía que, habiendo sido respetada hasta Carlos III⁵, había dado indicios de debilidad cuando Carlos IV empezó a delegar su autoridad en el válido Godoy. Contra este se levantarían los fernandistas, instigados por el conde de Montijo y otros aristócratas, en el motín de Aranjuez la noche del 17 al 18 de marzo de 1808. Es una anticipación de lo que ocurrirá apenas mes y medio más tarde con la denominada Revolución española. En ese sentido resulta muy curiosa la relación que hará Frasquita de los reyes que amparan a Fernando VII, sabida ya su liberación: Alfonso el sabio, Fernando el tercero, Carlos quinto y el buen Carlos tercero⁶.

Lo cierto es que en los meses de marzo a mayo de 1808 se inicia una etapa de desgobierno que facilita la expresión de la opinión pública –en estas fechas empieza a publicarse el *Semanario Patriótico* de Quintana–, en una coyuntura política paralela en cierto modo a la que posibilitó la participación de las mujeres francesas en los acontecimientos revolucionarios de 1789 –y en la subsi-

⁵ En su camino de regreso a España, al atravesar los nuevos poblados de la Carolina y la Carlota, alaba la memoria Carlos III, cuya obra cree más digna de reverencias que la de Napoleón. Cf., Cartas de Andújar, 8 de junio de 1806 y La Carlota de 11 de junio del mismo año.

Desgraciadamente, el acceso al Archivo familiar de Osborne, donde se encuentran los papeles de Frasquita Larrea no está permitido a los investigadores, y, por lo general, he optado por seguir la transcripción que hizo Antonio Orozco, que sí, a veces, está llena de errores, también ofrece el conjunto más completo de textos. A partir de aquí, por tanto, al citar los textos de Frasquita haré siempre referencia a lo editado por Antonio Orozco Acuaviva, *La gaditana Frasquita Larrea. Primera romántica española*, Edición Sexta, Jerez, 1977, págs. 219-220.

Pasado en una semana el motín de Aranjuez, Frasquita comunica alborozada a su marido que «España quiere volver a su energía antigua». Carta datada en Chiclana a 25 de marzo. Cf., *Ídem*, pág. 233.

⁶ Frasquita Larrea, *Fernando en Zaragoza. Una visión*, Cádiz, Imprenta de Niel, 1814. En este mismo texto puede verse también la opinión sobre Godoy, el motín de Aranjuez y el 2 de mayo.

guiente alteración del modo de actuar y dirigir la cuestión pública⁷. Aunque de forma más limitada, las mujeres de nuestro país pudieron interesarse, comentar, y opinar e incluso, en excepcionales circunstancias, irrumpir en la arena pública⁸, lo que haría confesar a una emocionada Frasquita: «Nuestras cabezas están alborotadas. Verás por los papeles inclusos, que ya la política debe interesarme»⁹.

Desde luego, la incursión de la mujer en la política se realiza –salvo excepciones, insisto– en ámbitos muy reducidos, ya sea el privado de la correspondencia amistosa o familiar, ya el semiprivado de la tertulia; muy rara vez se produce fuera de éstos, pero, aun así, creo que estas intervenciones no debían dejar de valorarse.

Los textos que se contienen en este volumen responden, pues, a esos dos acontecimientos inaugurales de la conciencia ciudadana y del nacimiento del patriotismo moderno: el combate de Trafalgar y la Revolución Española desde el levantamiento del dos de mayo, inicio de la Guerra de la Independencia, a la proclamación de la Constitución de Cádiz y la derogación posterior con la subsiguiente represión del liberalismo doceañista. Todo ello visto por dos mujeres, madre e hija que, aun de caracteres muy diferentes, compartieron una misma ideología tradicionalista y una especial inquina anticonstitucional, por su afeción al sistema patriarcal del Antiguo Régimen. Desde luego esa emoción y esa visión no van a ser únicas, todo lo contrario, como corresponde a los sentimientos e ideas encontradas que fluyeron y dieron vida al acontecer histórico del doceañismo gaditano. Diverso, plural, será el reflejo que nos llegue de este devenir histórico, y comprender y apreciar la riqueza de ese legado consiste no en su remembranza simple y monolítica, sino en la atención a su diversidad y complejidad, precisamente uno de los principales objetivos de esta colección.

Por otra parte, los escritos de Frasquita Larrea y Cecilia Böhl de Faber, recorren el arco que va desde lo privado o semiprivado de la tertulia a lo

⁷ Sobre este particular, Geneviève Fraise, *Musa de la razón. La democracia excluyente y la diferencia de los sexos*, Cátedra, Madrid, 1991.

⁸ Este paralelismo ha sido también puesto de manifiesto por Gloria Espigado Tocino y Ana Sánchez Álvarez en «Formas de sociabilidad femenina en el Cádiz de las Cortes»; recogido en el volumen coordinado por Margarita Ortega, Cristina Sánchez, y Celia Valiente, *Género y ciudadanía. Revisiones desde el ámbito privado*, Instituto Universitario de Estudios de la mujer, Universidad Autónoma de Madrid, 1999, págs. 225-242.

⁹ Carta datada en Chiclana a 29 de marzo de 1808. Cf., Antonio Orozco Acuaviva, *La gaditana Frasquita Larrea. Primera romántica española*, pág. 233.

público de las páginas de un periódico o de un folleto y desde un género marcadamente persuasivo como la proclama a otro tal vez menos combativo pero, no siempre menos comprometido, como el cuento, especialmente cuando se trata de un relato de carácter histórico situado en un marco temporal coetáneo. Entre los textos que he seleccionado de Frasquita, los dos primeros son proclamas de carácter político que en el primer caso tal vez no trascendiera el círculo de amigos y conocidos que asistían a sus tertulias, pero del segundo recientemente he podido documentar su publicación al menos en dos o tres ocasiones. He logrado verla en el tomo IV del volumen *Demostración de la lealtad española: Colección de proclamas, bandos, órdenes, discursos, estados de ejército, y relaciones de batallas publicadas por las Juntas de Gobierno, o por algunos particulares en las actuales circunstancias* impreso por Carreño en 1808, lo que significa que debió ser publicado previamente, posiblemente en Cádiz, y tal vez costado por la misma autora en fechas próximas a las de su escritura. Además me consta que como folleto fue reimpresso en México en 1808 y en 1809, lo que puede dar una pequeña idea de su divulgación, al tiempo que acaba con la imagen que se tiene de Frasquita como una escritora sin apenas circulación. Otro asunto es que la difusión que conoció se limitara a la época de las Cortes de Cádiz, y que luego su autora viera sus posibilidades de publicar limitadas –tal vez incluso autocensurada por propia voluntad o por la presión de su familia– y que proyectara en su hija Cecilia su vocación de escritora. En fin, es sólo un detalle de lo mucho que aún se desconoce sobre la literatura de esta época.

El tercero es un fragmento tomado de un cuaderno de viaje, en el que muestra su añoranza por Chiclana y recuerda los días de guerra, asedio, y ultraje, que vivió en aquella población. Se trata pues de un apunte íntimo, aunque no sea ajena la reflexión política sobre la incapacidad de los gobernantes de la nación española.

El cuarto es el segundo de los textos entre los que con toda certeza publicó. Se trata de una loa a Fernando, un papel que fue calificado de «subversivo» por la Junta de Censura, y que dio origen al siguiente escrito, la «Contestación a la Junta de Censura», firmado a 9 de mayo. Todavía no debía conocer Frasquita que Fernando había decretado el 4 de mayo en Valencia la abolición de la Constitución de 1812, pues se ve obligada a decir que su texto es «expreso en favor de la Constitución en su esencia», pero aun así, el tono del escrito es bastante altivo, y debió molestar no poco a los calificadores de la Junta.

A partir del artículo «*El General Elío o lo que son los españoles*», de 25 de mayo, Frasquita muestra a las claras su postura anticonstitucional y sus críticas al pensamiento ilustrado, que ella ve representado por Voltaire y Rousseau. Asimismo arrecian las críticas a los políticos constitucionalistas que la gaditana insiste continuamente en calificar de jacobinos que engañaron al pueblo, pusieron en peligro la nación y llegaron incluso a amenazar de muerte a Fernando. En el mismo tono está el fragmento escrito en el día de San Fernando.

A continuación he seleccionado dos cartas que Frasquita escribió a Blanco White, por entonces editor de *El Español* aunque ya con la idea de abandonar tal proyecto publicístico, y en las que, convencida de que Blanco White compartía su causa, le pide que no deserte de la empresa.

Le sigue «Otra vez Napoleón», en que Frasquita vuelve a exorcizar uno de sus mayores fantasmas, al que ya había dedicado en el mes de mayo de 1814 unas páginas a modo de «visión». Esta vez, la huida de Napoleón de Elba y su reentrada en Francia vuelven a resucitar sus temores. La carrera de crímenes –que según ella ha emprendido–, es «semejante al ateísmo aniquilador». Frasquita, a modo de conjuro, hace reaparecer a un profético Querub para anunciar al francés que el Ángel de las Venganzas vendrá a contener «el *Espanto*, el *Terror*, y la *Angustia*», «el *Odio* y la *Venganza*», que «el dedo de las *Furias*» ha dibujado a su alrededor, de modo que pueda ser devorado por el Averno.

Dos epístolas más cierran este conjunto de textos, la primera, «Carta a un joven. Contestación sobre el Obispo de Orense», es una justificación de la conducta de Pedro Quevedo, obispo de Orense, que fue presidente del Consejo de Regencia y se negó a jurar la Constitución. Apoyándose en Blanco White que desde marzo de 1811 empieza a disentir del planteamiento de la soberanía nacional tal como lo han entendido las Cortes de Cádiz¹⁰, señala que la soberanía del pueblo es una «idea abstracta y disparatada» y que el obispo no cometió delito alguno al expresar sus ideas políticas.

El último de los textos que edito es el borrador de la «Carta a un amigo analizando la proclama del Señor Jefe político Jáuregui después del horroroso atentado del populacho contra el Sr. Obispo y otras personas respetables de

¹⁰ En realidad, también desde las páginas de *El Español*, Blanco White había contribuido a difundir las ideas de algunos serviles como el obispo de Orense o José Joaquín Colón y su *España vindicada en sus clases y autoridades*. Cf., Fernando Durán López, *José María Blanco White o la conciencia errante*, Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2005, págs. 180-181.

Cádiz». Un escrito sin fecha, que debió redactarse durante el Trienio, pues Jáuregui fue gobernador de Cádiz en esa época.

Me interesaba aquí comprobar el estado de ánimo de una mujer que, después de unos años de vuelta al «orden tradicional», ve peligrar esa paz –que lo fue tan sólo para los fernandistas, no para los liberales– y observa con horror a un pueblo –parte de él– a punto de tomarse la justicia con su mano, para castigar a los desafectos del sistema constitucional. Algo de ese sentimiento de miedo, y rechazo al liberalismo y al espíritu doceañista, pervive a través de su hija como puede comprobarse en la lectura de *Un servilón y un liberalito*, narración a la que precede el episodio de Trafalgar, *La madre*, cuya publicación –y posiblemente también escritura– fue impulsada por Frasquita Larrea.

Además de estos dos relatos incluyo un tercero, *Magdalena*, localizado en un barrio popular de Sevilla en fecha incierta, pero posterior a la guerra contra el francés, pues unas coplas cantadas por una inválido de la guerra de la Independencia recuerdan este episodio. Sin embargo, la narración que presenta algunas coincidencias folletinescas con el *Cádiz* de Galdós, parece ofrecer una imagen de España anterior al proceso constitucional y anclada en el patriarcado del Antiguo Régimen.

II. FRASQUITA LARREA Y CECILIA BÖHL DE FABER, «FERNÁN CABALLERO»

¿Quién es Frasquita Larrea? Aunque su figura va siendo reconocida dentro y fuera de los límites gaditanos hay muchos que todavía tienen una imagen bastante distorsionada de esta mujer nacida en Cádiz en 1775, en el seno de una familia mixta, compuesta por Antonio Ruiz de Larrea y González de Copidana, originario de Mendiola, y una irlandesa católica, Francisca Javiera Aheran Molonny, cuya familia debió venir a Cádiz huyendo de la persecución a que los católicos eran sometidos en su región natal.

Frasquita, Francisca Javiera, debió recibir una educación esmerada, aunque contra lo que se ha escrito nada puede asegurarse sobre que pudiera realizar algunos estudios en Inglaterra¹¹. Sí, por el contrario es conocido que su

¹¹ La hipótesis mantenida por Milagros Fernández Poza acerca de la frase que figura en una carta a su marido en 1807 es algo arriesgada, pues cuando Frasquita escribe desde Chiclana y le explica:

infancia transcurrió en Chiclana desde el momento en que su padre murió siendo ella niña, dejándola a ella y a su madre en una situación bastante débil económicamente. Es más, muy probablemente su educación debió ser bastante autodidacta hasta que en 1790, según confiesa Juan Nicolás a su amiga Elisa Campe, entablan relaciones de noviazgo, a las que, por cierto, se opone la madre de Frasquita por ser ella ferviente católica y él luterano, y así este puede ser el motivo por el que los jóvenes se mantuvieran como novios durante seis años y que al día siguiente de la boda partieran para Hamburgo acompañados de la suegra de Böhl¹².

Es también por su correspondencia con Elisa Campe por la que se conoce que Juan Nicolás se consideraba el educador de Frasquita, a quien recomendaría lecturas, y trataría de suavizar en sus impulsos y en sus convicciones tal vez demasiado idealistas, «románticas», «fuertemente enraizadas», que le impiden «imponerle el yugo de la razón», siendo sin embargo, bastante frívola en tema de religión, al menos en la exteriorización de tales sentimientos¹³.

En ese viaje que posiblemente Frasquita emprendiera con la ilusión de conocer a su suegra –también inquietud, tal vez–, y muy posiblemente con una

Damos unos paseos hermosísimos, bajo este cielo delicioso. Apenas se asoman las lluvias cuando sale a su encuentro la yerba, brotando de todas partes. Todo se ríe. Al respirar el soplo suave de esta odorífera atmósfera, y al pisar «The well known paths» de mi adolescencia me parece percibir de nuevo la inocencia de mi niñez.

De este comentario, deduce Fernández Poza que Frasquita completó sus estudios en Inglaterra. Cf., *Frasquita Larrea y Fernán Caballero. Mujer, Revolución y Romanticismo 1775-1870*, Ayuntamiento de El Puerto de Santa María, Cádiz, 2001, págs 119-120.

Por el contrario, creo que no deben leerse estas palabras como una alusión a Inglaterra sino a la propia Chiclana, pues como la misma Fernández Poza escribe un poco más abajo, muerto Antonio Ruiz de Larrea cuando Frasquita era niña, ella y su madre quedaron en una situación económica rayana en la pobreza hasta el punto que debieron trasladar su residencia a Chiclana. Debo recordar, por otra parte, que hace pocos meses que Frasquita ha regresado a Chiclana después de una estancia de varios meses en Alemania, así que no es extraño que con tanta melancolía saludase las primeras lluvias del otoño en la localidad chiclanera.

¹² Conociendo las fuertes convicciones católicas de la madre de Frasquita se entiende esto, pues cuando se celebraba el matrimonio entre un protestante y una católica, además de hacer constar la disparidad de culto y la afirmación de que el novio se compromete a educar a sus hijos en la fe católica, prometía no llevar nunca a su mujer e hijos fuera de países católicos.

Cf. Paloma Fernández Pérez, *El rostro familiar de la metrópoli. Redes de parentesco y lazos mercantiles en Cádiz, 1700-1812*, Siglo XXI, Madrid, 1997, pp. 38-39.

¹³ Para este asunto de la «pigmalización» de Frasquita por Juan Nicolás, creo que sí acierta Milagros Fernández Poza. Cf., *op. cit.*

emoción –en medio de la soledad– que ya se puede decir romántica, nacerá el 27 de diciembre de 1796 la primogénita Cecilia. Los cuatro regresarían de Hamburgo en 1798. En 1799 nació su hermana Aurora, en 1801 Juan Jacobo, y en 1803 Ángela.

Desde luego, fuese a instancias de su marido o no, lo cierto es que Frasquita muy pronto mostró y compartió con él inquietudes literarias, participó junto a él en la famosa «querrela calderoniana» –donde adoptó el seudónimo de «Cymodocea», la heroína de *Los mártires* de Chateaubriand– y, además, fue la primera traductora del *Manfredo* de Byron. En las cartas escritas desde Chiclana a su marido, al par que las noticias políticas, se pueden seguir el curso de las lecturas –desde Calderón a Shakespeare, el padre Mariana o Gilpin– que le van a inspirar algunos textos literarios redactados también en Chiclana desde 1807¹⁴.

Pero los escritos más interesantes para conocer su pensamiento político son las proclamas y folletos que escribió a raíz de la Guerra de la Independencia –cuando estaba separada de su marido y este no podía alentarla o disuadirla– y también después, para mostrar su admiración por Fernando VII. Una adhesión que no fue exclusiva, por cierto, del pensamiento tradicionalista, pues, aunque algunos liberales doceañistas adivinaron el peligro de que el joven Fernando no asumiera la propuesta constitucional, otros muchos, también algunos liberales tanto de España como de la más lejana Nueva España, vieron en el monarca la imagen de un nuevo mesías capaz de regenerar al



Frasquita Larrea. Colección Museo Histórico Municipal de Cádiz

¹⁴ Sobre este particular he publicado, «El discurso de Frasquita Larrea y la politización del Romanticismo», en *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, nº, 2003, págs. 3-13. También, «El patriotismo anticonstitucional de una mujer gaditana: Frasquita Larrea (1775-1838)», en *La ilusión constitucional. Pueblo, Patria, Nación. Actas del XI Congreso de Ilustración al Romanticismo*, 2004, págs. 129-142.

país¹⁵. Lo cierto es que hay que situar estos textos de Frasquita en una perspectiva diferente y encuadrarlos en el marco de exaltación patriótica que se conoció por estos años, como muestra la *Demostración de la lealtad española: Colección de proclamas, bandos, órdenes, discursos, estados de ejército, y relaciones de batallas publicadas por las Juntas de Gobierno, o por algunos particulares en las actuales circunstancias*, que Manuel Jiménez Carreño publicó en Cádiz en ocho tomos entre 1808 y 1809. En esta colección, cuyos primeros volúmenes habían sido editados previamente en Madrid por Repullés (Tomo I) y Collado (T.II), son varios los folletos de glorificación y loa a los españoles y a la persona de Fernando VII, de quien Escoiquiz y otros se habían encargado de difundir la imagen de un monarca apesadumbrado por haber sido engañado y preso por un inicuo Napoleón.

Lo cierto es que Frasquita debió sentir muy agudamente esa acuciante necesidad de participar del entusiasmo nacional, y así en ese contexto cobran nueva dimensión las palabras que dirige en una carta a su marido el 29 de abril de 1808 «¡Procúrate los decretos, las proclamas, etc., sobre todo la que se hizo al leal pueblo de Victoria! [sic], por mis manos no han de pasar. ¡Y llora sobre estos nobles españoles!»¹⁶.

Sin embargo, todo lo que rodea a la publicidad de las proclamas que ella misma habría de escribir –y cuya impresión hasta ahora se desconocía– sigue siendo un misterio, en primer lugar, habría que preguntarse el motivo por el que decidió publicar su folleto con un seudónimo, y concretamente el de Laura, en segundo lugar, no se sabe si ella puso alguna vez en conocimiento de su marido esta actividad publicística, ni tampoco si ella misma supo que habrían de reimprimirse en México y tal vez otros lugares de América. Del mismo modo ignoro qué pudo ocurrir para que Frasquita decidiera dejar de publicar –que no de escribir– sus textos, pero ahora con mayor fundamento puedo intuir la atención que pudo dedicar a todo lo que escribía su hija y la pasión con que se decidió a enviar en 1835 un primer relato de Cecilia a la

¹⁵ Desde luego esto es más evidente en el territorio americano, donde la mitificación del lejano monarca fue activada por una eficaz labor de propaganda que supo acallar la debilidad del monarca y realzar su condición de víctima de la ambición de Napoleón. Cf., Víctor Mínguez, «Fernando VII. Un rey imaginado para una nación inventada», en Jaime E. Rodríguez O., *Revolución, independencia y las nuevas naciones de América*, Fundación Mapfre / Tavera, Madrid, 2005, págs. 193-213.

¹⁶ Cf., «Chiclana, 29 de abril 1808», Antonio Orozco Acuaviva, *La gaditana Frasquita Larrea*, pág. 236.

revista *El Artista*, incluso en una fecha relativamente cercana a la de su muerte en 1838, y con un marido enfermo que acabaría por fallecer en 1836.

En cuanto a la propia Cecilia, una mujer marcada desde su nacimiento por una constante itinerancia, sería andando el tiempo –tal vez por eso mismo– poco amiga de los viajes, en realidad de todo lo que significase cualquier tipo de cambio, a pesar de que en su juventud, como digo, hubo de vivir varios traslados. En 1805, Juan Nicolás regresó con su mujer e hijos mayores a Hamburgo, y compró una hacienda en Görslow, pero Frasquita decidió abandonar la finca familiar y volver a España en 1806, donde había quedado su madre con las dos hijas pequeñas. Juan Nicolás permanecería en su país de origen con sus hijos Juan Jacobo y Cecilia, lo que supuso, de hecho, una separación matrimonial, más o menos amistosa, que habría de durar unos seis años y que marcaría la infancia de Cecilia, pues son años cruciales en una crianza y educación ajena a la figura materna y probablemente a toda referencia positiva a Frasquita. Es posible que fueran los avatares de la invasión napoleónica los que finalmente motivaron a Frasquita para emprender viaje con sus dos hijas pequeñas –ya de 13 y 9 años– y su madre a principios de 1812 o un poco antes¹⁷, para reunirse con su marido y los dos hijos mayores. Lo cierto es que los Böhl, a excepción de Juan Jacobo, iniciarían el viaje de vuelta a España a finales del verano de 1813, y llegarían a Cádiz el 23 de noviembre de ese año.

En tanto que encontraban el lugar apropiado para instalarse en Cádiz, la familia vivió en Chiclana, y a finales de 1814 se trasladaría al número 44 de la calle Consulado Viejo –hoy Rafael de la Viesca– de la capital gaditana, y, con posterioridad, al número 7 de la cercana calle Ahumada¹⁸. De regreso en Cádiz, Juan Nicolás se da cuenta de que ha perdido todo su capital español por las desgracias de la guerra y la ocupación francesa. La casa comercial Böhl, que había realizado su primera suspensión de pagos en 1811, alcanzó su quiebra definitiva mediada la década, y su nombramiento como cónsul para Hamburgo

¹⁷ Parece que Francisca y Juan Nicolás se reunieron con todos sus hijos en Osnabrück a mediados de 1812. Y de allí todos juntos se dirigen a la hacienda que Böhl tenía en Görslow (Meklemburgo), a la que llegan el 14 de agosto. Cf. Guillermo Carnero, *Los orígenes del Romanticismo reaccionario español: El matrimonio Böhl de Faber*, Universidad de Valencia, 1978, pág. 85.

¹⁸ Santiago Montoto, *Fernán Caballero (Algo más que una biografía)*, Gráficas del Sur, Sevilla, 1969, págs. 92-96.

en 1816 no solucionaría la crisis financiera por la que atravesaba la familia. Puede que aquí se encuentre una de las razones por las que Juan Nicolás no impide la celebración en abril de ese mismo año del matrimonio de su hija mayor con el capitán Antonio Planells Bardaxí, a pesar de la oposición de Frasquita. Ésta rechazaba un compromiso de tal índole con un hombre al que apenas habían tratado durante unos meses, y, sobre todo, no podía sufrir que su primogénita hubiera de seguir a su marido a Puerto Rico, adonde el joven había sido destinado durante tres años¹⁹.



Cecilia Böhl de Faber, futura *Fernán Caballero*. Academia de Buenas Letras de Sevilla.

En julio de 1817 Planells muere inesperadamente y Cecilia regresa a Cádiz a finales de junio del año siguiente, después de recuperarse en casa del capitán general, cuya mujer era amiga de Frasquita. También en 1818 Juan Nicolás empieza a colaborar, como delegado en España, con la firma Duff Gordon y Cía, pero aún habrían de pasar varios años para que la familia Böhl saliera adelante, pues la empresa Duff Gordon sufrió una crisis en 1820 y hasta 1826 no consiguió Juan Nicolás que lady Duff Gordon le subiera el sueldo.

Mientras, Cecilia emprendió un viaje a Hamburgo para visitar a su abuela paterna, bien para recuperarse de la crisis sufrida tras su repentina viudedad, o quizás, para facilitar el obligatorio periodo de duelo, en unas circunstancias en que posiblemente ya recibía las cortesías de Francisco Ruiz del Arco, un militar perteneciente a la distinguida aristocracia sevillana, a quien posiblemente la joven conocía con anterioridad a su boda con Planells²⁰. Regresaría el 20 de octubre de 1820.

Al año y medio de su vuelta, el 26 de marzo de 1822, se casó en El Puerto de Santa María con el citado Francisco Ruiz y se convirtió en marquesa consorte de Arco-Hermoso. El nuevo matrimonio se trasladó a Sevilla y allí trató

¹⁹ *Ídem*, pág. 115.

²⁰ Javier Herrero, «*Fernán Caballero*»: un nuevo planteamiento, Gredos, Madrid, 1963, pág. 148.

con la nobleza de la capital. Entre 1823 y 1824, los marqueses de Arco Hermoso se trasladaron a El Puerto de Santa María, para evitar la penosa situación que empezó a sufrir la ciudad bética durante la represión absolutista que siguió a la llegada de los *Cien mil hijos de San Luis*²¹. En la ciudad portuense vivían los padres de Cecilia desde 1821, pues la ciudad vinatera, en pleno auge económico, ofrecía mejores perspectivas para la apurada situación de los Böhl, que no mejoraría de forma efectiva hasta que Juan Nicolás recibiera en 1828 la herencia de su padrastro y la de su madre.

Arco-Hermoso marchó en noviembre a la casa que Böhl tenía en Cádiz, pues tampoco en El Puerto se sentía seguro, y allí permanecería hasta el 14 de enero de 1824. Luego, los marqueses volverían a Sevilla, pero para instalarse en la residencia rural que poseía el marido en Dos Hermanas²², en parte tal vez para facilitar el descanso del marqués, enfermo de tisis –y capitán en la reserva desde 1823–, y en parte, acaso, para sustraerse a una vida social que no les sería muy cómoda por la derrota de los constitucionalistas²³. Curiosamente la visión que se ofrece de la represión liberal de estos años en el cuento *Un servilón y un liberalito* está muy distanciada del modo en que la escritora debió vivir los acontecimientos junto a su esposo y el hermano de éste, de ideas liberales aún más acusadas. No obstante, la vida de Cecilia en estos años fue relativamente agradable, lo que le permitiría seguir dedicando parte de su ocio al cultivo de las letras. Sus actividades literarias debían resultarle bastante gratas, aunque sólo fueran realizadas a modo de distracción y a menudo justificadas como ejercicios para dominar otro idioma, pues en estos años aún comulgaba –al menos públicamente– con el tópico de que «más adorna la débil mano de una señora la aguja que no la pluma».

Tras quedar viuda por segunda vez, Cecilia permanece en El Puerto de Santa María, donde los marqueses habían residido desde 1834 en que huyeran de Sevilla para tratar de evitar los efectos de la epidemia de cólera. En esta ciudad vive junto a sus padres salvo breves estancias en Bornos, para pasar el verano, y en Sevilla para arreglar los asuntos de la testamentaría. Por estas fechas debe andar escribiendo el relato de Trafalgar que Frasquita

²¹ Santiago Montoto, *Fernán Caballero (Algo más que una biografía)*, pág. 146.

²² José M^a Asensio, *Personajes ilustres. «Fernán Caballero». Estudio biográfico*, La España Moderna, Madrid, 1893, págs. 22-23.

²³ Santiago Montoto, *Fernán Caballero (Algo más que una biografía)*, pág. 147.

remitiría a la madrileña revista *El Artista* sin que la hija tuviera conocimiento de esto²⁴.

El 22 de junio de 1836 Cecilia inicia un viaje a Alemania, junto a su hermana Ángela, que regresaba a su residencia habitual en París, y a Cosme Duff Gordon, uno de los dueños de la compañía en que trabajaba Böhl de Faber. Pero las hermanas interrumpieron su viaje a Hamburgo, al recibir la noticia de que la salud de Juan Nicolás había empeorado notablemente.

En su regreso a España por Londres, desde su llegada a esta capital en julio, Cecilia se entrevistó en diversas ocasiones con Lord Cuthbert, a quien había tratado en El Puerto de Santa María, mientras que esperaba el barco que debía llevarla junto a su padre. Esta partida, que debía realizarse el 24 de octubre, se demoró por problemas con el vapor Manchester, y finalmente se realizó el 2 de noviembre en el Hermes, y así los enamorados tuvieron algunos meses para alimentar su pasión²⁵. Juan Nicolás murió el 9 de noviembre de 1836 y aunque en carta a Federico Cuthbert, Cecilia afirma que llegó a tiempo para recibir la última mirada paterna, no todos los estudiosos admiten este aserto²⁶.

Si las conversaciones y cartas que Cecilia mantuvo con Cuthbert la decidieron a romper relaciones con un hombre que no parecía creer en el amor y que, sobre todo, no estaba dispuesto a casarse, la actitud de su madre –nuevamente displicente y poco comprensiva– la obligó a abandonar El Puerto de Santa María y retirarse una vez más a Sevilla, donde conoció al pintor Antonio

²⁴ En todo caso, deben entenderse las cautelas expresadas por esta mujer cuyo marido moría en fecha muy próxima a la que ella escribía estas palabras. «Carta a los editores de *El Artista*», en Fray Diego de Valencina (ed.), *Cartas de «Fernán Caballero»*, Sucesores de Hernando, Madrid, 1919, pág. 45. El padre Valencina data erróneamente esta carta en 1852, pero Montesinos hace ver que se trata de una misiva escrita con motivo de la publicación de *La madre o El combate de Trafalgar* en la revista *El Artista*, en 1835. Cf., «Fernán Caballero». *Ensayo de justificación*, El Colegio de México, México, 1961, pág. 144.

²⁵ Santiago Montoto, *Fernán Caballero (Algo más que una biografía)*, págs. 209-217.

Montoto ingenuamente afirma que «Cecilia no se deslumbró con la capital inglesa», según se desprende de las noticias que Cosme Duff Gordon envía a Juan Nicolás, y que nos presenta a una mujer aficionada «a comprar felpilla» y que prefiere recorrer «las eternas tiendas» a visitar la región londinense; pero lo cierto es que, puesto que se conocen los encuentros con Federico Cuthbert, Cecilia no debió encontrar mejor disculpa para desviar la atención y esconder la reanudación de unas relaciones que habían sido criticadas por su madre y por la sociedad portuense.

²⁶ Milagros Fernández Poza, «La familia Böhl de Faber Larrea y "Fernán Caballero" en El Puerto de Santa María, 1821-1854», en *Revista de Historia de El Puerto*, nº 1, 16 (1996), págs. 55-71.

Arrom, un rondeño, enfermo de tisis y diecisiete años menor que ella. Al parecer, según trata de hacer creer a Cuthbert, esta decisión no estuvo favorecida por el sufrimiento que el desdén le ocasionara, sino por el deseo de entregar su afecto a una persona que sufría por su amor lo mismo que ella había padecido por el de él. Así decidió sacrificarse «al ridículo y a las denigrantes críticas que iban a caer sobre mí»²⁷, que efectivamente obligaron a la pareja a casarse en El Puerto el 17 de agosto de 1837, para evitar las maledicencias de la nobleza sevillana y especialmente la censura de la familia Arco-Hermoso. Fue testigo de la boda Tomás Osborne –casado con su hermana Aurora–, lo que supone que una parte de la familia, al menos, aceptó el enlace, aunque no la madre, por lo que posiblemente el nuevo matrimonio estableció su casa en Sevilla. Esta decisión reavivaría la inquina de la familia Arco-Hermoso, con la que Cecilia mantuvo algunas disputas²⁸.

Sus relaciones con los hombres, a excepción quizás de su matrimonio con el marqués de Arco Hermoso, no fueron muy afortunadas. Algunos críticos consideran que el amor fue uno de sus principales intereses y, sin embargo, no parece que tuviera demasiada suerte. Quizás la severidad de su padre y los problemáticos afectos que la unían a su madre, no fueron las circunstancias más propicias para que Cecilia hallase la estabilidad emocional, la felicidad sentimental²⁹. Claro que debe aducirse, en favor de Frasquita, que parece que tampoco ella mantuvo con su madre una relación sencilla ni encontró en ella el apoyo que tal vez necesitaba para mantener con cierta estabilidad su relación con Juan Nicolás. El caso es que Cecilia, instruida por su padre, siempre mantuvo que el sentimentalismo en la mujer era una amenaza para su pureza, y, por eso, predicaba el ejercicio de la virtud para contener racionalmente los excesos de sensibilidad.

²⁷ Véase la que Santiago Montoto consigna bajo el número CCXLIX en su libro *Cartas inéditas de «Fernán Caballero»*, Aguirre Torre, Madrid, 1961, págs. 396-398.

²⁸ Especialmente con José Ruiz del Arco, hermano de su segundo marido, a cuenta de la herencia del marqués «Carta a doña Manuela Ruiz del Arco», n.º CCXII. Cf., Santiago Montoto, *Ídem*, págs. 336-342.

²⁹ Tal vez por eso, en sus novelas, las mujeres reprimen sus pasiones; al decir de algunos estudiosos de su obra parece como si la autora hubiera tenido miedo de sí misma y hubiese decidido cortar sus propias alas en la letra impresa. Es interesante lo que dice a este respecto Alberto González Troyano en la «Introducción» al «Catálogo de la Exposición Conmemorativa del Bicentenario de la Escritora», «Fernán Caballero». *De la Andalucía romántica a la novela moderna*, El Puerto de Santa María, 1996.

Los años que Frasquita sobrevivió a su marido no fueron muchos, y posiblemente fueron bastante tensas las relaciones que mantenía con sus hijas, especialmente con Cecilia. Muerta doña Frasquita el 14 de noviembre de 1838, parece que Cecilia consigue romper el cordón umbilical que la mantenía atada a los prejuicios maternos. Esto pudo favorecer en cierta medida su nueva vida matrimonial, pero también es cierto que la situación económica en que había quedado la viuda de Arco-Hermoso no estaba demasiado sanada y nuevos impedimentos vinieron a dificultar su estabilidad sentimental. Los negocios emprendidos por Arrom no tuvieron fortuna, y el nuevo matrimonio abandonó pronto la localidad sevillana para establecerse en Jerez hacia 1840³⁰. Son escasas las noticias que se conocen de estos años jerezanos, salvo que Cecilia está muy centrada en la salud de Antonio, pues la tisis de éste había empeorado y, después de diversas estancias en la Sierra de Aracena, que no produjeron el efecto deseado, Cecilia pagó a su marido un viaje a Manila³¹.

Los problemas financieros se agravaron profundamente a partir de 1845 y, hacia 1848, Cecilia y su marido, después de vender la viña La Panera a Don Julián Pemartín³², hubieron de realizar una nueva mudanza para trasladarse, esta vez, a El Puerto de Santa María. Allí la vida era más económica y contaban con buenas relaciones en las que depositaban sus esperanzas para superar la penuria³³.

Los años que median entre 1848 y 1853 son definidos por Cecilia como ocho años de purgatorio en los que la única salida para aliviar su situación era vender todas sus posesiones, incluidas sus joyas. Se queja también en carta a su amiga la condesa de Monteagudo del trato que la «infame clase mercantil» ha infligido a su marido, que realiza mil y un esfuerzos para salvar la ruina en que se iban sumiendo. Arrom, según cuenta Cecilia en sus cartas, lo intenta todo, desde exportación de vinos en Londres a viajes a Madrid para buscar un

³⁰ Cf. Rvdo. Fr. Diego de Valencia, *Cartas de «Fernán Caballero»*, pág. 238.

³¹ Véase la información recogida al respecto por Javier Herrero en su libro *Fernán Caballero: un nuevo planteamiento*, págs. 234-238.

³² Una información sintetizada sobre la relación de *Fernán Caballero* con el mundo del vino jerezano puede verse en mi artículo, «*Fernán Caballero* y el mundo vitivinícola andaluz», en Alberto Ramos Santana y Javier Maldonado Rosso (eds.), *El Jerez-Xérès-Sherry en los tres últimos siglos*, Unidad de Estudios Históricos del Vino de la Universidad de Cádiz /Ayuntamiento de El Puerto de Santa María, El Puerto de Santa María, 1996, págs. 239-250.

³³ Cf. Rvdo. Fr. Diego de Valencia, *Cartas de «Fernán Caballero»*, pág. 276.

puesto. Por fin, en el mes de octubre Arram de 1853, avalado por la firma Duff Gordon, es nombrado cónsul en Australia³⁴.

Una vez más Cecilia debe trasladarse, pues el nombramiento de su marido implica nuevos gastos y aún se hace más necesario hacer economías. A principios de 1854 se establece en Chiclana, pero, muy descontenta de su vida en dicha población –«lugarón solo y grosero»–, se muda a Sanlúcar a finales del año siguiente, y se instala en una casa cedida por el viticultor y escritor José Pastrana Seik³⁵. Entretanto, *Fernán* no descuida sus intereses económicos; al contrario, como buena parte de los escritores de esta época, no deja pasar ocasión –su situación financiera no se lo permite– para lo que Valera denominaba el «autobombo», y así, en cartas a varios de sus amigos hay abundantes muestras de que pide ayuda para dar mayor difusión a sus obras.

Por estos años, coincidiendo con la hegemonía de los moderados y con la subida de Bravo Murillo al poder, la posición política de Cecilia es cada vez más comprometida, y se inserta en la línea de un sector, el más conservador de las clases dirigentes, que trata de combatir las oleadas liberales que soplan allende los Pirineos. En este sentido, León Carbonero y Sol, con quien Cecilia mantiene relaciones amistosas, funda en 1852 la revista *La Cruz* como reacción al materialismo que se dice degrada a Europa; y en estos años aparece también *El Pensamiento de Valencia* y *La Razón Católica*³⁶ en las que por el año de 1857 colabora *Fernán Caballero*³⁷, que es acusada por los sectores progresistas –ahora en la oposición– de neocatólica³⁸. Al mismo tiempo, desde 1855 Cecilia colabora con la sevillana *Revista de Ciencias, Literatura y Artes*, dirigida conjuntamente por Fernández Espino y Cañete, de carácter también conservador y donde escribiría León Carbonero y Sol a partir de 1858.

³⁴ Santiago Montoto, *Fernán Caballero (Algo más que una biografía)*, págs. 286.

³⁵ A éste le confiesa que por su colaboración en *La Moda* recibe diez duros mensuales. Cf., Fr. Diego de Valencina, *Cartas de «Fernán Caballero»*, págs. 101-102.

³⁶ Cf., M^a Begoña Urigüen González, *Origen y evolución de la derecha española en el siglo XIX*, Universidad Complutense, Madrid, 198, págs. 176-330.

³⁷ A su amiga Matilde Pastrana comunica el 20 de noviembre de dicho año que escribe para *La Educación Pintoresca*, y otros periódicos religiosos como *La Razón Católica* y *El Pensamiento de Valencia*. Cf., Fr. Diego de Valencina, *Cartas de «Fernán Caballero»*, pág. 138.

³⁸ Así sucede al menos desde diciembre de 1859, como comenta a su amigo el escritor Guillermo Forteza. Cf., José M^a Asensio, (ed.), *Epistolario de «Fernán Caballero»*, en *Obras completas*, «Colección de Escritores Castellanos», Madrid, Tipografía de la *Revista de Archivos*, 1912, págs. 331-332.

Lo cierto es que, sin abandonar sus actividades piadosas –es nombrada vicepresidenta de la Sociedad de Beneficencia domiciliaria y de escuelas dominicales³⁹–, Cecilia se muestra muy atenta a las vicisitudes de la política⁴⁰. Al mismo tiempo, sigue con preocupación las protestas sociales duramente reprimidas por Narváez, y que concluyeron en Sevilla, tras la rebelión del Arahál en 1857, con un fusilamiento. Estas revoluciones populares –para cuyos cabecillas recomienda medidas enérgicas como el destierro– son, en su opinión, fruto de la propagación de las ideas liberales, de la perversión del sistema educativo, y de la libre impresión de estas ideas:

Dígame que es una cosa divertida mandar en un país que han desorganizado al punto que lo está este los malditos discursos, los remalditos periódicos y el anticristo, que así llamo yo a la libertad de imprenta⁴¹.

No hay que perder de vista la problemática de estos años en que trata de darse salida a las difíciles relaciones entre Iglesia y Estado, que la firma del Concordato del 16 de marzo de 1851, durante el ministerio presidido por Juan Bravo Murillo, supone la proclamación del Catolicismo como religión única de la nación española, pero también implica que la sociedad civil no estará supe-
ditada al poder religioso⁴². Asunto que no aceptarán los sectores más tradicionalistas como el liderado por Donoso y, en esta misma línea, tampoco Cecilia Böhl de Faber.

A fines de 1856, gracias a la duquesa de Montpensier, de cuyos hijos era ayo su amigo Latour, la reina Isabel II concedió autorización a la escritora para que habitara una de las casas del Alcázar de Sevilla⁴³, donde se estableció en febrero de 1857⁴⁴. Desde entonces, la vida de Cecilia Böhl de Faber se vuelve más agradable. Suele madrugar mucho para acudir a la iglesia y dar clase de

³⁹ Cf. Fr. Diego de Valencia, *Cartas de «Fernán Caballero»*, pág. 104

⁴⁰ Se conservan varias cartas en las que Cecilia comenta favorablemente el advenimiento de Narváez y rechaza, en cambio, la «política pastelera» de Pastor Díaz y «su mito de Unión liberal». Cf., J. M^º Asensio, *Epistolario*, Colección de Escritores Castellanos, pág. 123. También expone a Cañete su opinión sobre el modo de convocar Cortes y de elegir diputados al Congreso. Cf., Alberto López Argüello, *Epistolario de «Fernán Caballero»*, Sucesores de Juan Gili, Barcelona, 1922, págs. 63-64.

⁴¹ Carta a su cuñado Fermín Iribarren, fechada en Sevilla a 16 de julio de 1857. Cf., J.M^º Asensio, *Epistolario*, Colección de Escritores Castellanos, págs. 146-147.

⁴² Milagros Fernández Poza, «La familia Böhl de Faber Larrea y "Fernán Caballero" en El Puerto de Santa María, 1821-1854», en *Revista de Historia de El Puerto*, n^º 16, págs. 68-69.

⁴³ Javier Herrero, *Fernán Caballero: un nuevo planteamiento*, págs. 267-268.

⁴⁴ Fr. Diego de Valencia, *Cartas de «Fernán Caballero»*, pág. 133-134, 169, 172, 178, pág. 295, 340.

doctrina a las niñas pobres. De regreso a casa se ocupa en contestar sus numerosas cartas y, ya por la tarde, antes de recibir las visitas de sus amistades, lee o escribe: «Esto llena mi vida y ocupa gratamente mi actividad moral, que en cuanto a la física ni la tengo ni la quiero tener, ni consiento en que turbe mis deliciosas *tête a tête* con mi querido padre Quieto». Así se manifiesta esta mujer que se consagra a la tranquilidad –ese padre Quieto que es mencionado en un guiño irónico en *Un servilón y un liberalito*– y se muestra reacia a todo tipo de movimiento físico o espiritual, especialmente si este está ligado al progreso liberal, cuyas ideas ve propagarse con recelo y miedo desde su alcázar sevillano. Cecilia tiene ya más de sesenta años y sobre todo mucha vida de padecimiento que la hacen temer cualquier tipo de cambio. Es en estos años, precisamente, cuando se publica *Un servilón y un liberalito* y escribe la nueva versión del relato sobre Trafalgar, *La madre*.

En 1858 –la vuelta había sido imposible antes por lo costoso del viaje (veinticuatro mil reales)⁴⁵–, Antonio regresa junto a su mujer para pasar una pequeña temporada. Cuando mejor parecía irles, no sólo por cierto alivio financiero⁴⁶ sino también porque con el viaje la salud del marido había mejorado⁴⁷, la traición de un socio llevó a la desesperación a Arrom, que, al conocer su ruina, se suicida en Londres en mayo de 1859, cuando iba de regreso a Australia⁴⁸. Cecilia, abatida, se planteará la posibilidad de ingresar en un convento, pero los consejos de sus íntimos conseguirán que abandone tal decisión⁴⁹.

A partir de esta fecha, Cecilia se recluirá cada vez más en su hogar, y se refugiará con mayor fuerza en la religión y en el ejercicio de la caridad. De nuevo la política la hace sentir interés por la vida exterior, y así la guerra de África influye en la recuperación de su fervor patriótico, principalmente

⁴⁵ Así lo comenta en carta a Cañete el 10 de agosto de 1856. Cf., López Argüello, A., *Epistolario de «Fernán Caballero»*, pág. 49.

⁴⁶ En carta de 24 de noviembre de 1857 a Fermín Apecechea escribe que Dios ha bendecido los negocios de su marido, como comisionista en Sidney. Cf., José M^a Asensio (ed.), *Epistolario*, págs. 152-153. También en carta a José Pastrana del 20 de noviembre al comentar el próximo regreso de Antonio a su destino en Australia, «que es lo que le conviene», expresa que, frente a una pasada época «de aflicción y angustias», en esos momentos «va saliendo el sol de entre nubes y nieblas». Cf., Valencina, *Epistolario de «Fernán Caballero»*, pág. 178.

⁴⁷ Fr. Diego de Valencina, *Epistolario de «Fernán Caballero»*, pág. 194.

⁴⁸ A sus amigo Latour, y Matilde Pastrana, entre otros, dará cuentas de su sufrimiento. Cf., Santiago Montoto, *Cartas inéditas de «Fernán Caballero»*, pág. 116; y Fr. Diego de Valencina, *Cartas de «Fernán Caballero»*, pág. 200.

⁴⁹ Cf., Santiago Montoto, *Fernán Caballero (Algo más que una biografía)*, págs. 343-346.

monárquico. Las campañas en Marruecos la incitarán a retomar la pluma y publica dos relatos con esta temática. Su literatura va acentuando no sólo los tintes políticos, sino también los religiosos. Su conservadurismo es cada vez más extremo, de 1860 es la afirmación de que Madrid «es una Magenta o Solferino moral» –según declara precisamente al conservador Cándido Nocedal⁵⁰ y de la misma fecha son sus execraciones al «comité revolucionario de Napoleón, C. Alberto Garibaldi y Cavour»⁵¹, que amenazan al Papa Pío IX –sostiene Cecilia– por oponerse a los avances liberales. Por estos años, nuevamente llueven sobre ella las críticas, ésta vez de la boca de Castelar, que la califica de «neocatólica»⁵², y en 1864 el periódico *El Contemporáneo* la acusa de monárquica y religiosa, mientras *La Discusión* se ensaña con ella, porque en opinión de esta publicación ha ridiculizado en una de sus narraciones, *Lágrimas*, a un demócrata⁵³.

La revolución de 1868 la obligará a dejar su vivienda en el Alcázar y se trasladará a vivir a una casa en la calle Monsalves, y, luego, a Juan de Burgos, donde residirá hasta su muerte⁵⁴. En esta recta final continuó llevando una vida tranquila y procuró evitar, en la medida de lo posible, las recepciones oficiales a que a veces era invitada. La correspondencia, la tertulia con sus íntimos, la religión y, cada vez en menor medida la literatura, fueron sus ocupaciones, sin que los vaivenes políticos dejaran de asomarse a su vida: los enfrentamientos entre los duques de Montpensier e Isabel II –conflictos en que ella adopta una actitud muy moderada–, el destronamiento de ésta, y, por fin, el regreso de la reina y la Restauración. Tras algo más de un año de enfermedad, murió el 7 de abril de 1877.

III. DE TRAFALGAR A CÁDIZ: UN RECORRIDO LITERARIO

Para comprender convenientemente estos textos debe tenerse en cuenta el contexto literario de la primera mitad del siglo XIX, pues sólo así puede entenderse la escritura de producciones tan diferentes y al mismo tiempo tan relacionadas entre sí.

⁵⁰ Carta de 20 de noviembre de 1860. Cf., José M^o Asensio, (ed.), *Epistolario*, Colección de Escritores Castellanos, pág. 427.

⁵¹ Carta al coronel Miguel Velarde de 16 de septiembre de 1860. Cf., José M^o Asensio, (ed.), *Epistolario*, Colección de Escritores Castellanos, pág. 207.

⁵² Así lo hace saber a Guillermo Forteza. Cf., José M^o Asensio, (ed.), *Epistolario*, pág. 361.

⁵³ Cf., *Ídem*, pág. 397.

⁵⁴ *Ídem*, págs. 353-354.

Como señalé anteriormente, el desastre de Trafalgar fue objeto de un inusitado tratamiento literario, desde la temprana publicación de *El combate naval del 21 de octubre* por José Mor de Fuentes⁵⁵, a *La sombra de Nelson* de Moratín⁵⁶; desde la de Quintana –*Al combate de Trafalgar*⁵⁷–, y Juan Bautista Arriaza –*La tempestad y la guerra, el combate de Trafalgar*–, a la de Juan María Maury –*La agresión británica*–, la de María Rosa Gálvez –*Oda en elogio de la marina española*–, y las de Francisco Sánchez Barbero –*A la batalla de Trafalgar*–⁵⁸.

Entre las menos difundidas en España está la de Arriaza que sin embargo tal vez fuera más conocida por la familia Böhl de Faber, al menos en el tiempo en que Cecilia compusiera su relato, pues Arriaza radicaría en Cádiz, como otros muchos españoles y entre ellos buena parte de literatos y políticos, en los años de las Cortes. Allí sería asiduo de la famosa tertulia de Frasquita Larrea y con ella compartiría su ideario servil. No obstante, no parece que su visión sobre el desastre⁵⁹ –llena de los tópicos de la época– repercutiera demasiado en el cuento de la futura *Fernán Caballero*.

⁵⁵ Este poema llegó a conocer varias ediciones entre 1805 y 1806, en Madrid, Cartagena, Cádiz, Barcelona, y México. Cf., Jesús Cáteda Teresa, *Vida y obra de José Mor de Fuentes*, Centro de Estudios de la Historia de Monzón, Huesca, 1994.

⁵⁶ Esta obra logró bastante fama y fue publicada en la prensa de la época, desde la *Minerva* (I, núm. XXV, 24-XII-1805), al *Correo de Sevilla* (núm. 234, 1805), el *Memorial Literario*, enero 1806), y el *Correo de Xerez* (V, núm. 192, 2-I-1806), lo mismo que en ediciones sueltas como la de Villalpando, en Madrid 1805 y las de Carreño, en Cadiz, 1805, la de la Viuda Aguasvivas y Consortes Garriga, en Barcelona, 1805, y la de José Estevan, en Valencia, 1806.

De la oda de Moratín, dice Alcalá Galiano en sus memorias que desapareció de la mayor parte de las colecciones de su obra «por las adulaciones en él prodigadas no sólo a Napoleón, sino al Príncipe de la Paz, a quienes promete triunfos navales que no vieron ni era de esperar que viniesen. Cf., *Recuerdos de un anciano*, en *Obras escogidas de Antonio Alcalá Galiano*, Atlas «Biblioteca de Autores Españoles», LXXXIII, Madrid, 1955, p. 17.

⁵⁷ Respecto de las de Quintana y Arriaza asegura: «La oda de Quintana vive con gloria; y si no con tanta, no ha muerto una de Arriaza». Cf., *Ibidem*.

⁵⁸ Curiosamente, Quintana, Arriaza, y Sánchez Barbero volvieron a poner su pluma al servicio de la política durante los acontecimientos históricos de las Cortes de Cádiz.

⁵⁹ Frente a esta oda, tal vez sea más original su Oda VIII. *Lisonjeras ilusiones sobre la restauración de nuestra marina y exhortación a los que se hayan de poner a su frente a imitar el valor y la práctica firme y dura en los trabajos del mar de los antiguos almirantes Roger de Lauria y don Juan de Austria*. Sobre ambas composiciones y sobre el tópico de las furias, véase las líneas que le dedica Elena de Lorenzo Álvarez, *Nuevos mundos poéticos: la poesía filosófica de la Ilustración*, Universidad de Oviedo / Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVIII, 2002, págs. 442-443.

Mayores coincidencias presenta este relato con las tres odas que publicó en 1806 Sánchez Barbero, «entre los Arcades Floralbo Corintio»⁶⁰, que habría de ser periodista en las Cortes de Cádiz, precisamente en las filas del *Conciso* (1810-1813), junto al también poeta Cristóbal de Beña.

Si la primera de las tres composiciones de Sánchez Barbero se inicia con un alegato contra la guerra y contra la codicia de una nación como la inglesa que –desde la perspectiva española– desdeña la paz con tal de dominar el mar y el comercio, la oda II se abre con el lamento por el inicio de una atroz carnicería, y el poeta se detiene en el efecto estremecedor del combate en Cádiz y en sus habitantes, sin olvidar el dolor de unos héroes que ven la muerte cercana sin dejar de perder un instante la imagen de sus familiares más queridos:

El hijo perecer la madre mira;
la triste amante de su amado escucha
el largo *adiós*: con ojos cariñosos
hacia su patria vuelto el fuerte joven,
salúdala y expira.
Contra las olas lucha
el tierno esposo, el agitado acento
de sus hijos oyendo y de su esposa;
los ve, se acerca, alarga
la mano... ¡Oh Dios! su aliento
no puede; desfallece
al embate de la ola temerosa,
que viene, sobre él carga,
y oyéndolos y viéndolos perece.

En la última de las odas, la luz del día parece traer la quietud y la armonía a la naturaleza, pero los rayos del sol sólo permiten contemplar un espectáculo dantesco: «cadáveres deshechos / meciéndose en la margen espumosa». La voz del poeta se alza otra vez para lamentar el dolor de esas que en estos tiempos se llaman «víctimas colaterales»:

Aquí las madres con dolor abrazan
a sus hijos, la guerra detestando;
allí, casi expirando,

⁶⁰ Francisco Sánchez Barbero, *Composiciones poéticas sobre el combate naval del día 21 de octubre de 1805*, Librería del Cerro, Madrid, 1806.

en su cándido seno palpitante
estrecha muda al malogrado esposo
la que su esposa se llamó, y apenas
con canto delicioso
al dulce lecho conyugal saluda,
cuando a los cielos se lamenta viuda.
Y más allá una amante
a su querido exánime volando,
el cabello ondeante
se mesa insana, y el furor provoca
del cielo contra sí, boca con boca
aprieta, con su aliento
a la vida volverle imaginando.

Es evidente, pues, que también *Fernán Caballero* pudo haberse inspirado en esta u otras de las numerosas composiciones poéticas que se escribieron en los años inmediatos a la llamada «derrota gloriosa»⁶¹, pero el tono, el lenguaje y el estilo del texto de Cecilia Böhl de Faber resultan mucho más contemporáneos y vivos que los de Sánchez Barbero, a pesar de ser este relato uno de los primeros cuentos de la futura *Fernán Caballero*.

También los fines que persiguen uno y otro escritor son distintos. En las odas de Sánchez Barbero pueden verse desplegados algunos de los tópicos de la poesía filosófica de la Ilustración ahora renovados –el de la España del progreso, favorecido por la paz, y el de «las furias de la patria», demonización de los obstáculos que impiden el desarrollo de las reformas de la nación, entre ellos la guerra, o el tópico de los «hombre célebres» cuyo comportamiento, a menudo divinizado, debe ser imitado⁶²–; lugares comunes aplicados a la circunstancia de una batalla que, aun siendo una derrota, conviene recordar como un combate en el que «todo, menos el honor, se ha perdido», según escribió Escaño⁶³. En el relato de *Fernán Caballero* y especialmente en la segunda

⁶¹ Jesús Cáseda ha estudiado el desarrollo de este tópico literario en uno de los primeros poetas, José Mor de Fuentes, que compuso un poema en los días inmediatos a la batalla. Cf., *Vida y obra de José Mor de Fuentes*, Huesca, 1994.

⁶² Son algunos de los tópicos que examina Elena de Lorenzo Álvarez, en su libro *Nuevos mundos poéticos: la poesía filosófica de la Ilustración*, op. cit.

⁶³ Así se recuerda en el *Elogio histórico de D. Antonio de Escaño* redactado por José Vargas Ponce, capitán de Fragata y director de la Real Academia de la Historia (1814), Editorial Naval, Madrid, 1962, pág. 70.

versión de los años cincuenta, aunque también existe un deseo de reivindicar el honor nacional y en concreto la actuación de la marina española, lo que prima es el alegato pacifista –que aparecerá también como motivo recurrente en el episodio galdosiano– y la emoción dolorida por la tragedia que siempre provocan las guerras.

No es otra sin duda la función de la protagonista y su trágico final, su paulatina enajenación que, por cierto, también comparte con uno de los personajes de la tercera oda de Sánchez Barbero, aquella amante que «se mesa insana» el cabello ondeante y estrecha a su querido exánime y «boca con boca / aprieta, con su aliento / a la vida volverle imaginando».

Aún quiero llamar la atención sobre la composición de la única mujer que dedicó unos versos a Trafalgar, M^a Rosa Gálvez, pues, aun con acento personal, contiene algunas ideas comunes a las anteriores y en las que incidirá el relato de Cecilia Böhl⁶⁴. En primer lugar, frente a otros comienzos retóricos, el de la oda de la escritora malagueña no admite ningún tipo de transición delicada, al contrario, su introducción es abrupta, y el lector se siente arrojado al mar, lanzado al medio mismo de la batalla, por ese viento que parece conspirar contra la escuadra combinada tanto como la flota inglesa:

En tanto que del Sur embravecido
anuncia la tormenta el soplo agitador, ronco estallido
lanza el cañón, señal de luto y muerte,
señal terrible de futura gloria,
debida a los valientes campeones
que del honor de España
fijan la ilustre suerte
con una y otra inimitable hazaña.

Del mismo modo aparecen explicados los motivos que han impulsado a los españoles a participar en el combate, pues las lýtotes de los versos siguientes no tratan de suavizar la afirmación que le sigue, sino por el contrario, evidenciar la cruel diferencia que –los poetas españoles lo señalan una y otra vez–

⁶⁴ María Rosa Gálvez, *Oda en elogio de la Marina Española*, Imprenta de Repullés, Madrid, 1806. Sigo el ejemplar contenido en «Guerra de la Independencia 1808-1814. Colección de Papeles patrióticos de Don Manuel Gómez Imaz, Sevilla».

Me permito citar con amplitud esta oda en las líneas que siguen al ser una de las más desconocidas en la actualidad.

parece existir entre la ambición inglesa y la voluntad de servicio a la patria de los marinos españoles:

No la ambición, no el bárbaro deseo
de alimentar la guerra
hace que pueblen con armadas naves
la anchurosa extensión del Océano;
mas sí el heroico empleo
de vengar a la Patria, al Soberano,
y elevar a la paz puros altares,
que de Europa Albión audaz destierra
por usurpar el cetro de los mares.

Claro que, no debe olvidarse, que esta oda está compuesta, como se indica explícitamente en el título, en elogio de la Marina Española e implícitamente, como descargo del Rey y del Príncipe de la Paz, el poderoso Godoy, de quien Rosa Gálvez buscó amparo para la publicación de sus obras en más de una ocasión.

Por lo demás, la oda contiene los tópicos que he señalado en las de Sánchez Barbero, esto es, el de las «furias de la patria» representadas en esa guerra abominada por una nación supuestamente bárbara como la británica, por su desmedida apetencia y constante desdén de la paz. También aquí la naturaleza enfurecida parece responder a la brutal acometida de los hombres⁶⁵, cuyo compor-

⁶⁵ Nunca con más furor naval combate
horrendo se trabó: ni el denso caos
de ennegrecida niebla, ni el silbido
del viento pavoroso,
ni el tropel de las ondas borrascoso
pudo arredrar los héroes: ya tendido
el pabellón hispano
vaga a merced del aire, y sus Leones
en tan gloriosa empresa
vuelan a par del águila Francesa.
Forman las naves prolongada línea
presentando erizados
de hierro, bronce y fuego sus costados [...].

Y un poco más adelante, para subrayar el fragor de la batalla, el choque de los barcos se asimila al de las montañas sacudidas en sus entrañas por un terremoto infernal:

Cual suelen al embate repetido
de horrible terremoto

tamiento violento, ambicioso e irascible es representado en grado sumo en la figura de Nelson⁶⁶, capaz de cualquier maniobra con tal de obtener su deseo:

Nelson audaz desea
romper la fuerte línea; pero en vano.
Una vez y otra con furor se avanza
por donde lidia un campeón hispano:
entonces su venganza
a par del triunfo asegurar procura,
aspirando a la gloria
de rendir nuestra Real a su Victoria.

Furioso manda que torcidos cabos
arrojen de su nave a la Española,

luchar unas con otras las montañas,
lanzado el encendido
azufre de sus cóncavas entrañas,
así al trabarse la naval pelea
se acometen, se estrellan, se destrozan,
las embreadas moles,
se incendia y aniquilan,
del cañón arrojando el rayo ardiente [...].

Similar recuperado versos más adelante con una referencia al Etna:

No de otra suerte del ardiente abismo
del Etna pavoroso
saltan globos de fuego en humo envueltos,
como en el choque bárbaro espantoso,
al horrendo estampido
de la pólvora atroz vuelan mil muertes;
en torbellinos densos
el vapor inflamado al cielo sube,
y sin cesar, de tan funesta nube
ilumina el cañón el centro oscuro:
arder se ven en rabia confundidos,
y regados con sangre los baxeles,
mientras cien voces, fuego repitiendo,
doblan el triste y el marcial estruendo.
Cf., *Ibidem*.

⁶⁶

Desde la excelsa popa de su nave
Nelson contempla airado
Lo que anhela vencer; de los bajeles
Ve el rumbo combinado [...]
Cf., *Ibidem*.

como a segura presa
que teme le arrebate el mar o el viento
más invencible, y sola
ve cien brazos tender de sus costados,
que asiendo en un momento
los cabos embreados,
de las ondas cortando la distancia,
muerte o victoria grita su constancia.

Una avidez que sólo titubea cuando el inglés observa «el brío / que se ostenta en los pechos españoles». El odio antibritánico que suele contenerse en estos poemas se hace aún más patente –al igual que en las odas que he comentado más arriba– al describir la muerte de Nelson:

Entre el estrago fia en su ventaja
Nelson del triunfo la dudosa suerte;
abierto y destrozado
vio al español bajel; y alborozado,
victoria fue a decir, cuando la muerte
llegando enfurecida,
le arrancó la palabra con la vida.

Yace cadáver el feroz Britano;
Y ¡oh, siempre a tanta costa sus laureles
compre Albión! ¡oh, siempre sus bajeles
se abismen, como el fiero Soberano,
del Príncipe de Asturias combatido,
fue en el mar turbulento sumergido,
sepultando en su seno el vil tesoro
que de la Europa entera
compró la destrucción...

Sucumbido el enemigo, la Gálvez pide a su musa que cante las hazañas de los marinos franceses y españoles, en particular, la de Antonio Pareja, en representación de otros tantos héroes cuyas hazañas sería imposible enumerar.

La tempestad nuevamente desatada es vista como fruto de la ira de Neptuno, que «de su carro aljofarado / aguja los marítimos dragones» y se hace acompañar de Eolo para castigar a quienes osan manchar con «hacinados

cadáveres» su palacio. No obstante, también Neptuno se compadece con el dolor de esas víctimas colaterales de que hablaba antes y le duele

escuchar en el muro Gaditano
el doliente clamor!... Ya sin ventura
la desolada⁶⁷ madre busca en vano
en la orilla el cadáver de su hijo;
teme la amante
la suerte de su amado, y calla y gime:
mas la esposa infeliz desesperada
va por la playa errante,
y en uno y otro pálido semblante
hallar pretende á quien su pecho adora,
y al fin entre sus brazos lo recibe,
moribundo lo estrecha, y dice... "aun vive".

Nuevamente, reaparecen, pues las figuras de la madre, de la amante, y de la esposa, como también lo harán en el relato de «Fernán Caballero». Y también aquí acudirán los generosos «pechos españoles» que socorrieron «igualmente al contrario y al amigo». Ante estas imágenes tiernas la Gálvez hace comparecer a «la deidad de los mares» que promete su cetro a la nación española, al tiempo que alaba al «Monarca hispano» y al «Héroe de la Paz» que premian al valor; para terminar solicitando a las «Ninfas de la Esperia» que, cuando sean requeridas de un enamorado, estimulen su patriotismo y valor:

decidle, señalando
estos mares: =Allí los defensores
de la patria de gloria se cubrieron;
imitad su valor, y si algún día
vuestro nombre celebra a par del suyo
la voladora Fama,
del Mirto ceñiréis la hermosa rama.

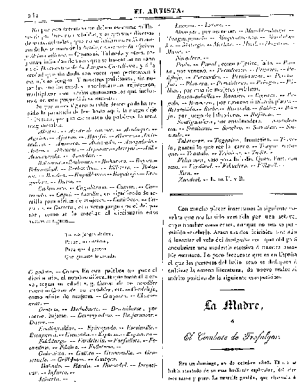
Se cumple así otro de los tópicos de esta poesía que sigue la estela de la filosófica de la Ilustración, el de los «hombres célebres», divinizados, cuyo ejemplo debe ser emulado para el mayor adelantamiento y gloria de la patria. Propósito este último ajeno, como explicaré más adelante, al que lleva a la futura *Fernán Caballero* a escribir su narración, como se desprende, en primer

⁶⁷ Corrijo la errata «dosolada».

lugar, del hecho de que en la primera de sus versiones se destaca en el título a la figura de la madre, y, en segundo, de que, al parecer, el texto de Cecilia Böhl no estaba destinado a ver la luz pública.

IV. ENTRE LA ÉPICA Y EL PATETISMO SENSIBLE

Efectivamente, cuando Cecilia Böhl de Faber ve publicado en *El Artista* su relato «La madre o el combate de Trafalgar», en 1835, ella fue la primera sorprendida, pues según confesó a los editores de esta revista literaria en una carta –en la que se quejaba por cierto de que su madre la hubiera enviado sin su consentimiento–, se trataba de la «narración de un hecho visto (y no novelado)», escrita «en otro idioma, por perfeccionarse en la lengua y sin otra pretensión». Posiblemente, como señalara Montesinos, fuera Frasquita Larrea la que realizara la redacción final en español⁶⁸, pues por esas fechas Frasquita se dedica a traducir, a petición de su propia hija, los cuentos populares que ésta le envía, y no es extraño pensar que, impulsada por su más que probado patriotismo⁶⁹, decidiera dar a la luz pública el escrito de Cecilia sin contar con la aprobación de la autora. Hecho este que convertirían a Frasquita en algo más que simple editora, es decir en co-autora del texto, dado que muy posiblemente Frasquita trasladara con bastante libertad el texto escrito por la hija originalmente en francés⁷⁰.



Portada del cuento *La madre o el combate de Trafalgar*, *El Artista*, (1835).

⁶⁸ Cf., José F. Montesinos, *Fernán Caballero. Ensayo de justificación*, pág. 144.
⁶⁹ Sobre el carácter político de sus escritos he publicado el trabajo, «Frasquita Larrea y la politización del Romanticismo español», en *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, nº 10 (2002), págs. 3-13. También «El patriotismo anticonstitucional de una mujer gaditana: Frasquita Larrea (1775-1838)», en *Pueblo, Patria, Nación, Actas del XI Encuentro de Ilustración y Romanticismo*, Servicio de Publicaciones de la Universidad, Cádiz, 2004, págs.129-142.
⁷⁰ Así lo ponía de manifiesto Montesinos, *op. cit.*, p. 144; y también Quirk que compara las variaciones que existen entre el texto publicado en *El Artista* y el remitido en francés a Julius en 1845. Cf., Quirk, Ronald, J., «La Mère», «La Madre», Fernán Caballero, Her Mother, and a Tale of Trafalgar», en *Revista Hispánica Moderna* (1998) Vol. 51.1, págs. 5-12.

Esto no sería raro si se tiene en cuenta, por una parte, que la práctica de la traducción es en esta época bastante libre, y, por otra parte, el fuerte carácter de Frasquita, bastante más aficionada, además, a los excesos sensibles que su hija. Como otros estudiosos han puesto de manifiesto, el texto en francés que en 1845 Cecilia enviaría a su amigo Julius presenta notables diferencias con el publicado en *El Artista*. Quirk destaca que, en general, en el texto publicado en español hay más adiciones que supresiones, a excepción de dos bastante notables, la eliminación de algún detalle bastante morboso –«On fut longtem[p]s a Cadiz et aux environs sans manger de poisson!»– y la nota final con la que se concluye el relato francés:

Les details de ce terrible et memorable 21. Octobre sont de la plus grande exactitud et m'ont été donné en partie par des témoins oculaires en partie par un de nos officiers de marine des plus distingués qui prit part a l'action⁷¹.

A este detalle, que, con el objeto de reforzar el carácter vivencial del relato, posiblemente suprimiera Frasquita –o menos probablemente los editores de *El Artista*– se le ha prestado hasta ahora –creo– escasa atención, pues de otro modo no se hubiera insistido tanto en la idea equivocada de que Cecilia o su familia habían contemplado desde Cádiz el desastre de Trafalgar⁷²: la familia Böhl de Faber se encontraba en Alemania, al menos desde agosto de 1805⁷³. De haber prestado crédito a la nota del texto francés, se hubiera destacado el hecho de que las cualidades testimoniales del relato se deben a la tradición oral

⁷¹ Cf. Camille Pitoulet, «Les premiers essais littéraires de Fernán Caballero», en *Bulletin Hispanique* 9 (1907), págs. 67-86, 286-302; 10 (1908), 286-305, 378-396; y Ronald, J. Quirk, «"La Mère", "La Madre", Fernán Caballero, Her Mother, and a Tale of Trafalgar», en *Revista Hispánica Moderna* (1998) Vol. 51.1, págs. 5-12.

⁷² Un error que tampoco aclara Ronald J. Quirk, que sigue a Ángélica Palma y a Camille Pitoulet, cuando afirma respecto de la vivencia familia Böhl de Faber del acontecimiento de Trafalgar:

In October 1805 she may have witnessed the Battle of Trafalgar from her family' house in Cadiz (Palma 50; Pitoulet 1932, 158) [...] The historic battle, with Cecilia either observed or learned of from witnesses at the impressionable age of eight years, was to be the subject of her short story "La madre".

Y más adelante, cuando añade:

Fernan Caballero's story is not autobiographical, but it does view the Battle of Trafalgar from the same site as the author might have as a young girl. This location is the shore at Cadiz, within sight and sound of the ships' cannons and the tempest that added to the woes of the combat. Cf., Ronald, J. Quirk, «"La Mère", "La Madre", Fernán Caballero, Her Mother, and a Tale of Trafalgar», en *Revista Hispánica Moderna* (1998) Vol. 51.1, pág. 5.

⁷³ Cf., Guillermo Carnero, *Los orígenes del romanticismo reaccionario español: el matrimonio Böhl de Faber*, pág. 79.

y, más concretamente, a la experiencia de un oficial de marina que muy bien podría ser el testimonio de Ignacio Olaeta, que aparece citado en las notas al relato en la versión de *El Pensamiento de Valencia*.

También es posible que ese testimonio no fuera trasladado directamente a Cecilia, sino a su madre, Frasquita, que residiría en Chiclana desde el verano de 1806⁷⁴ y que, conocería entonces muy de cerca a las víctimas de aquellos acontecimientos. Frasquita, además, tiene un emocionado recuerdo de esta jornada tanto en los años de 1812, cuando en el viaje que inicia para reunirse con su marido se hospeda en la posada en que murió Villeneuve, como algunos años más tarde en un texto manuscrito en el que, con la excusa de comparar el *Arauco domado* y *La Araucana*, observa las diferencias entre el genio español y el francés, evoca «la gloriosa desgracia de Trafalgar»⁷⁵, tópico este que, como he señalado pertenece a la literatura española que trata de desviar la responsabilidad del fracaso de la batalla a los mandos franceses, sobre todo, después de la invasión de España por el ejército napoleónico. Todo ello corroboraría las sospechas de Hespelt, Herrero y Quirk sobre la notable huella de Frasquita en la primera actividad literaria de la hija⁷⁶.

En cualquier caso, lo cierto es que el relato de Cecilia-Frasquita se publica en *El Artista* precedido por la nota que a continuación reproduzco:

Con mucho placer insertamos la siguiente novelita que nos ha sido remitida por una señora, cuyo nombre conocemos, aunque no nos es permitido revelarle. Acaso sus dos iniciales bastarán a levantar el velo del *incógnito* con que obliga a encubrirse una modestia excesiva a nuestra amable escritora. Lo poco frecuente que es en España el que las personas del bello sexo se dediquen a cultivar la amena literatura, da nuevo relace al mérito positivo de la siguiente composición⁷⁷.

Se trata, pues, de un texto que se publica en una revista de las llamadas pintorescas, es decir, ilustrada con grabados, en que bajo la dirección de Federico de Madrazo y de Eugenio de Ochoa se pretendía «popularizar, si nos

⁷⁴ En la correspondencia que cruza Frasquita con su esposo a partir de la separación de ambos en 1806 no hay ninguna alusión a esta batalla, ni siquiera en los primeros meses de su estancia en Chiclana, en que los acontecimientos estaban relativamente recientes.

⁷⁵ Cf., Antonio Orozco Acuaviva, *op. cit.*, págs. 339-344.

⁷⁶ Cf., E. Herman Hespelt, «Francisca de Larrea, a Spanish Feminist of the early Nineteenth Century», *Hispania* XIII, 3 (May 1930), págs. 184-186; Herrero, Javier, «*Fernán Caballero: un nuevo planteamiento*, Gredos, Madrid, 1963, pág. 298; Ronald, J. Quirk, «"La Mère", "La Madre", Fernán Caballero, Her Mother, and a Tale of Trafalgar», *op. cit.*, págs. 11-12.

⁷⁷ *El Artista*, tomo II, pág. 232.



Portadilla de la revista *El Artista* (1835).

texto literario, con mayor o menor logro estilístico, pero lejos del mero relato histórico.

Evidentemente, en su intento de distraer a los editores y lectores de su labor creadora, Cecilia se refiere al episodio como «hecho visto», pero el problema que habría que situar aquí es el desdén que ya para entonces mantenía Cecilia respecto de la novela, palpable en el inciso siguiente –«y no novela», recalca– y el prestigio que para ella, como para muchos escritores afectos al neoclasicismo –aunque no sea su caso–, tenía la historia.

Que se trata de un cuento y no de un relato histórico se evidencia, sobre todo, por el elemento novelesco que se contiene en su misma trama, centrado, focalizado, en el sufrimiento de una madre, la que da nombre a la versión primitiva, y cuyo padecimiento y enajenación final dan un tinte folletinesco al discurso. El relato, en boca del tradicional narrador omnisciente, incide en el efecto que produce el desarrollo de los hechos –crisis de ansiedad y paulatino desequilibrio– en una mujer, una viuda, que tiene a sus tres hijos en la batalla y que permanece muda ante el horror que adivina hasta que oye el primer

⁷⁸ Sobre este propósito remito al estudio de Leonardo Romero Tobar, *Panorama crítico del romanticismo español*, Castalia, Madrid, 1994, pág. 58.

cañonazo. Por eso es la voz de la anciana que los ha criado, la que expresa su angustia:

–Ah niños míos!, exclamaba, nosotras que os hemos preservado con tanto esmero del menor viento colado, nosotras que os lavábamos con agua templada de miedo de resfriaros, nosotras que vigilábamos vuestro sueño como el de un enfermo, que no os dejábamos ir solos ni aun la escuela! ¿A qué todos estos conatos si ahora os vemos ir a arrostrar esas muertes acopiadas como haces de armas? ¿Por qué esas vidas, que arriesgan como dinero al juego los insensatos que se llaman héroes y conquistadores, han de tener raíz y agarrarse al corazón de una mujer? ¿Por qué esas imágenes de hierro y sangre no se han de imprimir en el bronce de vuestras almas y no en el de una madre? –Y luego María secaba sus lágrimas, alzaba de su frente sus cabellos blancos, volvía a tomar un semblante sereno y se iba a su señora procurando consolarla⁷⁹.

Quiero destacar la distancia con que –bien que desde la perspectiva de la sencilla María– contempla el heroísmo de los temerarios que se arrojan al combate sin tomar en consideración las vidas ajenas. Ello a pesar de que el narrador unas páginas más adelante hace suya la frase de Escaño⁸⁰ que aquí se transforma en una patética exclamación: «¡El gran naufragio todo lo tragó, todo lo perdió, menos el honor!».

Por otra parte, como puede comprobarse fácilmente tras la lectura de este párrafo, se trata de una escritura que, mediante el recurso a la emoción y a los moldes de la literatura más popular, el folletín –como muy bien entendería más tarde Galdós– podía atraer a esos lectores medios –el horizonte de las familias burguesas a los que se dirige *El Artista*–, no provistos de la cultura ni de la costumbre razonadora que exige el discurso filosófico, o meramente histórico, y llegar a interesarlos por la marcha de los negocios públicos, la historia y la política nacional.

Se trata, pues, de una retórica sentimental muy en la línea del romanticismo con que comulgaban sus editores –y especialmente Ochoa–, pero que dirigía su mirada no hacia un pasado legendario, sino hacia un asunto de interés contemporáneo –habían pasado sólo treinta años de la batalla– y ahí radica la novedad de su planteamiento. De hecho, y aun cuando se le ha reconocido a *Fernán Caballero* el haber inaugurado la senda por la que años más tarde debía

⁷⁹ *El Artista*, tomo II, págs. 233-234.

⁸⁰ José Vargas Ponce la rememora en el *Elogio histórico de D. Antonio de Escaño* de la siguiente manera: «Todo menos el honor, se ha perdido» que este habría dictado en una carta informando a la corte de lo acontecido. Cf., *op. cit.*, pág. 70.

transitar la literatura realista, especialmente al examinar sus narraciones rurales⁸¹, aún no se ha subrayado suficientemente el carácter pionero de relatos como los que aquí se presentan, pues en ellos no sólo acierta a poner en escena asuntos de la vida contemporánea, sino que verdaderamente estas narraciones son una anticipación temprana de lo que después habría de desarrollar casi cuarenta años más tarde Galdós en sus *Episodios Nacionales*⁸². No es pues casualidad que uno y otro coincidieran en novelar entre los primeros episodios los acontecimientos del combate de Trafalgar y de las Cortes de Cádiz.

Como he señalado en otra ocasión, Galdós teje su relato a partir de una serie de motivos que se encuentran ya en el relato de Cecilia Böhl de Faber⁸³. El primero de ellos es la construcción del discurso narrativo a partir de la figura de un personaje testigo de los acontecimientos, «la señora de C.», viuda de un general de marina y madre de tres hijos que formaban parte de la flota combinada que había de atacar a la escuadra inglesa. Contrapunto de esta visión es la perspectiva no menos sensiblemente interesada de la anciana María, ama de los muchachos y «perteneciente a la familia, ya que no por los vínculos de sangre, por los del corazón». Presentación, pues, emocional de los hechos que a veces alcanza grandes cotas de patetismo al uso del folletín romántico y que, curiosamente, se hallan también en una serie de composiciones escritas por Francisco Sánchez Barbero casi al calor de la batalla o en las de M^{ra} Rosa Gálvez de Cabrera.

No obstante, como decía antes, en la segunda versión, la redactada por una ya célebre *Fernán Caballero*, se evidencia de forma palpable que a la escritora le interesa contribuir con su literatura a defender el honor patrio. Para ello debe tenerse en cuenta, en primer lugar, que esta puesta «en limpio» –como dice la autora– fue realizada en septiembre de 1857, justo después de la derrota de los progresistas de Espartero, para *La España*, aunque después aparecería también en *El Pensamiento de Valencia*, una revista neocatólica al estilo de *La razón cató-*

⁸¹ Cf., Alberto González Troyano, «La iniciación de la novela realista: *Fernán Caballero*», en *Historia de la Literatura Española. Siglo XIX*, I, Espasa-Calpe, Madrid, págs. 656-675.

⁸² Recientemente lo ha puesto así de manifiesto Esteban Gutiérrez Díaz-Bernardo en el libro *El cuento español del siglo XIX*, Ediciones del Laberinto, «Arcadia de las Letras», Madrid, 2003.

⁸³ Remito de nuevo a mis trabajos «El Trafalgar literario: antes y después de Galdós», en *Trafalgar y el mundo Atlántico*, Marcial Pons, Madrid, 2004, pp. 347-357; también, «La batalla de Trafalgar en la literatura», *En torno a Trafalgar*, Plan Trafalgar y Mancomunidad de La Janda, 2004, pp. 71-80.

lica o *La cruz*, fundada esta última por su amigo León Carbonero y Sol⁸⁴, que la habría de inducir a escribir sobre asuntos político-sociales.

Lo cierto es que la nueva versión del relato, con algunas páginas más de las que tuvo en su primera edición es, muy probablemente, producto también del conocimiento que tuvo *Fernán Caballero* del libro de Adolph Thiers, pues en nota afirma la autora:

Un escritor francés ha osado hablar calumniosamente de esta batalla en que tuvieron los ingleses diez navíos desarbolados, seis varados, uno quemado, cinco echados a pique, des siete a ocho mil hombres muertos y heridos, perdidos los mejores oficiales, su famoso almirante y su mayor general.

También es posible que *Fernán Caballero* conociera entonces la vindicación de Manuel Marliani (1850) en contra de «las aseeraciones injuriosas vertidas por Mr. Thiers»⁸⁵, obra patrocinada por el Marqués de Molins, quien también, al parecer, proporcionaría a Marliani muy valiosos datos.

El relato de *Fernán Caballero*, que en esta versión final se titula *La madre*, y lleva por subtítulo *Episodio de la batalla de Trafalgar* –también en esta consideración de «episódica» de la historia se adelanta a Galdós–, es ciertamente muy laudatorio e insiste en exculpar a Gravina, Cisneros y Álava, quienes actuarían por obediencia; asimismo denuncia la ceguera y el despecho de Villeneuve, y censura que la fuerza del honor hiciera sucumbir treinta y tres buques, «ricos de la flor de la marina y de miles de vidas preciosas». Sin perder por ello el carácter novelesco de la narración, es evidente que su escritura se vuelve mucho más comprometida, más política, en definitiva.

Aún existe otra coincidencia entre esta narración y el episodio galdosiano, se trata del entrecruzamiento entre historia y ficción, recurso que está presente desde la versión de 1835 de *La madre o el combate de Trafalgar*, incluso ya desde el mismo título. Asimismo es patente que este recurso de «efecto de realidad» con el que la escritora pretende conferir un sabor de verdad a lo narrado –y cuyo origen podría remontarse a Cervantes– se utiliza de forma magistral en Galdós y de modo mucho más artificial en Cecilia Böhl de Faber, tal vez porque desde la primera vez que fue escrito a la autora le interesaba destacar más el elemento histórico que el novelesco como ella recalca una y otra vez,

⁸⁴ Urigüen González, M^a Begoña, *Origen y evolución de la derecha española en el siglo XIX*, págs. 176-330.

⁸⁵ *Fernán Caballero*, O. C, IV pág. 385.

no sólo en 1835 sino en otras muchas ocasiones a lo largo de su trayectoria literaria en que se niega a reconocerse como novelista.

Pero, además, a este relato que Cecilia Böhl de Faber pretendió presentar ya en 1835 como una historia vivida, se le añaden una serie de alegatos con los que se pretende realzar su valor de documento testifical. Efectivamente, a los ecos de Thiers o de la vindicación de Marliani presentes en la versión de 1857, se agregan en esta misma fecha otros testimonios pretendidamente históricos como son la «Oración fúnebre que en las solemnes exequias del Excelentísimo Sr. Don Federico Gravina», predicada en Cádiz por el doctor Ruiz Román en marzo de 1806, así como el sermón pronunciado por el doctor Fernández Varela en las exequias generales celebradas en El Ferrol también en 1806⁸⁶. Y, para contrarrestar con más fuerza la censura de Thiers, aduce dos notas periodísticas a favor de Gravina publicadas en ese mismo año de 1806, la primera de ellas por un diario francés, *El Diario del Imperio*, el 19 de enero, y la otra por un periódico inglés, *La Crónica*, el día 15 de marzo, donde se aseguraba que con su muerte «pierde la España el oficial más experimentado de su armada y un marino bajo cuyo mando sus escuadras, aunque a veces batidas, siempre combatían de un modo que merecían los elogios de los vencedores». Es decir que, efectivamente, Cecilia-Fernán Caballero, con patente voluntad historicista, se documenta antes de escribir su narración aunque, a veces por despiste propio –o, más probablemente– de los cajistas se deslizan errores como ocurre, por ejemplo, al enumerar la composición de la escuadra combinada en la versión de *El Artista*, pues si al principio del relato la cifra correctamente en 33, luego en el curso del relato la reduce a 25. Años más tarde cuando publica el relato en el periódico *El Pensamiento de Valencia* corrige esta errata⁸⁷.

Desde luego, entre los recursos con los que la autora trata de producir ese «efecto de realidad» en el lector, no puede dejar de mencionarse la detallada ubicación y datación de los acontecimientos narrados y la viva descripción del escenario, con un dominio retórico fácilmente comprobable ya en la lectura del párrafo inaugural:

⁸⁶ Curiosamente, también Alcalá Galiano destaca este testimonio de Varela, que sería después comisario general de Cruzada.

⁸⁷ Quirk incide en que la cifra era correcta en el original francés. Es posible, pues, que se deba la confusión a un error de los cajistas. Cf., Ronald, J. Quirk, «"La Mère", "La Madre", Fernán Caballero, Her Mother, and a Tale of Trafalgar», en *Revista Hispánica Moderna* (1998) Vol. 51.1, p. 9.

Era un domingo, 20 de octubre de 1805. El día se había ataviado de su más brillante esplendor, del aire más suave y puro. La muralla gualda, que circunda a Cádiz como un arco de oro a una perla, se hallaba llena de gente que tendía los ojos hacia la bahía. Pero sus semblantes abatidos, sus labios silenciosos contrastaban con el alegre azul del cielo⁸⁸.

A esta sigue la descripción pintoresca, pero igualmente significativa, en que presenta la casa de la protagonista o, de otro lado, la viva pintura con que ofrece la figura de esa madre amedrentada rezando ante una imagen de la Virgen:

En el balcón de una de las casas del hermoso barrio de San Carlos, que el hombre ha empujado en el mar sobre poderosos cimientos, en uno de aquellos balcones verdes como el mar, llenos de flores como canastillas, se apoyaba contra sus cristales una mujer, ora clavando sus ojos en una imagen de la Virgen embutida en la pared junto al balcón, ora llevándolos sobre el magnífico espectáculo que se ofrecía a la vista.

Esa mujer que solicita el amparo de la Virgen entre las flores de sus macetas –pequeños receptáculos del campo en la ciudad– simboliza al ser humano tradicional, apegado a las costumbres y creencias de sus mayores y que sólo mira con horror, y por necesidad, a ese mar, que en los relatos de *Fernán Caballero* no es sino el «peligroso» mar de la libertad.

Como en todo relato folletinesco, a medida que avanza la narración, se acumulan fuertes dosis de patetismo que alcanzan su punto culminante al término del texto:

Hacia la noche cesaron los cañonazos. ¡Pero este silencio, acompañado del rugido del viento, era el callar de la muerte! ¡Oh; qué noche para la infeliz madre! ¡Noche sin fin como la eternidad, llena de tormentos como el infierno! Por fin los primeros rayos de ese día, tan temido, tan deseado, vinieron a alumbrar, semejantes a los cirios que acompañan a un cadáver, el horroroso espectáculo que se desarrollaba a los ojos del inconsolable Cádiz. En vano quiso María impedir que su señora se precipitase al balcón. ¡Qué cuadro! En la costa opuesta yacían como cadáveres los buques *Bucentauro*, y otros... ¡más acá remolcaban trozos mutilados de las embarcaciones⁸⁹.

⁸⁸ Cf., *Fernán Caballero*, «La madre o el combate de Trafalgar», en *El Artista*, II, págs. 232-233. A este párrafo en la versión de *El Pensamiento* le sigue otro que comienza: «La escuadra combinada que constaba de 15 navíos españoles y 18 franceses salía de puerto».

⁸⁹ *Ídem*, pág. 235.

Curiosamente, el narrador desliza continuamente su perspectiva desde los ojos de las mujeres a la del cuadro que contemplan, presentando primero a los sujetos focalizadores de la acción y luego al objeto. Este modo de proceder se pierde a veces en la versión de los años cincuenta.

Pero, además del patetismo, pueden señalarse otros recursos que delatan el carácter ficcional del texto, entre ellos el uso del tiempo, del ritmo narrativo. Efectivamente, el relato se extiende en la narración de los sucesos que tienen lugar desde el momento en que los navíos salen del puerto hasta que se escucha el primer cañonazo, de lo que resulta un ritmo lento; después las seis horas del combate se resumen en un sólo párrafo, y a continuación el texto vuelve a extenderse para narrar los instantes que se suceden entre que la madre contempla el naufragio y la llegada de los hijos; de esta manera consigue mantener al lector en suspenso⁹⁰. Esto quiere decir, como apuntaba antes, que a su autora no le interesa tanto el aspecto bélico de los acontecimientos como la repercusión de los mismos en el ánimo de la mujer, y por ende del lector.

Otros rasgos podría señalar, pero creo que con lo expuesto basta para mostrar, en primer lugar, que la relación que escribe Cecilia Böhl de Faber en 1835 y, menos aún la que ofrece en 1857, es en absoluto un testimonio histórico o documental, sino un verdadero cuento, de intención realista especialmente en su segunda versión, pero lleno de recursos retóricos con que la escritora trata de apelar a la sensibilidad y la conciencia del lector. En segundo lugar, es evidente que esa llamada emocional se destina a un lector de familia pequeño-burguesa para tratar de implicarlo en la política de su país y tratar de conformar en él una conciencia nacional. Conciencia que tal vez hizo revivir la muerte muy sonada en febrero de 1835 de Carlos Francisco Ameller, director del Real Colegio de Cirugía de Cádiz, y responsable de la organización de los médicos que auxiliaron en Trafalgar, y, aún más, del rescate y traslado de Gravina, desde su barco el «Príncipe de Asturias», a quien fue a buscar personalmente para tratar de curarlo de sus graves heridas. Aunque no tengo evidencias, es posible que Cecilia Böhl de Faber conociera el sermón fúnebre predicado por José Benjumeda, con motivo del funeral de Ameller⁹¹, en que tam-

⁹⁰ Sobre la técnica narrativa de esta escritora puede verse mi trabajo «*Fernán Caballero*» entre el folclore y la literatura de creación. *De la relación al relato*, Ayuntamiento de Cádiz / Ayuntamiento de El Puerto de Santa Mª, 1999.

⁹¹ José Benjumeda, *Elogio póstumo del Dr. D. Carlos Francisco de Ameller*, imprenta Tiburcio Campe, Cádiz, 1836.

bién se recuerda con emoción el efecto devastador del combate y la imagen de las playas gaditanas regadas de cadáveres mutilados⁹².

Pero, además, el año de 1835 es el de un gobierno liberal exaltado, liderado por el gaditano Mendizábal, con un pujante carlismo que pone en peligro la unidad de la patria en torno a la figura de la Regente M^a Cristina, de modo que no es extraño que este tipo de relato historicista, que volvía los ojos hacia un pasado en el que España tenía a su enemigo en el exterior –y no en el interior–, y los españoles luchaban a una por defender sus intereses, fuera bien acogido en las páginas de *El Artista*.

El relato se publica por primera vez en el tomo II de esta revista y en esta primera versión destaca especialmente –sobre todo en comparación con la versión definitiva– el tratamiento romántico del relato, del que además de bastantes frases patéticas se ha suprimido, por ejemplo, la alusión a la misteriosa muerte de Villeneuve –asesinado o muerto por su propia mano en acto suicida cuando iba a presentarse ante Napoleón–, que tanto intrigó a muchos españoles⁹³. También se omite la muerte del contra-almirante Dumanoir que encuentra un destino poco glorioso en las costas de Francia a manos de Sir Richard Strahan por quien fue hecho prisionero, como pago –según la explicación que Cecilia pretende ofrecer en su primera versión– a su omisión de auxilio al «Neptuno» de Cayetano Valdés. Igualmente se obvia un largo párrafo en el que se describe la actuación caritativa de los gaditanos y, especialmente de los soldados que no ahorran esfuerzos en socorrer a los heridos.

Aunque en la versión definitiva se han realizado algunas correcciones estilísticas bastante acertadas⁹⁴, no puede compensarse la espontaneidad y fluidez

⁹² Sobre este particular, el estudio introductorio de Alberto Ramos Santana, «Trafalgar: de la derrota al mito», en su edición de la obra de Augusto Conte Lacave, *En los días de Trafalgar*, Diputación provincial, Cádiz, 2005.

⁹³ A este propósito no está de más recordar la anotación que hizo Frasquita Larrea en su cuaderno de viaje a Hamburgo. Concretamente en la anotación realizada en París el día 26 de julio de 1812:

Varias personas para quienes traíamos cartas nos fueron a ver en Rennes, y nos llenaron de atenciones. ¡Poco me imaginé yo cuando dormía profundamente en una buena cama en la posada de Rennes, que en esa misma posada, en ese mismo cuarto (y acaso en esa misma cama) murió el general Villeneuve, de muerte violenta a su vuelta de la infausta jornada de Trafalgar! Lo supe al día siguiente.

Cf., «Fragmento de viaje por Inglaterra, Francia y Alemania», en Antonio Orozco Acuaviva, *La gaditana Frasquita Larrea. Primera romántica española*, págs. 284–285.

⁹⁴ Quirk destaca algunas como el cambio de «miradas» por «ojos», «marchando» por «saliendo» y «hubiese» por «hubiera»; pero hay otras muchas.

de la primera versión con la segunda, a la que el intento de producir mayor efecto de realidad con la cita de los sermones coetáneos pronunciados en los funerales, así como de dar respuesta a Thiers encorsetan el relato y lo hacen mucho menos ameno de leer, además de resultar menos verosímil a la hora de comprender el paulatino enloquecimiento de la madre. Considerar que, tal vez, en la versión definitiva *Fernán Caballero* elimina los excesos sentimentales, debidos tal vez alguno de ellos a la pluma romántica de Frasquita Larrea es sólo una hipótesis, aunque como resulta de la comparación que hace Quirk no sería una posibilidad descabellada⁹⁵. Aún más, si leemos algunos textos de Frasquita no ya sobre Trafalgar, sino sobre su forma de relacionar la naturaleza con el devenir humano⁹⁶, y comprobamos su afición al estilo patético, esta suposición cobra fuerza, especialmente en un momento en el que a *Fernán Caballero* le interesa despertar en sus lectores otro tipo de emociones. No obstante, por las cartas conservadas de la autora, es posible conocer su forma de trabajar y cómo desde los primeros años en que se dedicaba a recoger cuentos populares, les daba forma escrita primero en francés y se los enviaba a su padre. Luego, era Frasquita quien los traducía al castellano y la propia Cecilia, como apunta Valencina, corregía estas traducciones e incluso después anotaba sobre ellas dónde se habían publicado⁹⁷. De modo que, aunque en 1845 enviara al Dr. Julius la versión francesa de Trafalgar, «La mère», esto no significa que en ningún momento conociera y tuviera en cuenta la traducción hecha por Frasquita y enviada en 1835 a la revista de Ochoa y Madrazo, es más, las variantes detectadas entre el texto enviado a Julius, la versión de 1835 y la definitiva publicación en *La España y El Pensamiento de Valencia* permiten suponer que fue la

⁹⁵ Efectivamente, Quirk establece lo siguiente:

Within the frame of this unaltered plot, however, "La mère /La madre" develops from a somewhat ingenuous first draft in French, to a more circumspect Spanish translation in 1835, to a polished rendition in 1857. The original text contained minor crudeness and an admission that the tale was, at least in part, not an eyewitness account; in 1835 the story accentuates nature and the storm as an active backdrop for the battle; and the final version shows a dramatic intensity in the greatly improved portrayal of the epic conflict.

Cf., Ronald, J. Quirk, «"La Mère", "La Madre", Fernán Caballero, Her Mother, and a Tale of Trafalgar», en *Revista Hispánica Moderna* (1998) Vol. 51.1, p. 11.

⁹⁶ Sobre la descripción de la naturaleza y el paisaje en *Fernán Caballero* y las influencias que pudo recibir de sus padre, puede verse mi trabajo, «La recreación de la naturaleza en los cuentos de Fernán Caballero. Lo pintoresco», en *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, núms. 4-5, 1997, pp. 59-79.

⁹⁷ Fray Diego de Valencina (ed.), *Cartas de «Fernán Caballero»*, Sucesores de Hernando, Madrid, 1919, págs. 2-3.

propia *Fernán* la que reelaborara su primer borrador en francés, antes de que su madre lo enviara a *El Artista*⁹⁸. Esta redacción que puede datar de la década de los treinta, en mi opinión, sigue siendo la más libre de prejuicios antinovescos.

V. TRAS LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA: UN FOLLETÍN

Magdalena es otro de los relatos que posiblemente escribiera Cecilia tras la muerte de su primer marido, fecha en la que también podría haber empezado a escribir el relato de Trafalgar, con el que comparte asimismo cierta afición a la pintura costumbrista. Por lo demás, temáticamente no tiene mucho que ver, se trata de uno de los varios relatos de *Fernán Caballero* en que el amor de un hombre hacia una mujer está presidido por una intención engañosa, de modo que el narrador nos sitúa ante un proceso de seducción: Muerto el padre de la muchacha, su único hermano se erige en su valedor. Por su hermosura, la joven es objeto de conquista de un noble inglés; en quien Fernando sólo ve a un extraño sin otra idea que causar la perdición de la joven doncella. Al no poder evitar la seducción, Fernando, después de maldecir a su hermana, asesinará al robador de su honra para, luego, entregarse a la justicia. El joven, consciente de la vileza de su acción, no consentirá que le sea conmutada la pena capital a la que es condenado y Magdalena se deja morir a los pies del cadáver de su hermano.

Como todos los cuentos de *Fernán Caballero*, *Magdalena* es un relato de lectura muy encorsetada por distintos recursos narrativos. Efectivamente, el nombre de Magdalena puede remitir a la pecadora bíblica arrepentida. Además, los dos lemas que inauguran el relato son claves para entender el sentido de que lo quiere dotar su autora. El primero de ellos, de Walter Scott, lo trae a colación para hacer ver que también este autor bebe de fuentes orales y que afirma no haber realizado ningún tipo de retoque con el fin de salvaguardar la sencillez de la relación original. De este modo, la autora, paradójicamente, pretende conducir la lectura del texto como si se tratara de un relato popular sin mediación autorial. La segunda cita, del mismo autor, incide en el tema del relato, el alto concepto del honor que tienen las gentes del pueblo.

⁹⁸ Ronald, J. Quirk, «"La Mère", "La Madre", Fernán Caballero, Her Mother, and a Tale of Trafalgar», pág. 10.

Magdalena lleva, además, un brevísimo epílogo en el que el narrador afirma que el tiempo y el olvido han borrado los sucesos narrados. Seguidamente, una manifestación patriótica:

Nada quedó de ellos, sino esta exclamación, de nuevo repetida en boca de los ingleses:

–¡Los españoles son asesinos!

A lo cual replicamos nosotros, repitiendo asimismo a nuestra vez una frase hoy muy citada:

–¡Así se escribe la historia!

Es así como de alguna manera este relato entronca con el del episodio de Trafalgar, pues todavía aquí persiste aunque débilmente la clave histórica y la consideración del inglés como enemigo irreconciliable.

Igualmente coinciden en la representación del espacio, las casas de las protagonistas, el balcón que las separa del peligro exterior, las macetas y la imagen de la Virgen, todo habla de la sencillez e inocencia de sus habitantes, aunque en este caso el simbolismo religioso aún está más presente en la pintura de ese popular barrio sevillano presidido por el campanario de una iglesia, símbolo de la moral cristiana, muy en consonancia con la idea proyectada por Chateaubriand en *El genio del Cristianismo*.

En la misma línea debe interpretarse la imagen del jazmín –Magdalena–, símbolo de la pureza virginal y el naranjo –Fernando– sobre el que ésta se apoya; árbol de las tradiciones⁹⁹ que hace del patio de la casa un pequeño edén en el que viven felices los habitantes de la casa mientras no irrumpe en el recinto ningún elemento ajeno. En ese sentido subraya Javier Herrero respecto al motivo del naranjo que aparece en otros textos de la autora:

Si la imagen del naranjo usada por Fernán me parece tan poderosa, es precisamente, por su enorme poder evocativo: frente al mundo moderno, ese enorme

⁹⁹ En este sentido, asegura Herrero:

El árbol representa efectivamente una tradición que pasa de padres a hijos; pero no cualquier tradición sino la tradición católica. Es precisamente a la sombra de esa fe donde toda la familia crece; [...]. Este patio andaluz, pues, es una versión de un tema permanente y, según Northrop Frye, central en la literatura universal: el Paraíso bíblico; los Campos Elíseos de Homero, y la Edad de Oro de Hesíodo [...]. Pero si el arquetipo es permanente, el contexto histórico dota a estos grandes iconos de un sentido determinado y preciso que incorpora metafóricamente, como tan claramente mostró Panofsky, las preocupaciones esenciales de la época.

Cf., Herrero, J., «El naranjo romántico: esencia del costumbrismo», en Gies, D. T., (ed.), *El romanticismo*, Taurus, Colección «El escritor y la Crítica», Madrid, 1989, págs. 203-208.

naranjo crea un paraíso porque enseña a los hombres, desde niños, a obedecer ciegamente unas tradiciones milenarias que informan toda su vida.

[...]. Fernán ha encarnado el principio de autoridad en el seno mismo de la familia. Con certera visión nos presenta el núcleo familiar como el terreno donde la planta individual absorbe las esencias tradicionales y aprende la necesidad de someter su voluntad a las entidades superiores de la familia, el grupo social, la patria¹⁰⁰.

Símbolo arbóreo que también utiliza Frasquita para ilustrar la poda criminal que en su opinión trataron de realizar los liberales al intentar «desgajar del tronco robusto de la Religión el divino follaje a cuya sombra se guarece el corazón afligido y descansa consolado» («Fragmento escrito el día de San Fernando»).

De nuevo, pues, resurge el planteamiento de *La madre o el combate de Trafalgar*, pero en este relato la lección es más patente: la desobediencia conlleva la pérdida del paraíso, e incluso su destrucción. Pues la pérdida del honor es lo que motiva la actuación de Fernando, un personaje que recuerda en gran medida a los del teatro calderoniano de que tan devoto era la familia Böhl de Faber.



Plaza San Francisco de Sevilla. Grabado de la época.

¹⁰⁰ *Ibidem*.

La escena final, con Fernando ejecutado y Magdalena muerta, encierra enorme simbolismo:

Cuando vino el día a descubrir los misterios de la noche, vióse tendida al pie del patíbulo, abrazada estrechamente con uno de sus maderos a una hermosísima joven, rígida ya por el helado soplo de la muerte¹⁰¹.

Efectivamente, Magdalena –ya cadáver– se mantiene fuertemente enlazada a su hermano que ha dejado de ser el árbol poderoso para constituirse en apéndice del mortífero madero, árbol despojado de sus ramas y flores, es decir, con sus virtudes cercenadas por la intromisión del elemento extranjero en el paraíso de la tradición¹⁰². No deja de llamar la atención que esta ejecución se realice en la pintoresca plaza sevillana de San Francisco –como puede observarse en un grabado de época–, en otro tiempo el escenario de los autos inquisitoriales.

Pero este relato encierra una joya más con la que ampliar el paraíso de la tradición familiar, a las del grupo social, a la de la patria. Se trata de la escena VI, un verdadero cuadro de costumbres cosido a la trama de la narración, en el que se describe una escena pintoresca desarrollada en la Alameda Vieja de Sevilla. Allí, un pobre inválido de guerra, rodeado de muchachos, acompañándose de una guitarra recita canciones de la guerra de la Independencia. En dos de estas coplas que inserta la autora el lector ve desfilar a los soldados de Napoleón derrotados en Zaragoza, Valencia y Bailén, pero también a unos Daoiz, Apodaca, Morla, Castaños y Palafox causar espanto a Napoleón invocando el Dos de Mayo y los nombres de «Dios, Patria y Rey». Vuelven, pues, de nuevo los héroes cuyas victorias invocó y celebró Frasquita Larrea.

VI. UNA VISIÓN CARICATURESCA DEL LEGADO DE LAS CORTES DE CÁDIZ

Necesitada de dinero, y posiblemente contrariada por el liberalismo dominante, Cecilia Böhl de Faber se propone escribir sobre los peligros del legado doceañista, desde su atalaya sanluqueña. Allí, posiblemente, en la casa que le había cedido José Pastrana Seik y, al tiempo que tiene noticias sobre el descontento popular, y el progreso de lo que denomina «ideas disolventes».

¹⁰¹ *Fernán Caballero, Magdalena*, pág. 132 de esta edición.

¹⁰² Javier Herrero recuerda que también Cadalso había utilizado la metáfora del árbol como imagen de la tradición de la patria española, expuesto a verse privado de sus raíces por el racionalismo revolucionario, a ver podadas sus hojas, arrancados sus frutos, y sustituidos por las hojas y los frutos postizos, artificiales, traídos de Francia. Cf., «El naranjo romántico: esencia del costumbrismo», págs. 203-208.

Un servilón y un liberalito coincide con *La madre* no tanto en su carácter histórico, más débil aquí, sino en ser un alegato pacifista. De hecho, Cecilia Böhl de Faber mantuvo esta actitud contraria a la guerra hasta 1859 en que la escritora muestra a su amigo el coronel Velarde un convencido e incondicional apoyo a la campaña que el ejército español realiza en África:

Antes estaba contra la guerra; ahora me entusiasma, porque ha regenerado a la nación, y si yo fuese la Reina, daría por nombre a ese ejército de África *el invencible*. ¡Viva España! ¡Viva nuestro Ejército! ¡Vivan sus brillantes oficiales! ¡Viva su intrépido caudillo O'Donnell!¹⁰³

Independientemente de que Cecilia adopte un discurso más enérgico debido a la condición militar de su corresponsal, lo cierto es que en el año de 1860 publicó un par de cuentos con el motivo de la guerra de África como telón de fondo, y aún se regocijaba más sabiendo que estos textos se leían en los cortijos en alta voz por la gente del pueblo.

No obstante, en la primera redacción de *Un servilón y un liberalito o tres almas de Dios* aún se considera pacifista y esta creencia se refleja a lo largo de toda la narración, desde el mismo título del cuento. En 1855 envía el relato a la sevillana *Revista de Ciencias, Literatura y Artes*¹⁰⁴, donde se publica con el título de *Tres almas de Dios*. Su revisión para la edición de las obras completas dadas a la luz por Mellado es casi coetánea a la «puesta en limpio» del *Episodio de la batalla de Trafalgar*, pues este editor ofrece el relato en un volumen conjunto con *Diálogos entre la juventud y la edad madura* en 1857. Se trata de un texto en el que, por otra parte, puede comprobarse toda la experiencia narrativa que *Fernán Caballero* ha ido acumulando a lo largo de veinte años y que tienen como resultado un relato más ágil, más fresco, en fin, menos encorseado, a pesar de que este es uno de los pocos cuentos en que la escritora contempla el tema religioso explícitamente ligado al pensamiento político y que tanto el desenlace como el epílogo encierran una enseñanza moral. El peligro de incurrir en el sermón narrativo se sortea al dejar que sea a través del discurso de los personajes como se vierta el mensaje didáctico. Evidentemente, es cierto que, como señalaba Valera al hablar de otros cuentos de esta autora, la

¹⁰³ Cf., Carta de 24 de diciembre de 1859, en José M^o Asensio, *Epistolario de «Fernán Caballero»*, pág. 193.

¹⁰⁴ *Fernán Caballero, Tres almas de Dios. Cuadro de costumbres*, en *Revista de Ciencias, Literatura y Artes*, I (1855), números 89 (págs. 417-428), 107 (págs. 490-497), 122 (págs. 540-555), 138 (págs. 613-626), 150 (págs. 647-686).

construcción del texto está concebida en aras de vehicular su mensaje político-religioso –claro, desde el mismo título– pero, al menos en esta ocasión, la supeditación de la literatura a la doctrina de la autora es mucho menos forzada y el relato puede leerse con gusto.

El cuento plantea la evolución del protagonista, desde su pasado liberal y escéptico hasta su presente católico y conservador. Un joven liberal, que se convierte en desertor tras haberse unido su regimiento a las tropas de Fernando VII, decide esconderse en un castillo donde habitan tres personas muy religiosas y partidarias del rey absoluto. Por una serie de percances se ve obligado a huir, pero volverá dieciocho años más tarde, completamente transformado, y ayudará a quienes, a pesar de sus diferencias políticas y religiosas, no dudaron en acogerlo. Y aunque en la década de los cincuenta los escritos de *Fernán Caballero* tienden a ser bastante sermoneadores y graves, llenos de ataques y agravios injustificados a los liberales, en esta ocasión, como apuntaba antes, el texto no se resiente del todo de su participación en la cruzada literaria que desde 1852 mantenían Cambroner y Sol y otros escritores conservadores y neocatólicos, y en la que colaborará al menos desde el último trimestre de 1857. Esta vez, aun quedando claros su pensamiento político y religioso, logra construir una narración más amable y no exenta de ingenio e ironía, frecuentemente subrayada por la cursiva.

Ocho breves capítulos –presididos por uno o dos lemas que iluminan el sentido de los mismos– constituyen su entramado narrativo. El primero de ellos nos sitúa en «El castillo de Mnesteo» –en realidad, la descripción corresponde al actual castillo de San Marcos– de la localidad gaditana de El Puerto de Santa María; y el segundo, «Tres almas de Dios», es una presentación de sus bondadosos e inocentes moradores, unos casi espíritus puros –fantasmales sólo en ese sentido– como conviene a los habitantes de un extraño castillo. Desde estos capítulos preliminares, el narrador juega burlonamente con las expectativas de un lector que acostumbrado a los relatos góticos –menciona particularmente los de la famosa Mme. Radcliffe– pudiera esperar un cuento de estas características. Enseguida le advierte que la suya será una narración «verídica» que descenderá «a los pormenores más sencillos, más cándidos, y si se quiere, más triviales de la vida común». Pero la presentación del recinto fortificado, que ocupa buena parte del primer capítulo, es algo más que una descripción puramente realista; al contrario, las flores retóricas que adornan su pintura están medidamente ajustadas para hacer de este espacio, guerrero y

heroico en otro tiempo, un edén, un paraíso de paz y amor a Dios. Las plantas, los animales, las habitaciones, el ambiente silencioso y risueño, todo habla de la beatífica felicidad en que conviven sus moradores.

La descripción no es estática y en ella se sigue una técnica particular, que hoy nos parece cinematográfica. El narrador con bastante habilidad invita a los lectores a seguir con él su visita al castillo:

Mas si interesase ahora a alguno de nuestros lectores penetrar con nosotros en su recinto, le serviremos gustoso de *cicerone*. Haremos aún más; toda vez que en ello le complazcamos, le haremos conocer a sus moradores y tendremos, según la expresión de una amiga nuestra de infinito talento y gracia, un rato de *comadreo*¹⁰⁵.

Efectivamente, como si de un *travelling* se tratase, el foco se desplaza desde el exterior al interior del edificio¹⁰⁶; recorriendo primero la plaza, luego el compás y la iglesia, para atravesar seguidamente cada uno de los rincones del castillo y subir a las torres que permiten al narrador demorarse en el paisaje que desde aquellas alturas puede contemplarse: Cádiz, Puerto Real, San Fernando, Chiclana, Medina. A la derecha Sanlúcar y al norte Jerez, con las misteriosas ruinas del castillo de Doña Blanca, el cerro de San Cristóbal y al fondo los montes de Ronda. Una vista «magnífica y grandiosa» que permite admirar, y «tributar homenaje» a las maravillas del Criador, una vista sólo empañada por la obra humana –mezquina, efímera e inconsistente, asegura la autora– del camino de hierro. Ese tren de la actualidad que en la cosmovisión de *Fernán Caballero* –como de otros coetáneos, caso por ejemplo de Pereda– es símbolo de un progreso uniformador que, a cambio de una supuesta modernidad, sólo traerá consigo la pérdida de las tradiciones y, por lo tanto, de los valores patriarcales del Antiguo Régimen que tanto respetan y empiezan a añorar estos costumbristas.

Finalmente el texto se centra en la descripción del «partido», la pequeña habitación, que sirve de vivienda a los protagonistas de la historia, «el maestro de escuela José Mentor, con su buena mujer doña Escolástica y su buenísima hermana doña Liberata». Los detalles con que acierta a describir la pequeña vivienda son significativos de la condición moral de sus moradores. La aseada

¹⁰⁵ O. F. C., I, pág. 429.

¹⁰⁶ Este mismo procedimiento lo utiliza en otros cuentos, por ejemplo en *Lucas García* en cuyo inicio se ofrece una panorámica del paisaje de la salida de Jerez en dirección a Arcos. Otros aspectos de la técnica narrativa y de diseño de los cuentos de esta autora pueden verse en mi estudio «*Fernán Caballero*» entre el folclore y la literatura de creación. De la relación al relato.

sala sólo se adorna de un nicho con la efigie de la Virgen, un cuadro antiguo de San Cayetano y otro «de media caña pintado de negro», en que está «un mamarracho con una banda azul y blanca, que pasa por el retrato de don Fernando VII, y que fue colocado allí por el dueño cuando la guerra de la Independencia». Otro cuadro de San Cayetano, «abogado de la Providencia», como se recuerda más adelante, preside la alcoba del matrimonio.

En la presentación de las «Tres almas de Dios» se destaca la conformidad con que asumen los cambios que la historia –y la política– ha ocasionado en sus vidas, el poco atractivo –incluso fealdad en el caso de don José y su hermana Liberata– de sus figuras, y la felicidad en la que, a pesar de sus miserias materiales, viven.

Una retrospectiva al año de 1823, esto es, el de la invasión de los Cien mil hijos de San Luis, concentra el grueso del material narrativo, que comienza a desarrollarse en la mitad de este capítulo II y alcanza hasta el último capítulo, el VIII, en que la acción se sitúa dieciocho años después, en 1841. Mediado el segundo capítulo, aparece de forma imprevista –Doña Liberata está preparando un gazpacho– un intruso que resulta ser el antagonista del relato, el joven liberal Leopoldo Ardas. Como era previsible la inesperada visita no es bien recibida por los habitantes del castillo que sólo ven en el joven a un «nacional de Madrid», «un tragalista» o «un bullanguero», que por su carácter prófugo pone en peligro la tranquilidad del lugar, mientras el joven ve en sus aficiones a unos ostrogodos, unos vandeños, defensores de la religión y la monarquía.

En el capítulo III, además de conocer la historia de Leopoldo, se produce el enfrentamiento dialéctico entre el liberalito y el servilón don José, y se desarrollan algunas situaciones que muestran la imposible convivencia entre unos y otros, especialmente para Leopoldo que se siente atrapado en la «mansión del opio, fortaleza del *statu quo*», lo que ocasionará que en el capítulo IV, «La tertulia a la luna», Leopoldo decida arrostrar el peligro y salir de su encierro al anochecer.

Si en los capítulos III y IV se muestra el talento creador de *Fernán Caballero* al esbozar las descripciones y, muy especialmente, al manejar con habilidad el diálogo, en el V, «La Perla», apodo que da Leopoldo a una niña impertinente que inoportunamente lo reconoce en su paseo nocturno por las calles de El Puerto, el diálogo adquiere singular maestría. Esto es así especialmente cuando el narrador, además de las palabras de los interlocutores, reproduce, las más de las veces en estilo directo y entrecomillado, el pensamiento de Ardas que, a modo de los graciosos de teatro, debe ocultar sus verdaderos sentimientos ante la pre-

sencia inconveniente de la indiscreta chiquilla. Pero en este capítulo el narrador maneja también otros recursos que dan viveza al relato, lo es, por ejemplo la lectura de unos versos que Leopoldo atribuye a un poeta servil:

En este tiempo Francia corrompida,
la católica ley adulterando,
negará la obediencia al rey debida,
las sacrílegas armas levantando;
y con el cebo de la suelta vida
cobrará la maldad fuerza, juntando
de gente infiel ejército formado
contra la Iglesia y el propio rey jurado.

Una deducción lógica si se tiene en consideración que los habitantes del castillo sólo leen libros devotos y ni tan siquiera pueden proporcionar a su hastiado huésped el *Bertoldo* –uno de los libros, por cierto, que más entusiasma a la autora. Sin embargo, para sorpresa de Ardaz, estos versos en que se critica la corrupción de Francia y la actuación de un ejército que lucha contra la Iglesia y el rey, resultan ser de *La Araucana*, concretamente del canto XVIII, en que Alonso de Ercilla, en una de las varias interpolaciones a la narración de la resistencia heroica del pueblo araucano, narra la victoria de Felipe II sobre los franceses en San Quintín. Algo verdaderamente curioso, si se tiene en cuenta que Frasquita Larrea menospreciaba esta obra –tal vez porque previamente había sido alabada por Voltaire–, al considerar que introduce demasiadas digresiones como los episodios de San Quintín y Lepanto, «un curso de geografía hecho por un Mágico, la apología de Dido y los derechos de gentes y dinastías, sin duda por no atreverse a poetizar ni a la interesante Jegualda, ni a la bella Glaura, ni a la ferozmente poética mujer de Caupolicán». Como alternativa Frasquita proponía la recuperación y reimpresión –en vez de una nueva de la obra de Ercilla– del *Arauco domado* del licenciado Pedro de Oña, la *Jerusalén* de Lope de Vega, y la *Profecía del Pirineo* de Arriaza¹⁰⁷.

Otro de los recursos presentes en este capítulo es la redacción de una carta a un amigo y correligionario suyo en Cádiz. La reproducción de la misiva no es

¹⁰⁷ Sobre este asunto puede verse el «Fragmento» que publica Orozco que es uno de sus visiones o «sueños» en que se le aparece el Genio de la Francia que considera la *Araucana* como la única epopeya que poseen los españoles a lo que responde el de la Alemania citando la *Jerusalén* de Lope y el *Arauco domado*. El genio de la España será quien recite la *Profecía del Pirineo* de Arriaza. Cf., Antonio Orozco Acuaviva, *op. cit.*, págs. 339–344.

tanto un procedimiento para aumentar la intriga, como un arbitrio para que el lector conozca en la voz de su protagonista las emociones de irritación y fastidio que le ha producido su encuentro con Margarita, así como recurso que funciona de transición al capítulo VI, «El *quid pro quo*». Aquí, por medio de un billete de un amigo suyo de El Puerto, Ardaz conoce que su presencia ha sido delatada por la entrometida chiquilla y que debe huir al momento de sus perseguidores franceses. Con las prisas y «su acostumbrado atolondramiento», el joven deja la carta que estaba destinada a su amigo a nombre de don José y pone a nombre de su correligionario la que debía servir de despedida de sus anfitriones. El citado *quid pro quo* resulta ser tan cómico como en el teatro, porque la carta que finalmente lee don José está llena de burlas y disparates sobre su persona y logra sacar al maestro de sus casillas; pero, al mismo tiempo, esa carta servirá también para que don José pueda evitar un presidio seguro por haber dado cobijo a un prófugo. El recurso epistolar será muy utilizado por *Fernán Caballero*, que llegará a escribir una novela epistolar titulada *Una en otra*.

Un segundo encuentro, esta vez en Cádiz, con la niña Margarita, o «Eco» como la designa jocosamente Ardaz, da pie a que el narrador recurra nuevamente en el capítulo VII a un diálogo lleno de chispa, salpicado por las burlescas murmuraciones que asoman a los labios del liberal, al oír las molestas réplicas de la mimada niña. Y una vez más la intromisión de Margarita provocará la huida del joven Leopoldo, perseguido por su participación en un lance de honor. En el capítulo VIII, «San Cayetano», el abogado de la Providencia, «enviará» al reconvertido protagonista en auxilio de sus antiguos protectores.

A pesar de que la narradora introduce varias notas a modo de protestas de verosimilitud, y de las descripciones realistas que tratan de reforzar esa idea de verdad de lo narrado, lo cierto es que el cuento abunda en peripecias folletinescas, y en esto coincide también con el relato de Trafalgar, es el caso del desafío que Ardaz mantiene con un militar francés, así como cada una de las fugas que realiza para escapar de la persecución de los «Cien mil hijos de San Luis».

Todos estos incidentes están destinados desde luego a fortalecer el contraste entre la niña que fue Margarita y la joven esposa que vuelve y, sobre todo, con ellos trata de presentar ante los ojos del lector la fuerza de un amor que surge inesperadamente a pesar de las antiguas diferencias entre los dos personajes. Es también el modo de magnificar ese amor que ha conseguido transformar al descreído e impaciente liberalito en un buen español, cristiano y católico, aunque el lector no pueda asistir –se trata de un cuento y no de una

novela– al proceso de conversión del joven Leopoldo. Bien es cierto que el cuento no es tan sencillo y, así, no es el amor el único motor de esta transformación: también se alude en el texto a una maduración del personaje motivada por los doce años de su carrera militar, en los que por servir a la patria Leopoldo tuvo algún que otro encuentro con la muerte.

En definitiva es, como decía antes, un texto ameno que nos acerca a una visión desde luego nada distante pero sí valiosa en lo que tiene de conformación de una serie de imágenes sobre el liberalismo español, porque es precisamente el liberalito el personaje por el que, a pesar de su indudable carácter desdeñoso y displicente, siente más simpatía el lector, dado que es él el paciente de todas las tribulaciones. Tal vez pueda justificarse también esta amabilidad de la narradora en sus propias circunstancias biográficas, pues el segundo marido de Cecilia Böhl de Faber era de familia liberal, tanto el propio marqués de Arco-Hermoso como especialmente un hermano suyo con el que Cecilia y su esposo hubieron de trasladarse desde Sevilla a El Puerto de Santa María en 1823, y una vez allí, los dos hermanos decidirían buscar refugio en la más liberal ciudad de Cádiz, siguiendo así la misma trayectoria que el liberalito Ardaz, que dejando atrás su encierro portuense se embarca rumbo a Cádiz, para sentirse amparado, «rodeado de amigos y camaradas».

No obstante, la adhesión que finalmente concita el «liberalito» no deben hacer olvidar otros momentos en que el narrador patentiza su desdén y rechazo del tipo del liberal, porque es evidente que *Fernán Caballero* trata de representar en Ardaz todos los desvíos de una juventud que sin embargo pueden ser corregibles con un acercamiento a la religión y a la tradición. De hecho, podría decirse que más que un tipo, Ardaz es dibujado en algunos momentos como una caricatura de un joven liberal y, así, se afirma de él que se haya dispuesto a poner mordaza a todos los «malvados servilones» y a «meter el palo en candela» en cuanto tenga veinticinco años y logre ser, si es que hay Constitución, diputado a Cortes¹⁰⁸.

Tampoco debe olvidarse que Cecilia Böhl de Faber mantuvo siempre una más que notable desconfianza hacia los liberales y especialmente hacia los doceañistas como revela el comentario que sobre Alcalá Galiano –enemistades familiares aparte– hace al joven Guillermo Forteza en 1859:

¹⁰⁸ Sobre este tipo de actuaciones puede leerse la «Carta a un amigo analizando la proclama del Señor Jefe político Jáuregui después del horroroso atentado del populacho contra el Sr. Obispo y otras personas respetables de Cádiz» de Frasquita Larrea, que se incluye en este volumen.

El entusiasmo de usted por Galiano es justo. ¡No obstante, no olvide usted que pertenece a los del año de 12!, que tuvo perversa juventud, según es sabido, y que los que la han tenido, tienen rara vez respetable vejez. Dígalo usted, pero con cautela, teniendo presente que su padre de usted tiene más elocuencia en una de sus sencillas cartas que todos los oradores de fama, que con ciencia profana y sonoras palabras a veces falsean hábilmente las nociones del bien y del mal¹⁰⁹.

Bien es cierto, por otra parte, como ella misma subrayó en alguna de sus cartas, que los liberales o progresistas no son los únicos caricaturizados en sus obras y que, en *Un servilón y un liberalito* también la familia servil aparece igualmente dibujada con gruesos trazos. Por último cabe reseñar la transformación política del antaño liberal.

En cualquier caso, debo recordar que la obra tuvo buena acogida y fue traducida al francés, bajo el título de *Un jeune liberal et un legitimista*, en 1863. Y así, este es un argumento más que justifica que hoy vean nuevamente la luz los textos de *Fernán Caballero*, en estrecha conexión con los de su madre, Frasquita Larrea.

Por otra parte, si en Galdós puede verse una línea de continuidad entre los episodios de *Trafalgar* y *Cádiz*, a pesar de los varios volúmenes que los separan, también pueden observarse ciertas coincidencias en los relatos que escribe *Fernán Caballero*, textos que, como recordaba páginas atrás, inauguran el camino que luego recorrerá Galdós en sus *Episodios Nacionales*.

A pesar de su ideología tradicionalista, de su comunión con el credo paternalista y patriarcal del Antiguo Régimen, y de su declarado antiliberalismo, la evocación literaria que esboza *Fernán Caballero* acerca del episodio de octubre de 1805, primero, y de la reacción frente al liberalismo, después, tuvo el mérito de inaugurar con fortuna el camino de la narrativa histórica contemporánea que luego transitaría Alarcón y bordaría Pérez Galdós, en un magnífico tapiz inaugurado también con el relato de Trafalgar. Conocer algunos de los antecedentes literarios de este género histórico, tener la posibilidad de confrontar dos visiones muy diferentes de ambos episodios y, sobre todo, poder disfrutar de la lectura de unos textos amenos y no fácilmente asequibles en la actualidad, son algunos de los objetivos que plantea esta publicación y creo que el interés está garantizado, eso es al menos lo que espero que puedan comprobar al leer las páginas siguientes.

¹⁰⁹ Carta a Guillermo Forteza de 12 de diciembre de 1859. Cf., José M^o Asensio, *Epistolario de «Fernán Caballero»*, pág. 333-334.

VII. NOTICIA BIBLIOGRÁFICA¹¹⁰

- Laura, *Saluda una andaluza andaluza a los vencedores de los vencedores de Austerlitz*, en *Demostración de la lealtad española: Colección de proclamas, bandos, órdenes, discursos, estados de ejército, y relaciones de batallas publicadas por las Juntas de Gobierno, o por algunos particulares en las actuales circunstancias*, tomo IV. Cádiz, Imprenta de Manuel Jiménez Carreño, 1808, págs. 105-106.
- Laura, *Saluda una andaluza andaluza a los vencedores de los vencedores de Austerlitz*, Imprenta de Quintana, y por su original en la calle de Santo Domingo de México, 1809.
- Larrea, Frasquita, «Escritos», en Orozco Acuaviva, Antonio, *La gaditana Frasquita Larrea. Primera romántica española*, Edición Sexta, Jerez, 1977.
- C.B., *La madre o El combate de Trafalgar*, en *El Artista*, II (1835), págs. 232-236.
- Fernán Caballero, *La madre. Episodio de la batalla de Trafalgar*, en *La España*, 6 de octubre de 1857.
- , *La madre. Episodio de la batalla de Trafalgar*, en *El Pensamiento de Valencia* I, 1857, págs. 462-468.
- , *Una madre*, en *Obras completas*, XVIII [Incluye: *La campana del Rosario, Lo que los creyentes llaman milagros y los descreídos casualidades; Una excursión a Waterlío; Aquisgran; Una madre; El Alcázar de Sevilla; Un naufragio; Leyenda piadosa; Un llamamiento; Matrimonio bien avenido, la mujer junto al marido. Proverbio en acción*], Madrid, Imprenta del Establecimiento de Mellado, 1857.
- , *Una madre*, en *Deudas pagadas. Cuadro de costumbres populares de actualidad*, escrito para su amigo y favorecedor El Excmo. Sr. D. Antonio de Latour, [Incluye: *Promesa de un soldado a la Virgen del Carmen; El Eddistone; Una excursión a Waterlío; Aquisgran; Episodio de un viaje a Carmona; El vendedor de Tagarninas; Una madre; Un naufragio; Una visita al Convento de Santa Inés de Sevilla; La Catedral de Sevilla en una tarde de Carnaval*], Madrid, Imprenta del establecimiento de Mellado, 1863.

¹¹⁰ Sólo doy aquí noticia de algunas de las ediciones más interesantes de los textos que edito.

- , *Una madre*, en *Obras completas de «Fernán Caballero»*, en Colección de Escritores Castellanos, vol. 145, Madrid, 1910, págs. 57-73.
- , *Una madre*, en *Obras completas de «Fernán Caballero»*, en Biblioteca de Autores Españoles, vol. 136, Madrid, 1961, págs. 136-140.
- , *Tres almas de Dios [Un servilón y un liberalito]*, en *Revista de Ciencias, Literatura y Artes*, I, números 89 (págs. 417-428), 107 (págs. 490-497), 122 (págs. 540-555), 138 (págs. 613-626), 150 (págs. 647-686).
- , *Un servilón y un liberalito, o Tres almas de Dios [Incluye: Cosa cumplida en la otra vida: Diálogos entre la juventud y la edad madura, prólogo de Antonio Aparisi y Guijarro, Madrid, Imprenta del establecimiento de Mellado, 1857.*
- , *Un servilón y un liberalito*, Granada, 1859.
- , *Un servilón y un liberalito, o Tres almas de Dios [Incluye: El ex-voto; Matrimonio bien avenido, la mujer junto al marido; Promesa de un soldado a la Virgen del Carmen; El Alcázar de Sevilla; Un sermón bajo naranjos]*, Madrid, Imprenta del Establecimiento de Mellado, 1863.
- , *Un jeune liberal et un legitimista seguida de L'Ex-voto, La nuit de Noël, La fleur des ruines, Les deux amis, romans de mœurs populaires*, Paris, Dentu, 1863.
- , *Cuatro novelas [Contiene: Una en otra; Un servilón y un liberalito; Con mal o con bien a los tuyos te ten; Pobre Dolores]*, Leipzig, Brokhaus, 1866.
- , id. 1874.
- , *Un servilón y un liberalito*, Madrid, Mellado, 1868.
- , *Estar de más -Magdalena. Obra inédita... Últimas producciones de Fernán Caballero*, precedida de una noticia biográfica por D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, Sevilla, Imprenta de Gironés y Orduña, 1878 (Biblioteca Económica Sevillana, 5).

VIII. BIBLIOGRAFÍA

- Alcalá Galiano, Antonio, *Recuerdos de un anciano*, en *Obras escogidas de Antonio Alcalá Galiano*, Atlas «Biblioteca de Autores Españoles», LXXXIII, Madrid, 1955.
- Alonso Seoane, M^a José, A.I. Ballesteros Dorado y Antonio Ubach Medina (eds.), *Artículo literario y narrativa breve del Romanticismo español*, Castalia, Madrid, 2004.
- Asensio, José M^a, *Personajes ilustres. «Fernán Caballero». Estudio biográfico*, La España Moderna, Madrid, 1893.
- (ed.), *Epistolario de «Fernán Caballero»*, en *Obras completas*, «Colección de Escritores Castellanos», Madrid, Tipografía de la *Revista de Archivos*, 1912.
- Becher, Hubert S. J., «Pensamientos españoles de D^a Francisca de Larrea Böhl de Faber», en *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo* XIII, 4 (1931), págs. 316-335 y XIV, I (1932), págs. 1-45.
- Benjumeda, José, *Elogio póstumo del Dr. D. Carlos Francisco de Ameller*, imprenta Tiburcio Campe, Cádiz, 1836.
- Bravo Liñán, Francisco, *La poesía en la prensa del Cádiz de las Cortes 1810-1813*, «Biblioteca de las Cortes de Cádiz», n^o 4, Fundación Municipal de Cultura, Cádiz, 2005.
- Cantos Casenave, Marieta, «*Fernán Caballero* y el mundo vitivinícola andaluz», en Alberto Ramos Santana y Javier Maldonado Rosso (eds.), *El Jerez-Xérès-Sherry en los tres últimos siglos*, Unidad de Estudios Históricos del Vino de la Universidad de Cádiz | Ayuntamiento de El Puerto de Santa María, El Puerto de Santa María, 1996, págs. 239-250.
- , «La recreación de la naturaleza en los cuentos de Fernán Caballero. Lo pintoresco», en *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, núms. 4-5, 1997, pp. 59-79.
- , «*Fernán Caballero* entre el folclore y la literatura de creación. De la relación al relato», Ayuntamiento de Cádiz | Ayuntamiento de El Puerto de Santa María, 1999.
- , «El discurso de Frasquita Larrea y la politización del Romanticismo», en *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, n^o, 2003, págs. 3-13.

- , «El patriotismo anticonstitucional de una mujer gaditana: Frasquita Larrea (1775-1838)», en *La ilusión constitucional. Pueblo, Patria, Nación. Actas del XI Congreso de Ilustración al Romanticismo*, 2004, págs. 129-142.
- , «La mujer en el Cádiz de las Cortes: entre la realidad y el deseo», en *Mujer y deseo. Representaciones y prácticas de vida*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2004, págs. 91-101.
- , «El Trafalgar literario: antes y después de Galdós», en *Trafalgar y el mundo Atlántico*, Marcial Pons, Madrid, 2004, pp. 347-357.
- , «La batalla de Trafalgar en la literatura», en *En torno a Trafalgar*, Plan Trafalgar y Mancomunidad de La Janda, 2004, pp. 71-80.
- Carnero, Guillermo, *Los orígenes del Romanticismo reaccionario español: El matrimonio Böhl de Faber*, Universidad de Valencia, 1978.
- Cáseda Teresa, Jesús, *Vida y obra de José Mor de Fuentes*, Centro de Estudios de la Historia de Monzón, Huesca, 1994.
- Durán López, Fernando, *José María Blanco White o la conciencia errante*, Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2005.
- Espigado Tocino, Gloria y Ana Sánchez Álvarez en «Formas de sociabilidad femenina en el Cádiz de las Cortes»; en Margarita Ortega, Cristina Sánchez, y Celia Valiente (coords.), *Género y ciudadanía. Revisiones desde el ámbito privado*, Instituto Universitario de Estudios de la mujer, Universidad Autónoma de Madrid, 1999, págs. 225-242.
- Fernández Pérez, Paloma, *El rostro familiar de la metrópoli. Redes de parentesco y lazos mercantiles en Cádiz, 1700-1812*, Siglo XXI, Madrid, 1997.
- Fernández Poza, Milagros, «La familia Böhl de Faber Larrea y "Fernán Caballero" en El Puerto de Santa María, 1821-1854», en *Revista de Historia de El Puerto*, nº 1, 16 (1996), págs. 55-71.
- , *Frasquita Larrea y Fernán Caballero. Mujer, Revolución y Romanticismo 1775-1870*, Ayuntamiento de El Puerto de Santa María, Cádiz, 2001.
- Fraise, Geneviève, *Musa de la razón. La democracia excluyente y la diferencia de los sexos*, Cátedra, Madrid, 1991.
- Gálvez Cabrera, M^a Rosa, *Oda en elogio de la Marina Española*, Imprenta de Repullés, Madrid, 1806.

- González Troyano, Alberto, «Introducción» al «Catálogo de la Exposición Conmemorativa del Bicentenario de la Escritora», *«Fernán Caballero». De la Andalucía romántica a la novela moderna*, El Puerto de Santa María, 1996.
- , «La iniciación de la novela realista: *Fernán Caballero*», en *Historia de la Literatura Española. Siglo XIX*, I, Espasa-Calpe, Madrid, págs. 656-675.
- Gutiérrez Díaz-Bernardo, Esteban, *El cuento español del siglo XIX*, Ediciones del Laberinto, «Arcadia de las Letras», Madrid, 2003.
- Herrero, Javier, *«Fernán Caballero»: un nuevo planteamiento*, Gredos, Madrid, 1963.
- , «El naranjo romántico: esencia del costumbrismo», en Gies, D. T., (ed.), *El romanticismo*, Taurus, Colección «El escritor y la Crítica», Madrid, 1989, págs. 203-204.
- Hespelt, E. Herman, «Francisca de Larrea, a Spanish Feminist of the early Nineteenth Century», *Hispania* XIII, 3 (May 1930), págs. 173-186.
- López Argüello, Alberto, *Epistolario de «Fernán Caballero»*, Sucesores de Juan Gili, Barcelona, 1922.
- Lorenzo Álvarez, Elena de, *Nuevos mundos poéticos: la poesía filosófica de la Ilustración*, Universidad de Oviedo / Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVIII, 2002.
- Mínguez, Víctor, «Fernando VII. Un rey imaginado para una nación inventada», en Jaime E. Rodríguez O., *Revolución, independencia y las nuevas naciones de América*, Fundación Mapfre / Tavera, Madrid, 2005, págs. 193-213.
- Montesinos, José F., *«Fernán Caballero». Ensayo de justificación*, El Colegio de México, México, 1961, pág. 144.
- Montoto, Santiago, *Cartas inéditas de «Fernán Caballero»*, Aguirre Torre, Madrid, 1961.
- , *Fernán Caballero (Algo más que una biografía)*, Gráficas del Sur, Sevilla, 1969.
- Orozco Acuaviva, Antonio, *La gaditana Frasquita Larrea. Primera romántica española*, Edición Sexta, Jerez, 1977.
- Pérez Galdós, Benito, *Trafalgar*, (Edición de Julio Rodríguez Puértolas), Cátedra, Madrid, 1984, segunda edición.

- Pitollet, Camille, «Deux mots encore sur Fernán Caballero», en *Bulletin Hispanique* 34 (1932), págs. 153-160.
- , «Les premiers essais littéraires de Fernán Caballero», en *Bulletin Hispanique* 9 (1907), págs. 67-86, 286-302; 10 (1908), 286-305, 378-396.
- Quirk, Ronald, J., «"La mère", "La Madre", Fernán Caballero, Her Mother, and a Tale of Trafalgar», en *Revista Hispánica Moderna* (1998) Vol. 51.1, págs. 5-12.
- , *Literature as introspection: Spain confronts Trafalgar*, Peter Lang, New York, 1998.
- Ramos Santana, Alberto, «Trafalgar: de la derrota al mito», en su edición de la obra de Augusto Conte Lacave, *En los días de Trafalgar*, Diputación provincial, Cádiz, 2005.
- Romero Tobar, *Panorama crítico del romanticismo español*, Castalia, Madrid, 1994.
- Sánchez Barbero, Francisco, *Composiciones poéticas sobre el combate naval del día 21 de octubre de 1805*, Librería del Cerro, Madrid, 1806.
- Simón Díaz, José, *El Artista (Madrid: 1835-1836)*, Instituto «Nicolás Antonio» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1946.
- Urigüen González, M^a Begoña, *Origen y evolución de la derecha española en el siglo XIX*, Universidad Complutense, Madrid, 198.
- Valencina, Fray Diego (ed.), *Cartas de «Fernán Caballero»*, Sucesores de Hernando, Madrid, 1919.
- Vargas Ponce, José, *Elogio histórico de D. Antonio de Escaño* redactado por José Vargas Ponce, capitán de Fragata y director de la Real Academia de la Historia (1814), Editorial Naval, Madrid, 1962.

IX. ESTA EDICIÓN

Al dar a la luz los textos de Frasquita Larrea, he optado en general por seguir la edición de Antonio Orozco Acuaviva, que reúne todos los textos que edito y me permite citarlos con mayor uniformidad, pues la edición de Becher, que también he consultado, es imcompleta. Con un asterisco [*] se señalan las anotaciones de la propia Frasquita Larrea.

La única excepción a esta regularidad editorial la constituye la proclama *Saluda una andaluza a los vencedores de los vencedores de Austerlitz*, que tomo de la edición de la *Demostración de la lealtad española: Colección de proclamas, bandos...* de Carreño, aunque también la he cotejado con la edición mexicana realizada en la imprenta de Quintana en 1809.

Por lo que respecta a los de *Fernán Caballero*, para el episodio de Trafalgar he rescatado la primera versión que se ofreció en la revista *El Artista* en 1835, aunque incluyo en el apéndice la publicada por Mellado en 1863, ahora con el título de *Una madre*, de modo que pueda comprobarse el modo de trabajar de *Fernán Caballero* y que no sólo fueron los cajistas o sus amigos correctores los que estropearon sus relatos, sino que ella misma los deslució al incluir digresiones morales o políticas, llevadas por un compromiso mal entendido con la causa tradicional. En todo caso, bastante más cargada de prejuicios antinovelescos. De la edición de Mellado tan sólo he corregido el error que aparecía en la primera mención de la composición de la combinada (párrafo segundo) al contabilizar un único barco francés cuando tal error no aparecía en la edición de *El Artista*, y en la misma edición de Mellado, cuatro páginas más adelante, se cifraba correctamente la escuadra franco-española en treinta y tres buques.

De *Un servilón y un liberalito* he tomado la edición de Mellado de 1865 que parece la última que corrigió la escritora. Respecto de *Magdalena*, la primera versión publicada es la que dio a la luz junto con *Estar de más*, Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, en el volumen *Últimas producciones de Fernán Caballero*, por la imprenta sevillana de Gironés y Orduña en 1878, al año de la muerte la autora.

En todos los casos he optado por modernizar la ortografía y la puntuación. También he desarrollado las abreviaturas y he actualizado la disposición tipográfica en los diálogos. No indico en nota las numerosas ocasiones en que corrijo la falta de algún signo de exclamación o interrogación.



Francisco de Goya, *La Verdad, la Historia y el Tiempo o Alegoría de la adopción de la Constitución de 1812 por España.*

**LOS ESCRITOS POLÍTICOS DE
FRASQUITA LARREA (1775-1838)**

1. «UNA ALDEANA ESPAÑOLA A SUS COMPATRICIAS»¹

10, julio de 1808.

Una vez fue noble la inercia de nuestra Nación, pues más noble es el reposo que una vana agitación por intereses mezquinos.

Pero hoy que el entusiasmo patriótico se ha despertado y que combatimos por nuestra Religión, nuestra independencia y por el Rey que Dios nos ha dado; hoy que podemos desplegar las virtudes que la naturaleza ha vinculado en nuestra Patria; hoy, en fin, nos será fácil levantarnos del abatimiento en que el mundo entero nos ha visto abismado.

Y nosotras españolas usemos también las armas que nos son propias. Recordemos a nuestros esposos e hijos sus obligaciones. Pintémosles las dulzuras de una muerte en defensa gloriosa de su Religión y Patria; comparémosla con la ignominia de una vida esclava y de una vil conformidad con un sistema cuyos ardides confirman su infamia; desterremos la timidez de nuestros corazones, elevando nuestra alma a aquella altura desde la cual se ve esta vida como un pasaje hermo­seado únicamente por nuestras virtudes.

¿Y cuál sería la española que respetase hombres que se dejasen avasallar o por el temor de la muerte o por el bajo interés de la ambición personal?... Esos hombres miserables también venderían la virtud de sus esposas... Y entonces, ¿cuál sería nuestra suerte?...

Clamemos pues, con voz de ángeles, que la victoria es nuestra, el Dios de los ejércitos es nuestro Caudillo, que el alma del valiente «crece cuando combate», «que las dudas son traidores», que nuestra causa es la del que «va y camina por cima de los mares más hinchados», que el alma calculadora es como el vapor de la fangosa laguna que no se eleva hasta la verde colina por temor de los vientos, y en fin que el Todopoderoso y Justo, por sus altas miras, permite que momentáneamente seamos vencidos, su mano nos abre las puertas del cielo.

¡Morir o vencer, Españoles!

¡Rogad y persuadid, Españolas!

¹ Antonio Orozco Acuaviva, *La gaditana Frasquita Larrea, primera romántica española*, Ed. Sexta, Jerez (Cádiz), 1977, págs. 260-261. Dado que desgraciadamente apenas disponemos de otras fuentes para extraer los textos de la gaditana, excepto en el *Saluda una andaluza*, citaré por esta edición.

2. SALUDA UNA ANDALUZA A LOS VENCEDORES DE LOS VENCEDORES DE AUSTERLITZ²

25, julio 1808

¡Fiel, magnánimo Castaños!, ¡valeroso Reding!, ¡incorruptible Lapeña!, ¡Hombres ilustres!, ¡Nobles caudillos de la más noble causa!, ¡memoria viva de los gloriosos tiempos del valor y de la generosidad!, ¡verdaderos héroes! Os saludo.

Permitid a una Española, orgullosa de vuestras hazañas, regar con flores humedecidas por las deliciosas lágrimas del entusiasmo, la senda de vuestros pasos triunfantes.

Oíd las bendiciones de España: de esta España siempre religiosa, pura, honrada, hoy cubierta de gloria.

Ella os reconoce por los *Campeones* de su honor e independencia; los depositarios de su nobleza y generosidad, los invencibles protectores de sus antiguas virtudes. La España os bendice.

Vuestros nombres vibrarán con amor en el alma de Fernando.

La madre que tembló por su hijo, llevará los sollozos de gratitud ante el Dios remunerador. La joven inocente pedirá recompensa con el mismo corazón de sus amores. El anciano con su cabellera blanca os venera. Los balbucientes niños han aprendido a repetir vuestros nombres con el ingenuo alborozo de la temprana felicidad. Los vencidos (si hay entre ellos alguno digno de ello) conocerá que los Jefes españoles no estriban su gloria en la sangre que hacen derramar. Al par de la ignorancia, perdieron también la ferocidad de los godos.

¡Y tú Castaños, héroe cristiano, que alzando la vista al océano de luz, tachonado de estrellas, virtudes y amor, acaloraste tu imaginación con la memoria del gran conquistador Fernando, mezclando con ella la de nuestro joven inocente Monarca! ¡Tú, que alejaste el frío y soledad del sepulcro, cercándole de las augustas sombras de nuestros héroes pasados!

² *Demostración de la lealtad española: Colección de proclamas, bandos, órdenes, discursos, estados de ejército, y relaciones de batallas publicadas por las Juntas de Gobierno, o por algunos particulares en las actuales circunstancias*, Cádiz, Manuel Jiménez Carreño, 1808, tomo IV, págs. 105-106.

¡Tú, que convencido de que la gloria se complace en escoger sus víctimas entre los vencedores que corona, no temiste el día de la retribución, recibe las bendiciones de España!

¡Guerreros magnánimos! El ruido de vuestras hazañas ha despertado esta antigua nación. Su existencia era lo pasado. En derredor de sus recuerdos todo callaba. Sólo la gloria, cual furioso torrente que arrolla el reposo altanero del león, podía haberla sacado del noble letargo que algún día le infundió su honor y lealtad.

¡Esforzados guerreros! El suelo de la Andalucía, imperio feliz del Sol, os ofrece sus laureles, sus aromas. El aura perfumada de su sereno cielo os llevará nuestros cantos de entusiasmo y gratitud. ¡Guerreros valerosos, nos habéis dado el universo que habíamos perdido. La España os saluda y bendice!

Laura³.

³ Salvo el uso de las versales para los nombres de Castaños, Reding, Lapeña y el rey Fernando no existe otra diferencia con la editada en la imprenta de Quintana en México. Agradezco a mi colega y amigo Mario Trujillo Bolio su ayuda en el cotejo de dicho original.

3. «CHICLANA»⁴

«She is a charming visionary!» he exclaimed. «Her mind is stored with images of classic interest & her heart is witness to circumstances on national grievance. This is the true patriotism of Women»...

Ida of Athens

Lady Morgan

¡Era un dulce rincón. Rincón alegre y festivo de la hermosa Andalucía que, alguna vez, la risueña primavera señaló por suyo. A lo lejos podéis divisar este ameno valle. La blanca población de Chiclana resalta entre el perpetuo verdor de sus bosques de pinos. A su espalda descuella una colina, coronada por un castillo de otros tiempos. Al amparo de su antiguo silencio reposan en paz los padres del pueblo. Al pie de sus tumbas derrama el viejo Salado sus nombradas aguas. Grupos de arrayanes, lentiscos, carrascas y algarrobos adornan el cerro del sur consagrado por una capilla pintoresca a Anta Ana, patrona querida del pueblo. Confiado en su protección, plantó sus viñas y sembró sus mieses el labrador; y cuando vino la cosecha cantó a su bienhechora.

¡Días de paz, fiestas de flores y frutas, celebradas al son de guitarras, panderos y castañuelas, en los campos de Santa Ana! Aún bulle en mi memoria el murmullo de vuestro alborozo y se retrata en mi fantasía aquel glorioso paisaje, cuando sumergiéndose el sol en el océano azul, jugaban sus últimos rayos en el puro ambiente, formando una atmósfera de fragancias, sonidos y colores alegres; y mientras la esplendente Luna derramaba su ancha luz sobre la callada población de Chiclana y las montañas, desvanecidas con el crepúsculo, volvían a aparecer en el argentado oriente, aun tembleteaban en el magnífico piélago los reflejos rosados del pasado día y se diseñaban sobre un horizonte de aéreo verde las murallas de Cádiz. Los tonos del ruiseñor ondeaban en el perfumado rocío; el incierto ladrido, el distante cencerro sonaban en la ligera brisa... ¡Voz de contento en que multitud de dulzuras circulaban en este ámbito de paz!... ¡Viajero, han pasado esos días como pasa el humo del aloe! Vi al extranjero encender sus fuegos de guerra con la oliva de los campos de Santa Ana, vi al cañón destructor amenazar desde los umbrales de su Santuario, vi la risa del impío en la habitación del dolor, vi en los parados semblantes la pali-

⁴ Texto escrito en Brighton diciembre de 1811 –reproducido de un «manuscrito en limpio» del archivo Osborne. Cf., Antonio Orozco Acuaviva, *La gaditana Frasquita Larrea, primera romántica española*, págs. 271-273.

dez de la impotente ira... y tomaron este lúgubre silencio por resignación!... ¿qué sabe el vándalo de las penas del alma?

¡Días de paz, pasados como pasa el humo del aloe! Lejos de vosotros, y semejante a la nube sin agua, juguete de los vientos, entre los yelos de otro clima, en la tierra del extranjero, vuestra idea acompaña mi agitada carrera. Rayos de recordado placer penetran mi desabrida soledad, aun cuando braman las cien voces del huracán y el infortunio cae sobre mi corazón. Alzo los ojos al aplomado firmamento y sueño en los horizontes celestes de mi Patria. Al través de un velo de neblina miro los desnudos troncos y pienso en los mirtos, naranjos y laureles de la Andalucía, vanos de sus días de diciembre.

¡Amor de la Patria! ¡Lejos del alma exaltada aquella fría filosofía que desea aminorar tu influjo, que te pinta como una ilusión de la fantasía, como la brillante visión de un ánimo pequeño!... Varios intereses pueden distraer el empeño nacional: pero el corazón es siempre patricio. En aquel país en que primero hemos aprendido a amar y a sufrir, aquel país encadena nuestros afectos; y el sentimiento nos hace patriota antes que sepamos serlo por principio.

¡Amor indeleble! Acaso si mi Patria fuese libre y feliz no habrían interesado mi corazón las intrigas de su Gabinete, los mezquinos cálculos de su interés comercial o de su ambición legislativa. Pero en su noble infortunio, suyos son todos mis sentimientos. Cantaré sus virtudes, disculparé sus errores y lloraré la falsa política de sus Jefes.

4. FERNANDO EN ZARAGOZA. UNA VISIÓN⁵

¡Fernando en Zaragoza! ¡Fernando cercado de escombros en que brillan, estampados con la sangre de tanto héroe, los caracteres gloriosos de lealtad, religión y patriotismo! ¡Fernando pisando las ruinas que el valiente defendió hasta sepultarse en ellas! ¡Fernando al pie del santuario donde al expirar tanta víctima, exhalaban el último suspiro por su Dios y por su Rey! ¡Fernando en fin en Zaragoza arrancado de su atroz cautiverio por el valor imperturbable, la constancia y lealtad de una nación que le idolatra, son ideas que enajenan la imaginación y arroban al mismo entusiasmo!

Tal era el temple de mi alma cuando calmados los sentimientos y exaltado el espíritu al meditar tan grandes objetos, la fantasía me presentó la visión más grata, hija de las nobles esperanzas que cimentaron los destrozos de Zaragoza.

Halleme transportada a esa heroica ciudad en el momento de la llegada a ella de nuestro Rey. Y después que hube gozado del júbilo general, y participando en aquellos sentimientos que en lo íntimo del corazón le proclaman por el perseguido, el inocente, el amado Fernando, y que al alborozo de la lealtad sucedió el silencio y el descanso; pareciome ver en las calladas horas de la noche dirigirse el Rey al templo, tropezando en aquellas piedras, trofeos tan inmortales como la luna que los iluminaba. Un repentino resplandor detuvo sus pasos en los umbrales del santuario. Disuelta esta niebla de luz, apareció el genio de Zaragoza cubierto de un ropaje blanco, entre cuyos aéreos pliegues vislumbraba un tinte rojizo; la frente adornada de laurel; en una mano la corona real, en la otra una palma, esculpida en sus hojas las leyes sabias de la antigua Monarquía española, perfeccionadas por el Congreso nacional. En derredor vagaban las augustas sombras de Alfonso el sabio, Fernando el tercero, Carlos quinto y el buen Carlos tercero.

«Detente Fernando, dijo el genio brillando en sus labios una celestial sonrisa. Ni esclavos ni déspotas profanan este asilo consagrado al padre de todos. Pasaron ya los días (y aun su memoria, borrada con la sangre de tus leales y sepultada en las ruinas de los pueblos) en que el infortunio general henchía la bárbara ambición del despotismo ciego y atrevido. Pasaron ya los días en que la relajación del trono y los vicios de sus ministros anulaban las leyes, y con vilipendio de la naturaleza anonadaban al hombre. Sí; pasaron aquellos días

⁵ Imprenta Niel, Cádiz, 1814.

funestos en que todo lo infestaba el anhélito de un valido: aquellos días de depravación, que a la sombra del vicio acumularon la hórrida tempestad, cuya explosión aterró al malvado, y dio elasticidad a las virtudes de la nación. Brilló el día dos de mayo, y esparciendo sus rayos por todo el ámbito español, produjo el entusiasmo que ha conquistado la independencia nacional, y la noble lealtad que ha sabido consolidar el trono de los Pelayos.

¡Fernando! Este trono en que te colocó el delirio del amor, te lo han conservado digno de un Rey magnánimo aquellos que dedicándote los desvelos de su vida, han creído cifrarías tu propia felicidad en promover la de los pueblos. Estos te idolatran; y el amor, más fuerte que las leyes, te proclama soberano de los corazones.

No creas, empero, que sólo el amor te entrega el cetro; el respeto, la obediencia y la sumisión de tus vasallos[*], afianzan un trono que no ha podido derribar ni las circunstancias, ni las arterías de los malvados.

¡Oh Príncipe feliz cuanto idolatrado! Llegarán acaso a tus manos escritos que desdoran la dignidad de tu ilustración, y que forman la ironía más cruel de las saludables reformas, que contando con tu aprobación, han decretado leyes sabias en bien de la patria. Estos, sin duda han querido y buscado este bien, y graduando el mérito de su obra por los vivos deseos que animaban sus tareas, con algo más de exaltación que de prudencia, decretaron la infalibilidad de sus dogmas políticos por espacio de ocho años. Este error, acaso produjo otros, y mezclándose el amor propio, o por mejor decir, el espíritu de partido en las discusiones, se han fomentado ideas ajenas del sistema monárquico y de la verdad. Una turba que se llama liberal por antonomasia, esparce opiniones que a no ser hijas de una exaltación desmedida, debieran considerarse como abortos de la perfidia. Estos insensatos, sin más estudios que el pacto social, sin más criterio que el de sus pasiones, y sin más voces que las aprendidas en el diccionario de la Revolución Francesa, procuran debilitar el antiguo carácter de la nación, sustituyendo frases vacías y altisonantes a pensamientos llenos y robustos, libertad de conciencia al respeto con que sus mayores veneraban las decisiones de la iglesia, la petulancia de la pluma al valor de la espada, la mezquina y fría vanidad al santo orgullo de la virtud, el libertinaje al amor, y el interés propio (única cosa en que tienen sustancia) al bien general».

[*] Así dijo el genio, sin duda porque Fernando es un Rey, y no sólo un *superior*; y porque los *súbditos* de Napoleón son esclavos, y los *vasallos* de Jorge tercero son hombres libres.

Aquí enmudeció el genio, al observar la pálida expresión del semblante de Fernando. En el momento cercó la cerviz real un iris resplandeciente, cuyos reflejos iluminaban la palma, y dan brillo a la corona. Tonos armoniosos vagaban en el puro ambiente; al hálito dulce de la mañana disipábanse los celajes ligeramente teñidos de púrpura, y un horizonte de aéreo verde, claro y majestuoso presagiaba la salida del sol. Volviéronse a oír los acentos blandos del genio, y al presentar la palma y la corona al monarca dijo:

«No desmayes Fernando; este cuadro horroroso no pertenece a la nación. No, no se ha extinguido la raza de los Pelayos. Los campos de España humeando te dicen las victorias de tus valientes guerreros, el entusiasmo con que te han visto los pueblos te asegura de su lealtad; las ruinas, los escombros y las miserias, proclaman la constancia inalterable de sus virtudes; este código (si no perfecto a lo menos hijo de los desvelos del patriotismo y la filantropía) coartando las facultades al despotismo y a la ignorancia que envilecían el trono, te deja todas aquellas que la divinidad se complace en ejercer. Los españoles jamás te reconocerán tirano, y para siempre te juran como a padre amoroso una sumisión sin límites. Lejos del corazón de todo vasallo cristiano esas máximas perversas que debilitando el respeto a los altares y al trono, rompen el resorte de las virtudes humanas, y destruyen la base de la felicidad común. Tú, Fernando, semejante a la estrella que esperaban los magos de Egipto, estás destinado en los arcanos celestiales para guiar a esta nación noble y generosa por la senda de la verdadera ilustración a aquel punto glorioso en que reconozca que si han despertado en su seno las virtudes de sus antepasados, no debe mancillarlas con ideas temerariamente ilusorias, sustituyendo una moral de imaginación a las reglas de la filosofía cristiana, e insinuando con el sagrado lenguaje de la verdad, sistemas cuya feroz tendencia es sofocar todos los bellos sentimientos del alma. A ti, virtuoso Fernando, te será dada la prudencia y la magnanimidad que deben dignificar el solio. A la sombra de tu justicia descansará el guerrero, y prosperará el labrador, a tu voz temblará el malvado, y en tu sonrisa florecerán todas las virtudes.»

En diciendo esto, al impulso de una música gloriosa se abrieron las puertas del templo, que llenaban un fulgor divino. Entre nubes de incienso un coro invisible entonaba el *Domine salvus [sic] fac Regem*. Postrado el trémulo monarca al pie de los altares, el genio ciñó sus sienes reales con la corona de las Españas, y poniendo en su augusta mano la palma, desapareció envuelto en una armonía celestial.

5. «CONTESTACIÓN A LA CENSURA»

Quando, en la alegría de mi corazón, por la feliz vuelta del deseado Fernando, dejé correr mi pluma para desahogar el gozo que no me cabía en el pecho, ¡qué lejos estaban de mí las intenciones siniestras que se me atribuyeron!

Llevada de los impulsos de una fantasía ardiente y del amor a una patria idolatrada, me complacía en aquellas imágenes gloriosas que suscitaba la reunión de Fernando, Zaragoza, Religión y patriotismo. Sabía que, entre los españoles, unos alababan, otros censuraban la Constitución; veía todos los días impresos que unos celebraban las instituciones modernas, otros las criticaban; había entendido que el artículo 371 de la Constitución permitía la publicación ilimitada de ideas políticas. Sin más estudio escribí sencillamente y *sin ironía*, no tanto *mi* opinión, (que ésta podría parecerme dudosa) sino lo que había oído en Inglaterra, Francia y Alemania a hombres de letras, lo que había leído en autores estimados y lo que coincidía con mis deseos de conciliar los extremos que la mayor parte de los papeles públicos declaran existentes.

Por la censura, cuya copia se me ha remitido, conozco que he incurrido en falta por no haber mirado con atención el reglamento de la libertad de imprenta. Pero no sé cómo se me puede atribuir la intención de subvertir las leyes fundamentales de la Monarquía. Habiendo buscado en el Diccionario de la Academia el sentido exacto de la palabra *subversivo*, no encontré sino el verbo *subvertir* que dice *destruir, demoler, arruinar o trastornar* alguna cosa. Por lo que, por analogía, se deduce que *subversivo* debe ser lo que se *destruye, arruina, trastorna* &c.

Preguntase de qué modo se puede aplicar este sentido a palabras dichas o estampadas. ¿Es subversiva toda la palabra que pone falta a una obra? No me puedo persuadir de esto, porque no es lo mismo decir: *esta casa tiene una ventana mal puesta* o *vamos a derribar esta casa*; y así sería subversivo lo que trata de destruir, pero no lo que pone falta.

Si no estoy engañada existe una real cédula que previene no debe calificarse por la censura proposiciones aisladas, sino el concepto general de un escrito; en consecuencia siendo éste expreso en favor de la Constitución en su esencia, no parece culpable una expresión que sea contradictoria en un sólo punto.

Por lo tanto espero de los Señores que componen la junta de censura, se servirán modificar el concepto de subversivo que han atribuido a mi papel. Lo creo así de su prudencia.

Francisca de Larrea Böhl de Faber
Cádiz 9 de Mayo 1814

6. EL GENERAL ELÍO O LO QUE SON LOS ESPAÑOLES⁶

¡El mundo entero oyó con asombro el grito unánime de la Nación Española arrojándose a la desesperada lucha que debió darle la independencia o la muerte! ¡El mundo entero admiró el patriotismo y magnanimidad que, despreciando los peligros y entre el silbido de las balas, reunió el congreso nacional en el pequeño y glorioso recinto que, único en la Europa, tremolaba el pendón de la libertad...! ¿Pero, qué sino el loor del mismo cielo merece la noble generosidad con que este pueblo vencedor, a quien se le ha querido imbuir tan alta idea de sus *imprescriptibles derechos*, los depona en manos del amor y la lealtad...? ¡Fidelidad inaudita! ¡Desprendimiento heroico que, al a par de su valor y constancia, caracteriza a esta antigua Nación!

Mis ojos se arrasan en lágrimas al contemplar el cuadro de esas virtudes sublimes que brillarán en las páginas de la historia y que la admiración ha de grabar en las almas de las generaciones venideras.

El sobrio y honrado pueblo español sufrió en silencio las debilidades del trono de sus Reyes; el justo y valiente pueblo español, sin más armas que su inocencia, declaró guerra eterna y triunfó del tirano conquistador de la Europa, jurando espontáneamente por su legítimo soberano el Señor Don Fernando Séptimo, el generoso e ilustre pueblo sancionó el gobierno que debió regirle durante la cautividad de su amado monarca; y el religioso y leal pueblo español acaba de deponer en manos del Rey las facultades adquiridas con sus heroicos esfuerzos.

¿Qué es a ellos esa soberanía, primera ilusión del poema político con que se les ha querido embaucar? ¿Qué es a ellos esos decantados y fantásticos *derechos del hombre*, cuando poseen un código perfecto de los *deberes del hombre* sancionado por el Divino Legislador? ¿Qué es a ellos esa altanera libertad que desata las pasiones y desquicia los gobiernos?

El español que ni aun la falta de esperanza supo arredrar cuando trató de resistir al crimen y a la tiranía, humilde ante aquellos objetos que veneraron sus heroicos antepasados, abandona la licencia que le dio su valor, y entrega el bastón con que condujo sus huestes a la victoria al idolatrado Monarca por quien juró derramar hasta la última gota de su sangre. «Empuñadlo Señor» le dice; y las lágrimas del más noble eternecimiento no le dejan proseguir.

⁶ Fechado a 25 de mayo 1814. Cf., Antonio Orozco Acuaviva, *op. cit.*, págs. 311-312.

¡Esforzado guerrero! ¿Creíste en aquel momento deponer tu gloria, tu independencia, tu ilustración en manos de un tirano? ¿Creíste, con este rasgo de magnanimidad, acreditarte esclavo de algún valido? ¿Fue esta grandiosa subordinación hija del miedo servil...? Ah, ¡cuán lejos de tu alma ideas tan degradantes para ti y tan ofensivas para el Monarca que el cielo nos envía, sembrando de prodigios la senda trazada por la lealtad española...! Los bellos sentimientos que hervían en tu corazón dictaron tu conducta. Se agolparon en tu fantasía todas aquellas imágenes gloriosas que la mano helada del jacobino ha procurado en vano borrar del alma española. Viste en Fernando el padre, el Salvador de tu patria en peligro.

¡Honor eterno al primer intérprete de los sentimientos de su Patria!

¡Honor eterno a esta Patria en quien no han tenido cabida las vanas teorías de una filosofía espuria, ni las preocupaciones de una vanidad monstruosa, ni el frío cálculo del interés personal ni las especiosas máximas de una liberalidad mal entendida, ni la impía indiferencia de los llamados espíritus fuertes!

¡Honor eterno al joven y virtuoso monarca, cuyo carácter, ilustración y benevolencia transpiran en cada renglón del Manifiesto con que se tranquiliza las dudas vituperables de algunos y llena las esperanzas de aquellos que, confiados en *Dios*, siempre han visto en Fernando el iris de alianza entre su Patria y el Cielo!

7. «FRAGMENTO, ESCRITO EL DÍA DE SAN FERNANDO»⁷

1814.

Como la llama que, en alas del incienso, vuela altísima, así el nombre de Fernando suena entre las bendiciones y alegre alarida de las gentes. *Fernando* canta el sacerdote al pie de los altares; *Fernando* repite el coro de vírgenes consagradas al Dios puro; *Fernando sétimo* las inocentes voces de la niñez; *Viva el Rey* grita el pueblo alborozado; y *Fernando* resuena en los corazones con todo el entusiasmo del amor.

No de otro modo, al romper los diques que le impuso la codicia, reboza el mar por las tierras que se le usurparon, arrasando todo lo que en ellas edificó el artificio, que ya no compelido, se arroja el noble clamor de la nación, destruyendo las ilusiones que fabricó la insensatez en el terreno arrancado a su confianza.

Era llegado el día en que el error, fingiendo su trono sobre las ilustres ruinas con que el valor y la lealtad cubrieron el suelo patrio, pretendía dominar a la verdad y dictar leyes a la razón. Era llegado el momento en que la Patria, cercada su inocente cerviz de meteoros brillantes, iba a ser sacrificada en las aras de la perfidia. El tumulto de la intriga y de las pasiones, semejante al herviente bramido del mar cuando anuncia la tormenta, sofocaba el gemido de los hijos de España. El fanatismo de la libertad persuadiendo, sin convencer, a los incautos, había inspirado aquella falsa magnanimidad que el orgullo y la ignorancia equivoca con la verdadera grandeza de alma y cuyo funesto influjo, cual el ardiente rayo del sol después de la lluvia de Marzo, es causar una estéril sequedad en el corazón. Llamose *cosmopolita* al que en los arenales de la indiferencia sepultaba el patriotismo tan fértil en virtudes; dijose *liberal* el que intentaba desgajar del tronco robusto de la Religión el divino follaje a cuya sombra se guarece el corazón afligido y descansa consolado; creyose sabio el que despreció los frutos sazonados de la experiencia por las efímeras flores de la imaginación; erigiéronse en representantes del pueblo los que, con la burlesca afectación de liberalidad, tiranizaban la opinión pública, demostrando en sus debates, tan pueriles como frívolos, que sólo en la intolerancia política poseían firmeza: ilegítimos refundidores de las antiguas leyes de su Patria: primeros también en quebrantarlas, con toda la osadía del despotismo, siempre

⁷ Se trata de un manuscrito localizado en el archivo Osborne, escrito el día de San Fernando, es decir, el 30 de mayo. Cf., Orozco Acuaviva, *op. cit.*, págs. 312-314.

que la virtud y que el vértigo de las pasiones se consolidaba en regla de conducta!...

¡Ya la discordia era la única esperanza de los buenos!

Pero el Dios de los Imperios vela sobre la España. Ve, con plácida sonrisa, estrellarse en la altura de su voluntad los planes del malvado, su hálito divino va en un momento a trastornar los alcázares de la sabiduría humana. A su mandato cae de su usurpado asiento la Fiera que dominó a la Europa; y Fernando, el perseguido, el predestinado Fernando es restituido al trono de sus mayores. Ángeles de paz preceden su marcha milagrosa, majestuosa. No es más instantánea la luz en la atmósfera al asomarse el sol en el horizonte que, con la presencia del Rey, fue pronta la virtud en extenderse por el ámbito español. Cual céfiro suave que, en las fértiles campiñas que riega el Betis, hace blandir a la mies, mientras el labrador contempla con delicia la dorada esperanza de sus afanes: así los primeros pasos del Monarca rinden todos los corazones y le presagian un reinado feliz.

Y feliz será, ¡Oh adorado Fernando! Desde el trono de marfil de su inocencia y virtud, sujetarás con nudos de bronce la ambición cruel y concederás a eterna cadena la perfidia y la discordia; entre la púrpura y oro del solio de las Españas brillarán los caracteres de amor e indulgencia, esculpidos con regia magnanimidad. El cetro que es tuyo por derecho, por merecimiento y por prodigios, sin más adorno que el ramo de oliva con que, semejante a la paloma del Arca, volviste anunciándonos la clemencia del Cielo, inflexible en la causa de la justicia, hará temblar al malvado, aherrojando para siempre el crimen, a quien la locura erigió un pedestal; mientras que de los soberbios brillos de su corona, enjorada por la munificencia de dos mundos, dimanarán las benéficas luces que darán prosperidad a tus dominios.

¡Vuelvan pues a enternecer mi alma esas voces, esas músicas, ese nombre de *Fernando* que tanta magia tiene! ¡No es más dulce, en la siesta del estío al amante de los campos el apacible murmullo del arroyuelo, cuyas ondas juegan festivas con las flores y espadañas, no es más grato al contemplador de la naturaleza lo que dice el agitado rumor de la selva; no es más delicioso al corazón inquieto el trino prolongado que arroja el ruiseñor en la tranquila luz de la Luna; que son, para mi alma enternecida, esas voces, esas músicas ese nombre de Fernando que tanta magia tiene!

8. «AL AUTOR DEL ESPAÑOL»⁸

Mi muy estimado amigo: El gusto que he tenido en leer su apreciable carta del 28 de junio no ha sido completo. Mucho me ha desazonado lo que usted me dice de su salud y la malísima noticia que me da de haber concluido su estimable periódico, así como me duelen las reflexiones que hace sobre nuestra situación actual. Yo espero que la ausencia de las nieblas y del frío no sólo hayan mejorado el físico, sino que también el alma habrá bebido «the spirit of the season», y que a la hora ésta, ya no existe la melancolía que respira la carta de usted.

¡Y qué! ¿Será que usted desfallezca en una empresa tan noble y deje de ilustrar a nuestro Gobierno en el momento que la buena fe lo caracteriza, sean cual fuesen sus otros defectos? ¡No me quiero persuadir que el publicista de quien más se puede honrar la España, la abandone en la misma época que bajo las mismas circunstancias, la Francia y Luis XVIII han hallado a un *Bonald* y un *Chateaubriand*! Ese *medio* por el que usted, y todo buen español, desea dirigir a esta Patria tan digna de ser feliz, ese *medio* tan necesario en los asuntos políticos, pero que imposibilitó desde luego el estado de crisis en que se hallaba la España ¿quién, mejor que usted puede indicarlo y con cuánta más esperanza de ser atendido que cuando la vanidad y la mala fe ensordecían a nuestros gobernantes?... Yo estoy muy lejos de no admitir *un medio en las cosas*, aunque no lo concedo tan fácilmente a los individuos. Así es que pienso sean tan pocos los que saben gobernar a los demás porque para esto se requiere prescindir de sus propias pasiones y sentimientos y no dejarse seducir por ideas, tanto más encantadoras cuando que por no tener el fallo de la experiencia, dan margen a que la imaginación les preste un resultado nuevo y feliz. ¿Pero por qué ha de creer usted que hemos retrocedido, si por el momento, y a manera de expediente, hemos vuelto al siglo 16? ¿Y qué, no éramos grandes, valientes, honrados y sabios en el siglo 16...? Usted me dirá: «otros tiempos, otras costumbres», y con harto pesar mío confieso esta verdad. No se escandalice usted de este rasgo gótico –sale del corazón y no del entendimiento– y vea usted por qué las cosas todas tienen sus distintos puntos de vista. Pero en fin, ello es que

⁸ Manuscrito fechado en julio de 1814, según indica Antonio Orozco Acuaviva. Cf., *op. cit.*, págs. 314-316.

He corregido la transcripción que realiza Orozco del verso "we murder to dissect" de William Wordsworth (The Tables turned. An evening scene on the same subject) y que erróneamente había leído como «dispect».

la intención del Rey es la de establecer un gobierno moderado («aborrezco, dice en su manifiesto, aborrezco y detesto el despotismo; ni las luces y cultura de las naciones lo sufren ya») y la obligación de usted es seguir ilustrándonos. ¿Quién deja de servir a su patria cuando lo puede? Ninguno de los que están a la cabeza del gobierno hoy ha dejado de hacer justicia a los conocimientos y miras de usted, ninguno dejará de aprovecharse de ideas que no tienen otro objeto que el bien de la Nación y que se fundan en principios que una vasta y bien dirigida instrucción ha consolidado. Yo quisiera hacerle a usted olvidar que soy mujer y que mirase mi plegaria como una especie de inspiración del buen espíritu, para que, desatendiendo mis palabras insignificantes, se dejase persuadir por los sentimientos que me las inspiran.

Hasta aquí de política. ¡Ojalá coincidiésemos, en igual grado, en otros sentimientos de mayor importancia! Usted del oscuro abismo de la incredulidad dice que ha vuelto a aquel *medio* que más pertenece a lo que es que a lo que *pueda ser*; y yo de un estado de culpable indiferencia me he echado a *corpus perdu* en lo que *pueda ser* y quizá *no es*. Usted teme pasar la línea de la verdad y yo amo ese *luxe de croyance* (como dice Mme. De Stäel) que acaso la deja muy atrás. Usted está muy determinado a no dar un paso más allá de lo que es útil para la generalidad, y yo casi desprecio todo lo que no es más que útil. En fin usted *piensa* y yo *siento* en este punto. ¿Y cómo me sería dado juzgar, yo que nunca he andado este camino, que usted *empieza su carrera*...? y que ¿sólo los que la empiezan son los que se inclinan a la incredulidad?... ¿Nunca ha tropezado usted en sus investigaciones con alguna dificultad que le haya dicho: «hasta aquí y no más»? y entonces ¿qué creyó usted? «We murder to dissect» ha dicho un poeta favorito mío... ¡Pero usted se reirá de verme metida «a política y a mística sin más argumentos que lo que me dice mi corazón... y éste es tan tonto»!

9. «CARTA AL AUTOR DEL *ESPAÑOL*»⁹

Mi apreciado amigo:

Aunque hace pocos días que escribí a usted y debiera temer que mis reiteradas cartas le fastidiasen, no soy dueña de resistir a la indignación que me impele a reclamar su patriotismo para que impugne, con la razón irresistible que caracteriza sus escritos, los libelos que se permiten en los papeles ingleses contra el más digno de los monarcas, y por consiguiente contra la nación que lo venera y que no cesa de darse el parabién por haber depuesto doscientos déspotas para colocar en el trono de sus mayores a un Rey tan magnánimo como justo. Yo bien sé que semejantes libelos no debieran excitar la indignación de gente sensata. Yo he leído en Inglaterra otros peores contra su propio Príncipe y aun contra ese mismo gobierno que les inspira tanto orgullo. Desgraciadamente tenemos en España mucha gente que, incapaces de formar un juicio resultado de una investigación sabia y de buena fe, se dejan seducir por frases que suenan a mucho y que, en realidad, son huecas por falta del corazón y del entendimiento que se requiere para dar a las ocurrencias del día su verdadero punto de vista.

¿Es tirano un Rey que cede a la voluntad general de la Nación que detestaba el nuevo orden de cosas: los unos por aquel mismo sentimiento innato, de que sólo Dios podría dar cuenta, que les hizo resistir, sin el auxilio de la esperanza, a la dominación extranjera; los otros por tener sobradas luces para conocer cuán ajena de nuestro carácter, nuestras costumbres y nuestro clima era la tal constitución? ¿Saben esos libelistas que todas las provincias representaron al Rey en el momento de su llegada para que no jurase ese Código que sus traductores (¿pues hicieron más que traducir el que allanó el camino del cadalso a Luis XVI?) llamaban la *obra maestra de la sabiduría humana*? ¿Y se debe calificar de déspota, tirano (y otros dicterios que mi pluma se rehúsa a estampar, tan groseros como indignos de una nación que se cree ilustrada) al Rey que cumple con los deseos de sus pueblos, si bien estos coinciden con los suyos y con los de la razón? ¿Qué saben esos libelistas lo que ha pasado en España durante la burlesca época de su soñada libertad? ¿Se han infringido las leyes con más desfachatez en el tiempo de Godoy...? No por cierto. Y entonces,

⁹ Manuscrito datado en 1814, según transcripción de Antonio Orozco Acuaviva. Cf., *op. cit.*, págs. 316-318.

Debe ser de fecha poco posterior a la suprascrita, es decir, julio de 1814.

a lo menos, la voluntad de un Rey absoluto doraba la pílora; la lealtad, de cierto modo, ennoblecía la esclavitud. ¿Les parece a esos señores gaceteros que la base de la ilustrada libertad de una nación es hacer de su Rey un Juan de las Viñas? ¿No debía prevenir Fernando que los jacobinos que le amenazaron de *subir inocente al cadalso* si no juraba la Constitución, podrían verificarlo cuando a una facción se le antojase decir que la había quebrantado?

Vuestra merced que conoce mi modo de pensar, no puede creer que yo deseo ver a mi Patria esclavizada, ni bajo otro yugo que el de las leyes. ¿Pero no hay medio? ¿ha de ser esclavo el Rey para que no lo sea la nación? Fernando con toda la hombría de bien que lo ha caracterizado desde sus primeros años, rehúsa con firmeza jurar este Código, dando para ello motivos tan ajenos a su interés individual, como propios al de la Nación. Promete unas instituciones formadas por legítimos representantes de sus pueblos. ¿Han leído esos libelistas el Manifiesto del 4 de mayo? Ah, si hubieran tenido el corazón español, y si hubieran sido testigos de los pasos agigantados con que el jacobinismo nos ha ido precipitando a nuestra ruina, lo hubieran regado con lágrimas de gratitud. ¿Y qué derecho tiene una nación extranjera (y todas las son en mayor grado con respecto a la España porque ninguna la conoce, y mucho menos esos mismos ingleses que tanto tiempo han pisado su suelo, sin haberse identificado ni con sus sentimientos ni con sus costumbres) para desaprobarnos los procedimientos de nuestro Monarca, cuando toda la Nación le aplaude? ¿Si querrán esos caballeros también ilustrarnos por fuerza? ¿o pretenden tratarnos a lo Napoleón como han hecho con la Sicilia...? Yo me dejo llevar demasiado de la amargura que me ha causado los pocos renglones que he leído de las gacetas inglesas –digo *poco*, porque no pude proseguir su lectura, tanta fue la indignación que me causaron. Me han asegurado que hablan de la nación española en los mismos términos. Yo quiero persuadirme que la gente sensata en Inglaterra no piensa del mismo modo. ¿Y cómo pueden culpar al Rey por no haber jurado la Constitución que ellos mismos han vituperado con sobrado fundamento?

Vuestra merced amigo mío, está tan interesado como yo en el buen nombre de nuestra Patria. Usted defenderá a nuestro Monarca, cuya vida y costumbres le hacen tan adorable como sus decretos todos dados hasta aquí prueban lo mucho que se ocupa de la felicidad de los pueblos. Es gracioso oír a los que aprobaron el destierro de un Obispo de Orense escandalizados de los que llaman la *arbitrariedad* con que se han preso culpables por lo menos del crimen

de lesa-majestad. Yo quiero ciertamente ver acabadas sus causas, pero no tengo duda que si no lo están ya, será porque habrá sido moralmente imposible hasta ahora, &, &.

10. «OTRA VEZ NAPOLEÓN»¹⁰

Abril 1815.

Por esto mi pueblo volviendo los ojos hacia estas cosas y hallando en los malos unos días llenos de prosperidad, dijo: Cómo es posible que Dios sepa esto?... Ciertamente oh Dios que esta prosperidad que les diste les sirvió de lazo; cuando se elevaban los derribaste.

Salmo séptimo.

«¡Napoleón!», vociferó el genio del abismo. «¡Napoleón!», revocaron las sombras que habitan en eterno dolor y al eco funesto retemblaron las hondas bóvedas de la muerte: «¡Napoleón!», vuelve a empuñar el azote que te cometió mi furor. «No es pasado aún el día de la divinal venganza».

Semejante a un cometa precipitado del cielo que, arrestado un momento por el torbellino, se desploma con más ímpetu, asolando al mundo; así cae el tirano, con renovado crimen, sobre los pueblos.

¿Qué es de los magnánimos? ¿Qué es del Rey que perdonó y amó? ¿dónde estaban los bajeles que cubren el Océano y los de Albión que se hicieron para que así, inmune, hienda las sosegadas olas la navecilla que conduce el horror y la muerte?

Cae el tirano sobre los pueblos y los viles esclavos que, en desdoro de la justicia, perdonó una falsa clemencia, abandonan los blanquísimos lirios por el estandarte manchado de tres colores.

Hierven en la negra fantasía del tirano las sangrientas imágenes que la ambición y la venganza grabaron en su corazón. Ve con trémula ira, la Esperanza derramando flores sobre el sepulcro del *d'Enghein* y sembrando dulces semillas en la senda trazada por la virtud al legítimo monarca de las Galias. Contempla con asombro el inflexible honor y la lealtad inalterable de los Españoles. Le aterra la gloria de la rejuvenecida Germania y el genio indomable de los Scitas... empero, cual bandido que, extraviado y abatido en noches tempestuosas, recobra aliento al divisar la luz que indica la guarida de sus compañeros y rompe por las fantasmas de la tenebrosa atmósfera hasta alcanzar la turba de forajidos; así Napoleón se arroja en medio de los pérfidos soldados que, vendidos a la rebelión sólo saben servir a quien los lleva al robo y a la rapiña.

¹⁰ Antonio Orozco Acuaviva, *La gaditana Frasquita Larrea, primera romántica española*, págs. 323-325.

Embriagada la mente del tirano con los sueños de su ambición, le presenta su propia imagen cercada de todos los objetos que formaron siempre sus delicias. La palidez del crimen cubre su frente, fruncida por el desdén y el orgullo; en sus ojos bullen la insidia y el vil espionaje; la soberbia y el fraude cuelgan de sus labios y en su pecho se anida todo lo que reunió el Averno en aquellos negros espíritus caídos a la vez de su dominio y de la virtud.

En una mano lleva una espada, asoladora como el huracán que vomita el fiero septentrión y en la otra la inocente imagen de la infancia, a la que su astuta cobardía finge acatamiento. Precédele el tumulto, tejiendo la roja red de la guerra civil; a su lado la Tiranía cubre con un velo de oro a la *Destrucción* vestida sólo de puñales; forman su séquito el *Espanto*, el *Terror* y la *Angustia*, empujados por el *Odio* y la *Venganza*. Los Genios livianos de la Francia, pintados de mil colores, revuelven¹²⁰ con sus aletadas la triste atmósfera y su insensato rumor va a perderse en el prolongado gemido del porvenir.

Gózase el tirano en el hórrido cuadro que le bosqueja el dedo de las *Furias* y arrojándose de nuevo en la impetuosa carrera de sus crímenes, semejante al ateísmo aniquilador, sus pisadas todo lo desboronan menos el *Dolor* y la *Muerte*...

Pero ¿qué voz, dulce como el hosanna de los Querubes, penetra en mi alma sin perturbar los delirios del Malvado?... «Hombre ciego e impío», dice, «¿piensas que la sangrienta nube que tu aliento formó robará la luz al día y que el cielo no ve la negra hazaña que premeditas, si bien la naturaleza se rehúsa a nombrarla? ¡Miserable! El Ángel de las venganzas suspendió su espada flamígera cuando fuiste derribado, porque sus miradas de amor cayeron sobre las dos augustas víctimas que aún poseían el suelo de las Galias. ¡Tiembla ya impío! Voraz, informe y tremenda como la furia del Océano te envuelve la guerra civil. Lanzada del norte, con horrible pompa, la *Batalla* llega, guiada por la *Justicia*; su alarido trueno en el glorioso Pyrenne. ¡Tiembla impío! La trémula tierra te rechaza; el brazo encarnizado de la *Venganza* rasga el aire que respiras y el Averno bosteza con voraz expectativa de tus destrozados miembros.»

Dijo el profético Querub, y el eco armonioso, semejante al pensamiento del paraíso, permanece en el alma quebrantando dulcemente las nubes del dolor.

¹¹ Corrijo por «resuelven», evidente error de lectura.

11. «CARTA A UN JOVEN. CONTESTACIÓN SOBRE EL OBISPO DE ORENSE»¹²

1815

Amigo mío; si es doloroso contemplar la facilidad con que unos sofismas especiosos pueden pervertir las mejores disposiciones, no es menos grato pensar que el mismo error suele ser hijo del deseo del bien, y que el estudio y la reflexión pueden llegar a rectificar la obra de la imaginación.

El Obispo de Orense era un carácter demasiado distinguido en la Nación para que sus opiniones no fuesen de la mayor importancia. Todos sabemos el influjo que este respetable prelado tuvo en nuestra santa revolución y el grandísimo interés que manifestaron los franceses para atraerlo a su partido, tributándole el mayor respeto y veneración. El dictamen de un hombre semejante era una decisión para los pueblos de España: ¿Y cómo podía jurar este santo hombre, sin restricción alguna, lo que no aprobaba? Juró obedecer la Constitución y en esto obedeció. Pero su conciencia le obligaba a no engañar a la Nación, cuando podía creer que este engaño tendría las consecuencias más funestas. El Obispo pudo equivocarse en su juicio acerca de la Constitución, pero ciertamente no se equivocó en obrar según la más escrupulosa verdad, dando a conocer su opinión al mundo entero. ¿Habíase promulgado acaso alguna ley prohibiendo que se dijese no amar al sagrado código? No –antes al contrario: en el artículo 371 de la Constitución se dice que *todos los Españoles tienen la libertad de escribir, imprimir y publicar sus ideas políticas, sin necesidad de licencia, revisión o aprobación* & luego el Obispo de Orense no delinquirió manifestando *sus ideas políticas*, al paso que, sumiso, juró obedecer las leyes promulgadas; y es indudable que la sentencia lanzada por las Cortes fue tan injusta como ilegal y arbitraria, dando el ejemplo de quebrantar las leyes que ellas mismas establecieron. *Si a nadie se le ha obligado a jurar que amaría la constitución, ¿por qué castigar a quien ha dicho que no la amaba?, ¿quién le obligó a decirlo?*, su conciencia y toda la España. Si el Obispo trató o no trató de preparar los ánimos contra la Constitución, las leyes humanas no deben juzgar las intenciones, sino los hechos. ¿Hay mucha diferencia entre el obedecer y el amar [*] pues esta dife-

¹² Cf., Antonio Orozco Acuaviva, *La gaditana Frasquita Larrea*, págs. 325-326.

[*] Dichoso quien camina por lo llano
sin pedir a la suerte otra segunda
ni bien mayor que obedecer amando.

Argensola

rencia es la que hizo el Obispo, como buen ciudadano y hombre honrado, concediendo de este modo la legitimidad del gobierno interino, si bien manifestó su opinión, *no con orgullo y pedertería*, sino con toda la sumisión debida a un gobierno cualquiera. Según el periódico *El Español*, y según todo ente razonable, la soberanía del pueblo es una idea abstracta y disparatada por lo mismo que es (como usted dice) *una idea disforme pedir a cada individuo de por sí su venia para cualquier ley o decreto*. Están tan trillados todos los argumentos en prueba de esta verdad, que no me cansaré en repetirlos... &, &.

12. «CARTA A UN AMIGO ANALIZANDO LA PROCLAMA DEL SEÑOR JEFE POLÍTICO JÁUREGUI DESPUÉS DEL HORROROSO ATENTADO DEL POPULACHO CONTRA EL SR. OBISPO Y OTRAS PERSONAS RESPECTABLES DE CÁDIZ»¹³

Amigo mío: Si aterran los excesos cometidos por el populacho ayer, no causa menos indignación la proclama que de sus resultas publica hoy este Jefe político.

Empieza por una falsedad, y sobre ello establece otras a cuál más absurdas y malévolas. Bien sabía Su Señoría que el *atentado horrendo* [*] de empañar el lustre puro de la sagrada lápida no podía ser obra de los *poquísimos malévolos que por los medios más bajos y rateros [sic] muestran sus intenciones y deseos*, puesto que él mismo dice: *¿Quién sería el osado que tal se atreviera en medio de un pueblo heroico todo constitucional y de una guarnición que respira el más acendrado patriotismo y que fue precisamente la que dio la primera señal de independencia?* (Y pudiera añadir: y estando custodiada –la lápida– a vista por ciudadanos milicianos locales). Luego si Su Señoría estaba bien convencido de que estos *enemigos del sistema* eran inocentes del *atentado horrendo*, ¿cómo puede decir que *fue justo pedir el arresto de algunas personas desafectas al sistema*, pues tanto vale la expresión de que *con más justo motivo pidieron el del predicador de los Descalzos*; porque *más justo* es decir que lo otro era *justo* también (La censura del sermón hará ver que este *más justo* es tan *injusto* como el otro *justo*).

Accedí gustoso a vuestros deseos de acuerdo con el Excelentísimo Ayuntamiento, sigue estampando este Señor, sin vergüenza de la tierra y sin temor del cielo; *creo que no ha podido hacer más* (este *creo* quiere decir que *no está cierta*, y que así que los ciudadanos le hagan ver que *puede hacer más*, más hará) *vuestro Jefe político y las autoridades que gobiernan el pueblo, que están acordes con vosotros en los sentimientos y espíritu patriótico*; ¡Tiembra desgraciado habitante de Cádiz! estos mismos ciudadanos con quienes *están acordes los sentimientos del Jefe político y las autoridades que gobiernan al pueblo*, pedían a gritos *la horca* para nuestro santo y venerado prelado y demás

¹³ Como indica Orozco, se trata de un manuscrito, sin fechar, localizado en el archivo Osborne, pero debe deducirse que se escribió durante el Trienio, pues Jáuregui fue gobernador en esas fechas.

[*] El asesinato del respetable sacerdote Vinuesa.

personas que, a su arbitrio, juzgaban desafectas al sistema; estos mismos ciudadanos allanaron las casas y hubieran verificado el verdadero atentado horrendo ejecutado por sus hermanos ciudadanos de Madrid [*] (con cuyos fautores están, sin duda, *acordes también las autoridades que os gobiernan*; pues quien aplaude la causa no puede vituperar los efectos) si hubieran hallado en ellas las personas que las habitan.

*Vosotros mismos, heroicos ciudadanos, vosotros debéis ser los que por vuestra parte, vigiléis contra los perpetradores de nuestras santas instituciones; sea cada uno de vosotros un celador que observe las menores acciones y movimientos de aquellos que no marchen por la senda constitucional... Y será que un ciudadano pidiendo horcas y cabezas a troche y moche, hasta las que desde dos años descansan en paz en sus sepulcros [**], han de ser los celadores del pacífico habitante observando hasta sus menores movimientos, aun cuando estos sean los de una virtuosa indignación, que serán incontestablemente los que más les ofendan!*

Huya de este recinto todo aquel que no está pronto a sacrificarse por ella (la Constitución) a toda hora... y dejen la lápida, que ella únicamente serán la que se deje hacer pedazos diciendo Constitución a toda hora, y hasta la última hora.

En medio de la turbulencia y agitación de ayer tarde, habéis dado una prueba de vuestra ilustración y vuestro juicio; pedisteis el castigo de los que son sospechosos, pero ningún exceso, ninguna acción impropia de un verdadero constitucional manchó vuestro buen nombre y opinión. Nada tengo que echaros en cara y me considero feliz en estar a la cabeza de un pueblo que puede unir al ardor patriótico con la compostura y moderación. Conservad esta misma sin mancillar el alto concepto que tenéis en toda la Europa de ser pueblo libre ilustrado.— Esta frase no ha menester comentario. Yo la comprendiera en la boca del más encarnizado enemigo del sistema que nos rige, puesto que entonces sería clara su atroz ironía, pero en boca de Jáuregui, tipo del liberalismo, es parto del más negado o del más malvado de los hombres.

[**] Pidieron también las cabezas de dos sacerdotes.

FERNÁN CABALLERO (1786-1877)
DE LA VISIÓN ROMÁNTICA
A LA SÁTIRA CARICATURESCA

LA MADRE, O EL COMBATE DE TRAFALGAR



Óleo de *La batalla de Trafalgar*, Ayuntamiento de Cádiz

Era un domingo, 20 de octubre de 1805. El día se había ataviado de su más brillante esplendor, del aire más suave y puro. La muralla gualda, que circunda a Cádiz como un arco de oro a una perla, se hallaba llena de gente que tendía los ojos hacia la bahía. Pero sus semblantes abatidos, sus labios silenciosos contrastaban con el alegre azul del cielo.

En el balcón de una de las casas del hermoso barrio de San Carlos, que el hombre ha empujado en el mar sobre poderosos cimientos, en uno de aquellos balcones verdes como el mar, llenos de flores como canastillas, se apoyaba contra sus cristales una mujer, ora clavando sus ojos en una imagen de la Virgen embutida en la pared junto al balcón, ora llevándolos sobre el magnífico espectáculo que se ofrecía a la vista. La escuadra combinada, que constaba de quince navíos españoles y dieciocho franceses, salía del puerto. Sus velas henchidas de esperanza y elación, sus esbeltos y ligeros pabellones, don precioso de la patria que llevaban como un penacho, hacían que se asemejasen estos soberbios buques a caballeros armados, saliendo para un torneo con pasos lentos, mesurados y orgullosos. El mar centelleaba como un diamante líquido con los vivos rayos del sol. Un viento fresco y ligero acariciaba, como un niño su brillante superficie. El cielo estaba puro y sereno, como si jamás hubiera estado, como si jamás debiera estar, manchado por la tempestad.

Sin embargo, los ojos expertos y seguros de los marinos españoles la preveían. Esto hicieron presente los hábiles generales Gravina, Álava y Cisneros al

almirante Villeneuve, comandante en jefe de la escuadra combinada. Pero el almirante Villeneuve sabía que iba a ser destituido por Bonaparte. Pocos momentos le quedaban de mando, y quiso aprovecharse de ellos para vencer o morir. ¡Cuántas lágrimas y sangre costó ese desesperado proyecto! ¡Proyecto verdaderamente hermoso si hubiera sido individual. ¿Se sabe cuál fue la trágica y misteriosa muerte de este general...? ¡Respeto, profundo respeto a tan grande infortunio!

El almirante insistió a pesar de las representaciones de hombres muy más experimentados que él en su clima, y a estos no les quedó otro arbitrio que el de decir como el general Springporten al general ruso: —¡Marchemos!

El mar se halló, pues, surcado por esos magníficos buques como por sus señores. De tiempo en tiempo, un cañonazo interrumpía el silencio de esta grandiosa escena, de este solemne momento que preparaba a la Historia una de sus más sangrientas páginas. ¡Las bocas de bronce decían adiós! —¡Adiós, mi amada!— a la joven que encerrada en su estancia torcía con angustia sus blancas manos. —¡Adiós, amigos, compatriotas!—, a los que agolpados para verlos salir, los seguían con su vista, sus recelos y sus esperanzas. —¡Adiós, patria! — a esa tierra que quizá no volverían a pisar. Y a aquella mujer solitaria, inmóvil en su balcón, también decían: ¡Adiós, madre mía!

La señora de C..., viuda de un general de marina, tenía tres hijos. ¡Todos tres seguían la gloriosa carrera de su padre y salían en esta armada para arrostrar la furia de los elementos y la brillante estrella de un Nelson!... ¡Fijaba sus ojos de madre deslustrados y sin lágrimas, en aquellos buques, hijos de la temeridad, juguetes de la fortuna, y luego los volvía a la Virgen, echando a sus pies su inmenso y mudo dolor, llevando en el movimiento convulsivo de sus manos, frías y cruzadas, la oración más fervorosa que se eleva al cielo: la de una madre por la conservación de sus hijos! Ni escuchaba ni veía a su lado a la anciana María, ama de aquellos, perteneciente a la familia, ya que no por los vínculos de sangre, por los del corazón.

—Señora, decía María tragándose sus lágrimas con un valor que sólo le es dado a un tierno y profundo cariño, señora, ¿es por ventura la primera vez que los ve usted salir a la mar y los ha vuelto a ver entrar, gracias al Señor? ¿Ha perdido usted su confianza en la Virgen del Carmen? ¿Quiere usted morir de pena antes de volverlos a ver? ¡Llore, llore usted, que eso le hará bien; pero no se quede usted aquí fría y callada, como si el dolor la hubiese helado cual podría hacerlo la muerte! ¡Vamos, valor, valor, como lo debe tener la viuda y

madre de valientes marinos! ¡Confianza en la misericordia de Dios! ¡Usted los verá de vuelta honrando su vejez con laureles, así como usted embelleció su niñez con rosas!

Y María procuraba sonreírse, pero esta sonrisa era un último esfuerzo; su corazón estaba destrozado y salió del balcón para mirar detrás de las persianas esos buques que le parecían los féretros de sus hijos. Sollozaba, levantaba las manos al cielo, hacía votos, prometía novelas a la virgen. —¡Ah, niños míos —exclamaba—, nosotras que os hemos preservado con tanto esmero del menor viento colado, nosotras que os lavábamos con agua tibia de miedo de resfriaros, nosotras que vigilábamos vuestro sueño como el de un enfermo, que no os dejábamos ir solos ni aún a la escuela! ¿A qué todos estos conatos, si ahora os vemos ir a arrostrar esas muertes acopiadas como haces de armas? ¿Por qué esas vidas, que arriesgan como dinero al juego los insensatos que se llaman héroes y conquistadores, han de tomar raíz y agarrarse al corazón de una mujer? ¿Por qué esas imágenes de hierro y sangre no se han de imprimir en el bronce de vuestras almas y no en el alma de una madre?— Y luego María secaba sus lágrimas, alzaba de su frente sus cabellos blancos, volvía a tomar un semblante sereno y se iba a su señora procurando consolarla.

Apenas se halló la escuadra en la ancha mar, la que por su serenidad y dulce sonrisa, cual sirena, ha había atraído, cuando se empezaron a cumplir los vaticinios de los marinos españoles. Se levantó un fuerte viento del Sud-Este, y gruesas gotas de lluvia vinieron a anunciar la tempestad. Pero en vez de regresar al puerto, el almirante Villeneuve mandó acortar velas y seguir al encuentro del peligro: así como un ciego sigue su camino hacia un precipicio. Y tal es la fuerza del honor, que treinta y tres¹ buques, ricos de la flor de la marina y de mil vidas preciosa, siguieron la voluntad de un solo hombre, que, ciego de despecho, los llevaba a una muerte segura. Apenas se enlutó el cielo, apenas empezó el mar a levantar su seno agitado y terrible, lanzando y rompiendo sus olas espumosas sobre las rocas que casi estaban debajo de las ventanas de la infeliz madre, cayó ésta aniquilada en una silla, sus ojos desatentados sin lágrimas, sus miembros temblando sin fuerzas, sus labios descoloridos sin quejas. María se apresuró a meterla en la cama. La desgraciada la dejaba hacer de ella lo que quería: parecía una autómatas, tal estaban sumergidas todas sus facultades en un solo punto: su horrible ansiedad.

¹ Corrijo el error del original, 25, tal como la autora lo corrigió en posteriores ediciones.

María cerró las ventanas y las puertas, y se puso a hablar muy alto y si parar para ocultar de este modo a su señora el ruido terrible y espantoso de la crecida tempestad. La señora de C., abrumada, destrozada, anonadada por su dolor, quedó algunas horas en un estado semejante a un letargo. Estaba echada inmóvil, los ojos cerrados y solo sus labios se movían de cuando en cuando para repetir las oraciones de su corazón. María se había puesto de rodillas delante la Virgen: extendía sus brazos hacia esta imagen como si llevase en ellos a su Manuel, niño de doce años, que casi salía de la cuna para arrojarse en ese caos de peligros, de males y de furor; pequeño guardia marina, que poco tiempo antes saltaba de gozo al vestir su uniforme, con esos galones de oro que lo adornaban como adornan las flores a una víctima. Alzaba los ojos hacia esa Virgen de los Dolores cuyo culto, si Dios no lo hubiera establecido, el corazón de una madre lo hubiera adivinado. Clavaba en esa Santa Madre de Dios sus ojos tan viejos, pero que volvían a hallar todo el fuego y la energía de la juventud en la vehemencia de su dolor y en el fervor de sus oraciones: modo de orar que creo no se halla sino en el alma de una mujer dotada de la fe católica.

Sólo interrumpían el silencio el bramido de las olas que parecían pedir su presa, y el agudo silbido del viento que empezaba, crecía, se hacía poderoso, luego flaqueaba y moría para renacer con más violencia.

De repente da un grito penetrante la señora de C., se precipita de su cama y va a caer moribunda a los pies de la virgen y en brazos de María.

¡Ha oído un cañonazo!... ¡El siniestro sonido se repite y se multiplica!... ¡No! ¡Ya no cabe duda! ¡Es la muerte que se envían los hombres al través de la tempestad! ¡Es el grito sombrío de su furia, que resalta sobre la voz poderosa de los elementos desatados! ¡Es el reto de una loca audacia a todos los peligros reunidos!... ¡Ah! ¡es quizá también un gemido de apuro, el último suspiro de la agonía! ¡Una apelación desesperada a la patria por la cual mueren! ¡Desgraciados! ¡No contéis sobre el impotente socorro de los hombres! ¡No lo pidáis sino a Dios!

¡Seis horas duró este combate aterrador, que empezó en la altura del cabo de Trafalgar y arrastrado por las corrientes, vino a acabar a ocho leguas de Cádiz. ¡Combate que no tiene igual en los fastos de la historia en honor, valor, desgracia y desastres!

Al principio del combate el contra-almirante Dumanoir se alejó, llevándose consigo cuatro buques franceses pasando junto al Neptuno que defendía D. Cayetano Valdés con una firmeza y una intrepidez dignas de la admirable mari-

na española, que caminaba a su decadencia, acelerada por su inútil valor en esta malhadada jornada, al que tributaron completa justicia los ingleses; pasó, digo, junto a su noble aliado sin ofrecerle una mano auxiliadora. Pero Dumanoir marchó a una ruina menos gloriosa, fue hecho prisionero en las costas de Francia por Sir Richard Strahan. No quedó de esta brillante escuadra más que once navíos, entre españoles y franceses. Dos se llevaron los ingleses a Gibraltar, los demás perecieron. Casi todos fueron sepultados en el abismo que tanto habían hollado. Otros destrozados, mutilados vinieron a morir en las costas de su patria, semejantes al perro fiel que habiendo dado su vida por su amo, se arrastra a sus pies, los besa y espira.

Entonces fue cuando el corazón pudo reposar de tantos horrores, quitar los ojos de ese mar tinto en sangre para dirigirlos a escenas que consuelan y elevan un alma reconocida a Dios, diciéndole: —¡Padre mío, no me has abandonado!— Viéronse en la playa de Rota los navíos Neptuno y Asís etc. etc. que las olas, sin respetar su infortunio, venían todavía con su furia a acabar de destrozarse. Entonces se levantó un grito de compasión general. La caridad echó mano de todos los brazos para instrumentos de socorro a aquellos infelices que, habiendo escapado del gran desastre, iban a perecer bajo los ojos de sus compatriotas. Pero sobre todo los regimientos que se hallaban en el puerto de Santa María fueron los que se mostraron verdaderos héroes de la humanidad. Los soldados del regimiento de Zaragoza, a las órdenes del coronel D. Narciso de Pedro, se precipitaron con riesgo de sus vidas, llevando en sus brazos a los heridos, metiéndolos en su cuartel y en sus camas, dándoles sus ropas y auxiliándolos con sus pobres ahorros. La brigada de carabineros reales forzó a sus caballos a arrojarlos al mar, llevando ellos sogas y cordeles a las lanchas y socorro por todas partes, olvidados de su propio peligro para no pensar sino en el de sus hermanos. Lanchas cañoneras, arrostrando la tempestad, volaron de abismos en precipicios al auxilio de la escuadra. Tuvieron la felicidad de salvar algunos restos, de remolcar alguna embarcación sin masteleros, sin timón, errante a voluntad de las olas, en ese desierto de aguas, semejante al infeliz que la arena, levantada por el Simoon ha cegado y va errante, a voluntad del acaso, sobre los desiertos páramos del África. Pero los desastres causados por la furia de los elementos y de los hombres, la caridad humana, cayos dulces efectos son mucho menos poderosos, no puede repararlos sino débilmente.

En el navío Príncipe de Asturias donde se hallaba el comandante de la escuadra española, Gravina, hubo entre muertos y heridos 200 hombres; la mayor

parte de estos últimos murieron. Se debe observar que este buque era de cedro, que no forma astillas, las que matan tantos hombres como las balas. En aquellos de las tres diferentes escuadras que eran de roble, debió haber el triple número de muertos y heridos. Los generales Gravina, Cisneros, Álava y Escaño fueron peligrosamente heridos. El almirante Villeneuve fue hecho prisionero.

Algunos días después del desastroso 21 de octubre se cubrieron de cadáveres las playas de Santi Petri, Rota, Puerto de Santa María y aun la de Cádiz, El tiempo era hermoso. La mar falsa y cruel arrojaba sonriéndose sus víctimas a sus hermanos, diciéndoles —ya no las quiero.

La desgraciada España, sacrificada a la voluntad de un solo hombre culpablemente temerario, lloraba el día más horriblemente desastroso, y la Inglaterra cubría sus sangrientos laureles con un velo funeral. ¡Pagaba caro el triunfo que le costaba un Nelson!

La infeliz madre, en una triple agonía, temblaba a cada nuevo cañonazo. Estos, unidos a la tempestad, consternaban a los pálidos vecinos de Cádiz, desesperados de no poder socorrer a sus hermanos sino con sus estériles deseos.

Hacia la noche cesaron los cañonazos, pero este silencio acompañado del rugido del viento, ¡era silencio de muerte! ¡Oh, qué noche para la infeliz madre! ¡Noche sin fin como la eternidad, llena de tormentos como el infierno! Por fin los primeros rayos de ese día tan temido como deseado, vinieron a alumbrar, semejantes a los cirios que acompañan a un cadáver, el horroroso espectáculo que se desarrollaba a los ojos del inconsolable Cádiz. En vano quiso María impedir que su señora se precipitase al balcón. ¡Qué cuadro! ¡En la costa opuesta

yacían como cadáveres los buques Bucentauro, y otros!... ¡más acá remolcaban trozos mutilados de las embarcaciones! Sus ardientes miradas se fijaban en esas masas informes que el día antes había visto salir ¡tan gloriosas, tan confiadas, tan hermosas! El grande naufragio todo lo tragó, todo lo perdió, menos el honor!



Vista del combate de 21 de octubre desde Cádiz. Estampa de la Biblioteca Nacional.

El terror había helado aun los consuelos religiosos en los labios de la pobre María. La señora de C... entró cubriendo su rostro con las manos, titubea y cae exclamando: —¡Ya no tengo hijos! ¡Dios mío; Dios mío! ¡ten compasión de mí!

Dios oyó aquel grito destrozador del corazón de una madre. En el momento se oyen pasos precipitados y se halla en brazos de su hijo. Entonces se agolpan las lágrimas en sus ojos secos, no puede hablar, estrecha a su pecho uno de sus hijos, ¡lo aprieta como si los peligros a que ha escapado viniesen a arrancárselo de nuevo!... No ha podido todavía hablar. Cuando se abre la puerta y el mayor de sus hijos se ofrece a sus ojos fascinados. Entonces se levanta repentinamente, y en su arrebató de gratitud se precipita a los pies de la imagen de la Virgen, casi sofocada. Sus hijos la levantan y la rodean con sus brazos y sus caricias. María que aún en este instante de enajenamiento piensa en su señora, corre a traer sales... Pero ¿qué felicidad, por grande que sea, hizo jamás olvidar al corazón de una madre el hijo por quien tiembla?

—¿Y vuestro hermano, exclama, adónde está? ¡Dónde está ese hijo de mi corazón!

Sus hijos callan.

—¡Ay!, gimió la madre angustiada, ¿no respondéis? ¡Ah, ya lo veo, ese niño que apenas entraba en la vida ha hallado una horrorosa muerte en su umbral! No, no me lo ocultéis, decidme la terrible verdad! ¿Dónde está? ¿Dónde está mi Manuel?...

—¡Aquí estoy! —gritó una voz idolatrada; y su hijo el pequeño está a sus pies, cubriendo sus manos de besos y mojándolas de lágrimas, refugiándose en el seno de la madre, que apenas había dejado, de los horrores que acaban de agitar su joven alma.

Entonces los ojos de la madre se secan, no se ve en ellos ni felicidad ni dolor. Su semblante ha poco tan expresivo de diversos afectos, queda en calma como la muerte. Sus ojos miran indiferentes a sus hijos sin verlos, sus brazos que los cercaban caen inánimes a sus lados, ¡aquel rostro, tan bello de sonrisas y lágrimas queda estúpido!...

—¡Ah Dios mío, dijo el mayor de sus hijos, ¡qué imprudencia la nuestra!

Sentimiento tardío. Aquel corazón de madre tan tierno y tan padecido no pudo soportar tal cúmulo de dichas. Había perdido el juicio.

C. B.

MAGDALENA
(RELACIÓN)

El Autor de esta narración no pretende alabanza ni vituperio. La publica tal como ha llegado a su noticia, y la ha escrito de memoria. No ha querido hacerle amplificación alguna, ni revestirla de ningún ornato, a fin de conservarle toda su sencillez.

WALTER SCOTT.—*La Alcoba tapizada*
OBRA INÉDITA.

MAGDALENA

Haber nacido de gentes honradas esto es, de una familia sin mancha, es una ventaja tan preciosa para el pueblo Escocés, como para los Nobles el descender de una antigua casa. La estimación y el respeto tributados a una familia de aldeanos son considerados por propios y extraños, no sólo como un justo motivo de orgullo, sino también como una garantía de la buena conducta de todos los demás miembros de la familia. Por el contrario, una mancha como la que acababa de caer sobre uno de los hijos de Deans, se extendía a todos sus parientes.

WALTER SCOTT.—*La Prisión de Edimburgo.*

I

Entre los barrios que componen la hermosa interesante y antigua ciudad de Sevilla y que toman el nombre de sus respectivas Parroquias, hay uno silencioso y solitario, que se extiende desde la puerta de San Juan hasta la de la Barqueta y se llama de San Lorenzo. La mayor parte de sus calles son anchas y sosegadas; la yerba nace entre el empedrado; sus casas son bajas y humildes; su lujo es el aseo; su adorno flores asomadas a las rejas como niños curiosos. Casi todas están habitadas por honrados tejedores de seda. Se encuentra en este barrio algo de la paz de los campos; jamás pisan su interior los forasteros y hasta es muy contada la gente principal de la Ciudad que por él transita, más allá de la iglesia Parroquial en que existe la admirable venerada Imagen, obra del célebre escultor Martínez Montañés, que representa a Nuestro Señor bajo la advocación del Gran Poder.

En una de sus casas vivía Pedro Almeda, hombre excelente, adherido a su propiedad como a un antiguo muro un bajo-relieve. Pedro respetó y amó siempre su vicio telar, heredado de padres a hijos, productor de hermosos damascos y soberbios tisúes, y que, ahora suspiraba al ver su dignidad comprometida teniendo que limitarse a producir sencillos y ligeros tafetanes de mil colores. ¡Pobre viejo! ¡Te fue preciso doblegarte al espíritu del siglo! ¡Otros tan buenos como tú lo han hecho... y lo hacen!

Casose Pedro con una hermosa joven, hija de un vecino suyo; pero enviudó no muchos años después, quedándole de su matrimonio dos hijos, un varón y una hembra. Los niños, aún pequeños, sintieron naturalmente poco la muerte de su madre. Pedro tuvo una verdadera aflicción; pero el tiempo le consoló, mientras que cada día hacía más sensible y acerba a sus hijos la pérdida de su buena madre. Pedro vendía sus géneros a un rico mercader, en cuya casa siempre se encontraba con una criada solterona que empezaba a desconfiar del poder de sus gracias, ya en decadencia, al paso que no pretendía de ningún modo el honor de llevar palma a la sepultura. El sencillo tejedor se dejó coger en sus redes, tan perfectamente tejidas como las de una traidora araña, os pobres niños tuvieron una madrastra que, acostumbrada a chismes de criados y a insolente imitación del lujo de sus señoras, embaucó al padre, é hizo mártires a los hijos, de moda que el infeliz Pedro murió víctima de la miseria y de un tardío arrepentimiento. El telar, su antiguo amigo, aquel benéfico sostén suyo y de sus mayores, fue vendido para pagar el entierro de su dueño.

Poco tardó en seguir a éste a la otra vida su segunda mujer; y una hermana suya, no mala en el fondo, pero de cortísimos alcances, vino a sustituirla al lado, de los huérfanos.

Fernando, llegado entretanto a la edad viril, era el báculo de su familia. Él y su hermana Magdalena se querían con una ternura que el dolor de haber perdido a su padre aumentó más y más. Habían vivido, crecida y padecido juntos. No habían conocido otro cariño sino el que se tenían reciprocamente, pues su madrastra se había apoderado exclusivamente del el de su padre. ¡Cuántas lágrimas no habían derramado el uno en el seno del otro! ¡Cuántas promesas no se habían hecho de no separarse nunca! Magdalena se estrechaba a su hermano en su frágil juventud, como el blando y dulce jazmín se enlazaba en el patio de su humilde casa al naranjo que le ofrecía sus ramas. La última voluntad de su padre, que dejó a Fernando por guía y custodia de su hermana, había impreso a su cariño un sello exaltado y solemne. Estimulado por éste, el altivo y noble joven se entregó con ahínco a los duros trabajos del oficio de albañil, a que no estaba acostumbrado; y cuando, sofocado por el ardiente polvo de la cal, fatigado por penosos esfuerzos, desatentado en los altos andamios, se sentía desfallecer; se decía —Es por Magdalena— y sus fuerzas y su valor se reanimaban.

Así pasaba su existencia aquella familia; y sin embargo, Magdalena cantaba y cultivaba flores, pues el canto y las flores son en Andalucía el entreteni-

miento de la juventud, la emanación del aire purísimo que allí se respira; los naturales frutos de aquel sol esplendoroso. Estando un día cosiendo en su ventana, rodeada de claveles, como una pastora de sus ovejas, vio pasar dos hombres. El uno era alto, hermoso y rubio, e iba esmeradamente vestido; a su lado caminaba otro, que parecía su Cicerone.

—Mira —exclamó el primero—, ¿no me decías que en este barrio aislado, en estas calles solitarias, nada hallaría de notable? pues sin embargo, nada he visto entre las maravillas de Sevilla que se pueda comparar a ese tipo de la verdadera belleza española, a la cara de esa joven que aparece en aquel marco de flores. Llévame su casa.

—¡Oh! Milord —respondió el Cicerone—, no es eso tan fácil como Vuestra Señoría piensa.

Las gentes que habitan este barrio son honrados y ásperos tejedores, que así dan entrada un extraño en sus casas, como San Pedro a los Judíos en el cielo. Además, nada encuentro o de particular en esa cara. ¡Ah! señor, señor esas rosas silvestres está llenas de espinas Créame Vuestra Señoría, señor, busque otro entretenimiento, porque Fernando VII con ictericia¹ tiene poco poder entre estas gentes, orgullosas con su probidad como un Duque con su nobleza.

—No obstante —replicó el Inglés—, no te romperán las costillas por llegar a hablarla.

Anda, que si te dan de palos, yo te indemnizaré.

El Cicerone se acercó, aunque con repugnancia a la casa, pero en el momento cerró Magdalena la ventana. La candorosa niña había creído que las miradas del extranjero se fijaban en sus flores, lo cual le parecía muy natural: cuando comprendió ser ella su objeto, se retiró abochornada.

¹ Modo de llamar el pueblo a las onzas de oro con el busto del Rey.

II

El inglés se alejó de mal humor, pero la imagen de la hermosa sevillana no se borró de su memoria.

Hallóle el día siguiente paseando la calle solitaria en que la había visto, pero ni aquel día ni los que le siguieron vio en la reja sino las flores que, mecidas en sus tallos por una suave brisa, parecían decirle que no. El Lord G., que poseía millones para satisfacer sus caprichos, no podía comprender que su despótica voluntad se estrellase en el umbral de la humilde casa de una pobre.

—Tadeo —dijo un día a su condescendiente Cicerone, al desembocar con él frente á la casa en que vivía Magdalena—, me vas a introducir hoy mismo en esa casa, o si no te despido.

—¡Señor —dijo Tadeo todo asustado—, ¿cómo quiere Vuestra Señoría que lo haga...?

—¡Eso es cuenta tuya!

Después de algunos instantes de ansiosa reflexión, dióse Tadeo un golpe en la frente, dejose de pronto caer en el suelo, y empezó a gritar y lamentarse de tal manera, que todos los vecinos salieron de sus casas y le rodearon, mientras gritaba sin tomar aliento:

—¡Ay mi pierna! ¡mi pobre pierna! ¡Ah! señor, yo no puedo pasar de aquí; ¡que me entren, por caridad, en la casa más próxima!

El inglés permanecía inmóvil, no pudiendo hacer otra cosa en aquella escena ridículamente criminal, que desde luego comprendió, sino conservar su gravedad.

—A ésta, a ésta, que es la más cercana, —dijo Tadeo arrastrándose hacia la de Magdalena.

El Inglés le siguió.

Magdalena y Micaela, la hermana de su madrastra, a quien aquélla y Fernando llamaban su tía, salían en aquel momento presurosas a recibir al herido, con todas las muestras del más vivo interés y de la más sincera compasión. La anciana le trajo una silla.

—No puede usted andar —le dijo—, está usted pálido como un difunto.

Blas —añadió dirigiéndose al joven que había ayudado a Tadeo a levantarse—, anda en busca de un cirujano.

Temeroso al oír esto Tadeo de que acudiendo en efecto un facultativo se descubriese su superchería, y calculando por otra parte que ya estaba conseguido su objeto, cambió de táctica y se apresuró a decir:

—Ya me siento mejor; a Dios gracias va pasando el dolor y sin duda ha sido sólo un esguince. No es necesario que nadie se incomode en ir buscar a un médico.

—Es usted sufrido y valiente como un mártir —repuso Micaela—; pero se conoce que está usted padeciendo mucho. ¡Vean ustedes cómo tiembla el infeliz!

—Blas, ¿has vuelto?

—Señor —exclamó Tadeo apurado—, ¿no es verdad que ya estoy bien?

Mas aquel a quien apelaba en su apuro no le oía. Apoyado en la pared, los brazos cruzados sobre el pecho, estaba absorto contemplando a Magdalena.

En el rostro encantador de aquella joven se unían la inocencia y la -viveza, como en una joya las perlas y los brillantes. Sus miradas revelaban un tesoro de compasión y de bondad, mal empleado por cierto en aquel hombre, que tan indignamente la estaba engañando. Con un vaso de agua y vinagre en la mano, hizolo tomar a Tadeo, y éste, así que lo hubo bebido, fingió grandes esfuerzos para conseguir levantarse; logrolo al fin, aseguró que con la ayuda de un palo podía andar, dio gracias a aquellas buenas mujeres y se alejó cojeando, seguido de su señor, que, durante toda esta escena, no había desplegado los labios.

III

El día siguiente aparecieron el Lord Inglés y Tadeo en casa de Magdalena.

—Mi amo —dijo al entrar el segundo sirviendo de intérprete— estaba ayer sobradamente asustado y conmovido para poder expresar a ustedes su agradecimiento por los servicios que le han hecho en la persona de su humilde criado. Venimos, pues, hoy a cumplir las obligaciones que impone la gratitud. Mi amo es rico, riquísimo, nadie le hace un favor o le presta un servicio sin sentir los efectos de su generosidad. Le afligirían y ofenderían ustedes si rehusasen admitir esta pequeña muestra de su agradecimiento.

Diciendo esto, les presentaba hermosos regalos, entre los cuales sobresalía una preciosa peineta de carey, adorno favorito de las españolas de todas las clases sociales de aquella época.

Micaela estaba absorta; Magdalena, ruborizada de sorpresa y alegría, con rápido movimiento cogió la peineta, pero un instante después la soltó, retirando la mano como si se hubiera quemado.

—Pero —dijo—, ¿gratitud?, ¿y de qué? ¿Cómo la hemos merecido?, ¿por un vaso de agua y vinagre?...

No, no podemos tomar estos ricos regalos.

—Tienes razón —dijo Micaela—, no los hemos merecido.

—Pero en fin —repuso Tadeo—, como este caballero es tan generoso y el rehusar le podría parecer una ofensa, sería injusto herir a una persona que no desea sino agradar a ustedes.

La visita se prolongó. La vieja se deshacía en elogios al Lord. Magdalena, avergonzada, no se atrevía a tocar los hermosos regalos, pero sus ojos se fijaban involuntariamente en la peineta y su sencillo corazón latía bajo su modesto, pero limpiísimo jubón.

Excusado es decir que durante todo este diálogo el inglés no apartó ni un instante la vista de Magdalena y que sus ojos procuraron hartamente dar a entender a la preciosa andaluza lo que sus labios no podían expresarle.

Comprendiendo al fin que la prolongación de su visita no tenía ya explicación plausible, levantose y se despidió, con ademanes los más afectuosos, alejándose seguido de su Cicerone, pero quedando más y más prendado de la humilde artesana.

IV

Apenas se hubieron ido, levantose Magdalena precipitadamente de su silla y se apoderó de la peineta, corrió a su espejo, y rodeándose a la cabeza su soberbia trenza, negra como el ébano, la sujetó con ella, saltando y riendo de gozo.

—Mire tía —exclamaba—, es una peineta digna de una Marquesa.

Entretenida en su inocente contemplación, pasaron algunos minutos sin que viese a su hermano, que apareciendo en la puerta se había detenido en el umbral al oír lo que decía, y tenía fijos en ella sus ojos con dolorosa sorpresa.

—¿Cómo está esa peineta en tu poder?, —le dijo después de un momento de silencio.

Contole entonces Magdalena lo ocurrido; pero apenas concluyó, cuando, arrancándole su hermano la peineta de los cabellos, la tiró al suelo, y pisoteándola la hizo mil pedazos. Quedó Magdalena petrificada de sorpresa, y temor.

—¿A qué viene esa violencia, insensato? —exclamó Micaela encolerizada. Una prueba de gratitud por un servicio que se ha prestado.

—¡Servicio —dijo Fernando—, un vaso de agua y vinagre!... ¡y admitir esto de un desconocido! ¿Dios mío!, ¿qué es esto? Créeme, Magdalena, —prosiguió dirigiéndose a su hermana, que lloraba a lágrima viva—, esa peineta te afeaba, y mira que te lo advierto: si ese extranjero o su criado se atreven a volver a pasar el umbral de mi puerta tú y él os arrepentiréis.

V

Junto a la puerta de Jerez se hallaba entonces la Posada Nueva de las Diligencias. En una de sus mejores habitaciones, echado sobre una silla, con todas las muestras de una viva impaciencia, Lord G. golpeaba el suelo con sus relucientes botas.

—Pero, ¿qué razón da ese orgulloso menestral para prohibirnos a entrada en su casa? —preguntó a Tadeo, que había un cuarto de hora estaba en pie delante de él presentándole un vaso de Shrob.

—Señor —contestó el interrogador—, aquí son más precavidos y maliciosos que en el país de Vuestra Señoría. ¿Piensa Vuestra Excelencia que no sospecha el motivo de sus regalos? Señor, permita Vuestra Señoría que humildemente le dé un consejo, es que desista de una empresa que es más difícil y arriesgada de lo que parece, y busque amores menos peligrosos en la sociedad que trata.

—Tontería —dijo el Lord, y prosiguió como hablándose a sí mismo—: La Condesa R., a pesar de su escasa estatura, me mira de alto a bajo porque mis abuelos no mataron moros. La señorita N. se ríe en mis barbas porque pronuncio mal el español. La señorita M. rehúsa walsar conmigo y enseguida lo hace con un cadetito, a quien ya hubiera yo desafiado si tuviese pelo de barba. La señorita P., a quien me declaré noches pasadas, me dijo haciendo una mueca: —A ave que va de paso, cañazo—. Todas son graciosas y bonitas, pero altivas y burlonas. Además ¿cuál de ellas se puede comparar a Magdalena?

—Pues, sin embargo, señor, le aconsejo a Vuestra Señoría que la olvide.

—Y yo te aconsejo a ti que calles, —dijo el Lord.

Tadeo volvió a su papel de criado mudo, presentando siempre el vaso de Shrob.

Después de algunos instantes, el Lord dijo a Tadeo:

—Es menester ganar a ese hermano rebelde. Tú dices que están en la miseria; ofrécele oro, todo el oro que quiera.

—¡Oro! —replicó Tadeo—. ¡Ah, señor! No conoce Vuestra Señoría a esas gentes; con su obstinada probidad y sus ideas de honra son incorruptibles los muy zopencos.

—Tadeo —repuso el Lord, en quien las contradicciones llevaban al extremo la pasión, —¡Magdalena ha de ser mía! Diez mil duros daría sólo por verla un momento a solas.

Tadeo dio un paso atrás, abrió la boca y los ojos cuanto dieron de sí, el vaso que tenía en el plato cayó y el Shrob se derramó sin que él lo advirtiera.

—Señor —dijo al fin—, no he oído bien, o si he oído no lo he comprendido. ¿Cuánto ha dicho Vuestra Señoría?

—Diez mil duros, —replicó el inglés.

—¡Diez mil duros! —repitió Tadeo—, ¡doscientos mil reales!

Y volvió la cabeza a todos lados para asegurarse de si soñaba o estaba despierto. En seguida cogió su gorra y salió precipitadamente murmurando:

—¡Diez mil duros!, ¡pues ahí es nada! ¡y el corretaje (es claro) será a proporción!

VI

Tadeo corría por las calles tropezando con los pacíficos transeúntes, los cuales unos lo enviaban al diablo y otros le echaban a empujones al medio del arroyo. Antes de aventurarse a entrar en casa de Magdalena, preguntó en la vecindad dónde estaba Fernando. Le dijeron que trabajaba con su maestro en el reparo de un molino de aceite del pueblo de Camas, a algo más de media legua de Sevilla. Veníale esto a maravilla. Entró en casa de Micaela.

—¿No os he dicho—le manifestó ésta así que lo vio— que me está prohibido abriros la puerta?

—No entraría por ella —contestó Tadeo— aunque me fuese abierta de par en par como lo está la del Perdón, si no fuera porque es menester absolutamente que os hable. Tengo que comunicaros un asunto del mayor interés. Id enseguida a la Alameda Vieja, allí os aguardo.

Micaela le hizo una señal de inteligencia y el mensajero de amor se dio prisa a alejarse.

La Alameda Vieja es un hermoso paseo, situado dentro de la Ciudad, que la moda caprichosa ha abandonado. Consiste en cuatro hileras de soberbios álamos negros, y lo adornan tres bellas fuentes de mármol. A la entrada se alzan dos altísimas columnas romanas que sostienen las estatuas de Hércules y de Julio César.

Concurren ya solamente a él algunos ancianos de los alrededores, que van a tomar el fresco por las tardes, sentándose en los bancos de los aguaduchos, resplandecientes de aseo, que allí existen, y en que encuentran los parroquianos agua fresquísima, con anises o panales; y suelen prestarle animación algunos niños que lo hacen teatro de sus bulliciosos juegos, y en quienes están seguros de encontrar benévolo auditorio los infelices que, a cambio de solazar sus bienhechores con trovos, coplas y recitados populares, entonados con mejor voluntad que fortuna, impetran la caridad pública.

El día a que nos vamos refiriendo, un gran grupo de muchachos rodeaba a un pobre inválido que, acompañándose a la guitarra, recitaba estas canciones de la época de nuestra guerra de la Independencia, en que parecía haber sido desgraciado y valeroso actor:

1ª

Napoleón, por traidor bien señalado;
Junot, sin su Ducado y escondido;
Del Trinquete Murat desarbolado;
Lefebre, en Zaragoza destruido;
Moncey, sobre Valencia derrotado,
Y Dupont, en Bailén roto y rendido:
Así vé Europa, de sorpresa llena,
Los héroes de Austerlitz, Marengo y Jena.

2ª

Daoiz y Velarde, dando el Dos de Mayo
El grito de española valentía;
Apodaca con Morla, siendo rayo
Que de Cádiz fulmina en la bahía;
Castaños, Palafox, que sin desmayo
Vencen en Aragón y Andalucía:
Héroes que a Napoleón causan espanto
De Dios, de Patria y Rey al nombre santo.

Aquí llegaba el inválido, cuando Tadeo aparecía en la Alameda, tan absorto y preocupado, que no reparó en aquél, ni en los que embebecidos pendientes de sus palabras le rodeaban.

Nuestro Mercurio se paseó un corto rato, sumergido en profundas reflexiones, de las cuales le sacó una voz conocida.

—¡Ah! Señor Tadeo —dijo la vieja, que venia llorando—, usted ignora hasta dónde llega nuestra desgracia. Acaban de apuntar a Fernando para el sorteo de la Quinta. ¡Ah, Dios mío!, ¿qué será de nosotras si tiene la mala suerte de salir soldado?

—Ya yo lo sabía —dijo el astuto Tadeo contentísimo con esta noticia—, y vengo a evitar esa desgracia. Podrán ustedes poner un hombre en su lugar. ¡Cuán felices son que van a convertirse en una familia rica y considerada! Mi amo les da diez mil duros.

—¡Diez mil duros! —dijo Micaela—, señor Tadeo, ¿viene a burlarse de mí?

—Fácil le será a usted convencerse de la verdad cuando reciba el dinero peso sobre peso. Ustedes a su vez procuren demostrar su agradecimiento. Persuada usted a Magdalena que lo reciba bien cuando vaya mi amo a verla...

—¡Qué infamia; señor Tadeo! —exclamó Micaela.

—¡Qué infamia ni qué niño muerto —repuso Tadeo— la verdadera infamia es morir de hambre. Usted es pobre, pobrísima: ¿quiere usted salir de su miseria?, ¿sí o no?

—Pero, ¿y Fernando? —dijo la vieja.

—Fernando no lo ha de saber —respondió Tadeo—; Magdalena será rica y la podrá usted casar con algún hombre de bien; conmigo, por ejemplo.

—Pero —replicó Micaela— nuestra rápida fortuna causaría sospechas.

—En todo hemos pensado, señora; yo traeré a usted al mismo tiempo que el dinero un billete de la Lotería y usted dirá que ha ganado el Premio grande.

—Pero...

—¡Jesús!, qué de dificultades pone usted, sin reflexionar que hay muchas muchachas bonitas en Sevilla, y que mi amo puede hallar en cuanto quiera gentes más racionales que ustedes.

Después de algunos reparos se pusieron de acuerdo y la vieja prometió venir a verse con Tadeo en el mismo sitio al siguiente día.

Sería menester dar tormento la imaginación para reproducir las razones, las persuasiones, los sofismas con que la vieja condujo a Magdalena al fin que se había propuesto. Pero sus principales, sus eficaces seducciones fueron la ciega y pura inocencia y el amor a su hermano que atesoraba la preciosa niña.

VII

Protegido por la ausencia de Fernando, y por una noche negra como el crimen, el Lord G, entró con gran sigilo y sin obstáculo alguno en aquella casa humildísima, pero que durante siglos habla sido el santuario de la honradez y la virtud. Un joven tejedor que vivía enfrente, Blas, el mismo que había ido a buscar al médico el día de la fingida contusión de Tadeo, y que desde entonces había observado recelosamente las idas y venidas de amo y criado, porque amaba perdidamente á Magdalena, si bien la indiferencia que ésta le demostraba le había hecho encerrar su amor en lo más profundo de su corazón, hallábase contemplando desde el fondo de su cuarto la reja de su amada, y la visita nocturna del Inglés no pudo escapar a sus penetrantes miradas.

—¡Oh —exclamó con rabia—, por esto se me desprecia!

Y saliendo precipitadamente de su casa, dirigióse a las viejas murallas morunas de la Ciudad, bajas y destruidas desde la puerta de la Barqueta hasta la de San Juan, saltolas, corrió a Camas y encontró a Fernando sumergido en un profundo sueño.

—¿Duermes? —le dijo sacudiéndole por los hombros—, ¿duermes como un muerto cuando deberías vigilar a tu hermana?

Instantáneamente despertó Fernando. Su sangre, que circulaba, tan sosegadamente, empezó a hervir en sus venas y se agolpó toda a su corazón...

—Pero mi tía —dijo— está con ella.

—Un rico inglés es el que está con ella en este momento, —replicó Blas con acerba sonrisa.

—¡Mientes! —gritó Fernando saltando de la cama.

—¡Que miento! —dijo Blas—, ¡ven conmigo y verás si miento!

—Vamos —repuso Fernando—, pero si mientes, prepárate a que te arranque la lengua, que injurió a mi hermana. Lo juro por el alma de mi madre.

Volaron a la Ciudad. Paráronse a la puerta de la casa de Fernando, como dos negras nubes precursoras de una tempestad. La débil vislumbre del crepúsculo hacía ya los objetos más distintos, cuando oyeron el ruido de un cerrojo que descorrían con precaución. Ocultáronse en la sombra y entonces se abrió

la puerta y vieron salir un hombre de elevada estatura embozado en su capa. Fernando se precipitó hacia él, pero Blas le detuvo.

—Tienes razón —dijo Fernando—, estoy sin armas, y podría escapárseme.

Y, desprendiéndose de su compañero, entrose precipitado en su casa.

Magdalena, en el mayor desorden, estaba tendida en el suelo, el rostro contra la tierra, y cubierta con sus soberbios cabellos negros, como con un velo fúnebre. Junto a ella estaba Micaela y parecía querer consolarla.

Fernando, al verla se lanzó a ella, la agarró, la levantó del suelo la volvió a dejar caer.

—Maldita seas en esta vida y en la otra —dijo con voz trémula, de ira—; pero ¡qué veo! —añadió reparando en un saco puesto encima de la mesa—, ¡dinero! ¡Jesucristo! ¡dinero!!! ¿No te lo anuncié cuando te rompí la peineta...? ¡Mira al Cielo!, ¡mi madre llora sobre ti, mi padre te maldice!... ¡nos has perdido a ambos. ¡Te lo avisé, Magdalena! ¡Infeliz! Ya no me volverás a ver.

Magdalena dio un grito y alzó sus ojos desatentados. Fernando había desaparecido.

VIII

Al día siguiente había gran fiesta en la Posada de las Diligencias. El Lord G. daba una comida a una porción de compatriotas suyos, Oficiales de la Guarnición de Gibraltar recién llegados a Sevilla. A los postres trajeron nuevos vinos y reinó suma franqueza. Cuando la conversación, recayó, como es costumbre entre jóvenes, sobre aventuras amorosas y se trató del honor de las mujeres con la misma ligereza con que se bebían las copas de Champagne, el Lord G. dijo con aire de triunfo:

—Muy caro cuesta acercarse a las bellas de Sevilla. No me ha bajado a mí de dos mil libras;—y refirió su aventura, que excitó grandes risas y chanzas.

Entretanto nadie había reparado en un hombre del pueblo que se mantenía inmóvil en el umbral de la puerta. Sobre la palidez mate de su semblante, hermoso varonil, centelleaba con febril ardor el fuego de sus ojos.

—¿Conque es usted señor Tadeo el que urdió esta intriga coronada de éxito tan feliz? —preguntó uno de los jóvenes ingleses al criado de Lord G., quien le hizo una humilde reverencia, sonriéndose modestamente.

—¡Valiente milagro! —dijo otro—, ¿con dos mil libras en la mano creéis que hay albañil, ni muchacha del pueblo que resista? ¡A la salud de vuestra Magdalena, Milord! —Y entrechocando los vasos brindaron.

—¡En memoria de Magdalena! —dijo una voz fuerte y sorda.

—¡Ah me han asesinado! —exclamó el Lord G. cayendo con el pecho atravesado en brazos de sus amigos.

—Y aquí está vuestro dinero —continuó la misma voz arrojando un saco sobre la mesa con tal impetu que platos, botellas vasos saltaron en mil pedazos. Decid a vuestros paisanos —añadió—, que el honor de una familia honrada no se compra en España con oro.

—Apoderaos del asesino —gritaron los ingleses lanzándose sobre él.

—Amigos —dijo el moribundo—, dejadle que huya, facilitadle los medios de hacerlo. Se ha conducido como un hombre de honor. ¡Salvadle; es mi último deseo!

Fueron éstas también sus últimas palabras.

IX

—No se pasa —dijo el centinela de la puerta de la cárcel pública, situada entonces en la Calle de las Sierpes, a un joven que pretendía entrar.

—Puedo hacerlo —repuso éste—, acabo de matar a un inglés.

El centinela quiso apoderarse de él.

—Déjame —le dijo—, por mi propia voluntad he venido; considera si he de querer escaparme.

X

La noticia de este terrible suceso cundió rápida por Sevilla, y sólo se hablaba de él.

Uno de los más célebres abogados interesado por Fernando, fue ofrecérsele, para encargarse de su defensa; pero todas sus gestiones tenía para que le suministrara los medios de hacerlo fueron inútiles.

—He matado, y debo morir —respondía Fernando a todos sus argumentos. Por otra parte —añadía—, ¿quién puede volverme la honra de mi hermana? Sin ella no quiero vivir: las generaciones se han sucedido en mi familia, sin que nuestro pobre, pero honrado nombre se haya nunca manchado. Más vale la muerte, que ha de darme la Justicia, que no la infamia y el remordimiento.

No fue posible sacarle de estos razonamientos, y el abogado hubo de retirarse, sin conseguir su noble objeto, y habiendo podido sólo obtener de sus averiguaciones que Fernando había tenido que empeñar el único objeto de algún valor que poseía, recuerdo de su Madre, para adquirir el puñal con que dio muerte al inglés.

A la observación que el Abogado le hizo de por qué había recurrido a este medio cuando en su poder un saco de oro, contestole Fernando entre indignado y sorprendido: —¿Había yo de tocar al precio de mi deshonra? ¿Al dinero del vil seductor?

XI

Por entre los naranjos cuajados de azahar, que orlan el río junto a Sevilla, navegaba un buque precioso y ligero como el ensueño de un niño. El sol naciente lo iluminaba como la esperanza los primeros días del amor. Sus blancas velas se henchían de aire puro y embalsamado.



Litografía del Puerto de Sevilla en el siglo XIX.

La bandera inglesa, ostentando orgullosa sus vivos colores, ondeaba con gallardía y parecía gozar de aquella brillante atmósfera... Pero aquel buque llevaba un féretro, un féretro de plomo que contenía los restos de Lord G. ¡Tal solemos contemplar a una bella y elegante dama que baja la corriente de la vida con la sonrisa en los labios y la serenidad en la frente, mientras que encierra su pecho el peso abrumador de un corazón muerto a impulsos de una pena desgarradora e implacable!

XII

En la plaza de San Francisco estaba erigido, en tanto, el patíbulo. Veíase expuesto en él a un hombre, cuyos miembros colgaban con una indefinible expresión de cansancio de la vida.

Su cabeza, poco antes erguida y noblemente altiva, el verdugo la había humillado. Una multitud compasiva y atónita contemplaba el cadáver con horrible anhelo. ¡Singular lección de moral pública!!

Cuando el sol, que luce con la misma indiferencia sobre las dichas que sobre las desgracias de los hombres, se sumergió en su ocaso, las personas más ilustres de Sevilla cumplieron su deber de Hermanos de la Caridad bajando el cadáver y enterrándolo. ¡Honor que a los Reyes no da su corona, pero que la caridad cristiana tributa a los infelices marcados con el sello de la infamia!

Vino la noche a extender sus fúnebres sombras sobre el sitio de aquella horrible catástrofe. Un hosco silencio reinaba en la plaza, sólo interrumpido por la fuente, que murmuraba como un niño inocente que todavía no ha comprendido el horror ni el padecer, y por la campana del Convento de San Francisco, que daba las horas de un modo tan lúgubre y solemne como si cada una estuviese destinada a señalar alguna nueva desgracia.

Dos serenos se encontraron próximos a aquel sitio.

—¿Vas a la plaza? preguntó el uno.

—Bien quisiera no ir —replicó el otro—, porque me repele el cadalso.

—No vayas —dijo el primero—, allí hay una alma en pena. Estos ojos que ha de comer la tierra la han visto con su mortaja blanca; yo mismo la he oído gemir. ¡Sería el alma del infeliz Fernando!

—Iría, sin duda —observó el otro—, a la Sala de la Audiencia, donde tan inicua mente lo sentenciaron!

—¡Dios tenga misericordia de su alma!

—Amén —exclamaron ambos, y se separaron siguiendo cada uno, una calle distinta, y gritando:

—¡Ave María Purísima, las doce y media y nublado!

Cuando vino el día a descubrir los misterios de la noche, viose tendida al pié del patíbulo, abrazada estrechamente con uno de sus maderos, a una hermosísima joven, rígida ya por el helado soplo de la muerte.

¡Era Magdalena, la infeliz Magdalena!

EPÍLOGO

El tiempo y el olvido, bálsamo a la par y azote del hombre, sepultaron no mucho después estos sucesos, como todos los de la vida humana. Nada quedó de ellos sino esta exclamación, de nuevo repetida, en boca de los ingleses: — ¡Los Españoles son asesinos!

A lo cual replicamos nosotros, repitiendo asimismo a nuestra vez una frase hoy muy citada: —¡Así se escribe la historia!

UN SERVILÓN Y UN LIBERALITO, O TRES ALMAS DE DIOS:

NOVELA

FERNÁN CABALLERO

18 cent

12.74.684



UN SERVILÓN Y UN LIBERALITO,

ó

TRES ALMAS DE DIOS:

NOVELA

POR FERNAN CABALLERO.



1863.

IMPRESA DEL ESTABLECIMIENTO DE MELLADO,

A CARGO DE D. JOAQUIN BERNAT.

Costanilla de Sta. Teresa, núm. 3.—Madrid.

Portada de la edición de 1863 de *Un servilón y un liberalito* de Fernán Caballero.

Capítulo I

EL CASTILLO DE MNESTEO

Souvent a l'aspect d'une belle
contrée on est tenté de croire
qu'elle á pour unique but d'exciter
en nous des sentiments
élevés et nobles.
MADAME DE STAEL.

Al contemplar una hermosa
vista, suele uno sentirse llevado
a creer que es su único objeto
excitar en nosotros sentimientos
elevados y nobles.

Ya en otra ocasión hemos hecho mención del antiguo castillo de Mnesteo, que existe en el Puerto de Santa María, y pertenece a los Duques de Medinaceli. Fue llamado de Mnesteo por haber sido construido por un príncipe fenicio de igual nombre. Pasó después a la dominación romana: luego a la de los moros; hasta que en 1264 lo conquistó el Rey D. Alfonso el Sabio, para cuya conquista le alentó, apareciéndosele la Virgen de los cristianos; en memoria de lo cual dio el sabio y religioso Rey su venerado nombre a aquella población, perdiendo así la bautizada villa su pagano nombre de Mnesteo.

Mas si interesase ahora a alguno de nuestros lectores penetrar con nosotros en su recinto, le serviremos gustosos de cicerone. Haremos aun más; toda vez que en ello le complazcamos, le haremos conocer a sus moradores, y tendremos, según la expresión de una amiga nuestra de infinito talento y gracia¹, un rato de comadreo.

Sentimos que a fuer de verídicos no nos sea posible divertir al lector con una descripción lúgubre y medrosa en el género de las de la autora inglesa Anna Radcliff, en vista de que, según dice Custine, *l'imagination aime á frémir* (la imaginación gusta de extremecerse). Porque opuestamente, para ser verídi-

¹ La señora Doña Espíritu Santo Moreno de Escalante.

cos, tenemos que descender a los pormenores más sencillos, más cándidos, y si se quiere, más triviales de la vida común, si hemos de describir el estado actual del castillo, de este adalid muerto y petrificado, de este grandioso y fuerte esqueleto con pies fenicios, cuerpo romano, cabeza morisca y brazos españoles, que ostenta el Puerto como antiguo y noble blasón de cuatro cuarteles sobre una eminencia, a la entrada de su río Guadalete, a cuya orilla y al amparo de su valiente defensor, se ha ido extendiendo la población, como crece el vástago a la sombra del árbol que lo cría.

Al penetrar en el recinto por la puerta que se halla en la gran plaza a que da nombre, esto es, la plaza del Castillo, se atraviesa un pequeño espacio, se suben unas gradas, y se entra en el compás que precede a la iglesia, que es el punto céntrico del edificio. Fórmala un espacio grande, abovedado, cuyo techo está sostenido por enormes pilares, sin tener más luz que la que recibe por una gran ventana que está al pie de la iglesia, y la toma de un corral interior. No hemos podido averiguar el primitivo destino de esta vasta pieza: si fue aduana, lonja, mezquita o almacenen que se depositasen víveres. Hoy es el adornado, bendito y recogido santuario de un culto sostenido y devoto, al que con gran asiduidad concurren los habitantes de la ciudad.



Castillo de San Marcos, en el que *Fernán Caballero* localiza la acción de *Un servilón y un liberalito*. Grabado de la época. Colección Luis Suárez.

A la derecha del compás hay una escalera empinada que conduce a lo alto. La plataforma o azotes que está sobre la iglesia, constituye un gran espacio enladrillado, que fue, —y conserva aún hoy día el nombre— de *Plaza de Armas*. Alrededor de esta plazoleta están las habitaciones que fueron morada de los caudillos, y salas de armas; y que hoy subdivididas forman habitaciones. Vive en la mejor el capellán del castillo; en otra el sacristán; en otra un maestro de escuela; en la más pequeña una anciana viuda: todos tipos los más genuinos de gentes pacíficas; por lo cual uno de los formidables torreones se ha convertido en oratorio, otro en cocina, otro en palomar y otro en jardín. ¿Cómo, pues, amalgamamos con estos objetos la aparición de un moro feroz llevando su cortada cabeza debajo del brazo o de un formidable caudillo cristiano entre cuya celada se divisase una calavera siniestra? ¿Cómo podrían oírse gemidos ni amenazas entre las bóvedas y escaleras de aquellas torres, en que tan pacíficamente cuelgan los chorizos y ristras de pimientos, en que tan amorosamente arrullan los palomos; en que unidas están las almenas con las flores, a las que sirven de reclinatorio, y que por ellas han olvidado de un todo dardos, flechas y arcabuces; en las que tan suaves suenan las preces, y con tan esforzado *¿qué se me da a mí?* ¿retumba el doméstico almirez?... No, no; allí no hay malos espíritus, asombros ni horrores: las oraciones, el sol de Dios, la paz material y la del alma, las buenas conciencias y las flores los han ahuyentado.

Si nos asomamos por la ventana de la sala del capellán, que está a la derecha de la plaza de armas, vemos un corral, que sería quizás el cementerio en tiempos de guerra, convertido en un diminuto huerto, presidido por una aislada y austera torre cuadrada, en la que se han amontonado gran cantidad de huesos de bizarros cristianos y valientes moros enterrados en aquel lugar. En cuanto a los huesos romanos que allí puedan hallarse, deben bailar de contento, al considerar que la tierra, a fuerza de oír su famosa plegaria, *de que les sea ligera*, se ha ido aligerando hasta el punto de no cubrirlos. Los honrado moradores actuales del castillo suplicaron atentamente a estos huesos errantes que cediesen su sitio a las coles y rábanos, a la yerbabuena y al perejil; y que se fuesen apiñando en amor y compañía en aquella torre, testigo de sus hazañas. Los huesos no se negaron a acceder a lo que con tan buen modo se les pedía, y allí están sin que nadie se meta con ellos, sino unos preciosos conejos caseros, que viven, juegan y procrean alegre y pacíficamente a su lúgubre sombra.

Necesaria, es, pues, una fuerza de abstracción, —que no le es dada sino al historiador o al anticuario—, para poder prestar todo el vivo y solemne colorido

do de su heroico pasado, a aquella mansión de sol, de flores, de paz y silencio, de lindos animalitos caseros y de buenos vecinos.

Hasta los ecos que repitieron los bélicos sonidos de trompas y clarines, han caído en un obstinado mutismo, no queriendo descender a alternar con el canto del gallo, cantor que cual no otro, cumple con una de las primeras reglas de su arte, que es la de echar la voz; con la algarabía de las golondrinas que charlan hasta por las alas; con el ronco y poco armonioso arrullo de los palomos, amantes formales, fieles y comedidos; ni con los destemplados arranques de los patos poco filarmónicos, que sin la más mínima aprehensión, hieren el aire que los rodea y los oídos que los oyen; pero ni aun con los alegres cantares del canario saltimbanqui, que prefiero a las de laurel, coronas de jaramago.

Un lugar hay, sin embargo, en que la mente deja de sonreír, y el alma se eleva ampliamente a otras esferas. Es esta la plataforma de las altas torres, que coronadas de sus almenas, se alzan erguidas en su ancianidad y abandono, tan bellas, tan derechas y tan señoras, como cuando dominaban y defendían el país.

La vista que desde su altura se descubre admira, eleva, embelesa; y si nos es permitido decirlo, deslumbra. ¡Tal es el esplendor de la atmósfera, del cielo y de la mar, la lontananza de los horizontes, la belleza de los objetos, y lo grandioso del inmenso paisaje, que desde aquellas alturas se presenta a la vista!

Al lado del Sur, se extiende en toda su majestad y su brillo el mar, que hacia la izquierda viene a ostentar sobre la barra que precede al río Guadalete el garbo de sus olas y la blancura de sus espumas. Al frente se ve a Cádiz, que aunque distante dos leguas, muestra claro sus tersos y delineados contornos, como dibujados con firme pulso en el esmalte del horizonte.

A la izquierda, siguiendo con la vista el recto camino real por medio de un verde coto, se llega con él, a las dos leguas, al elegante Puerto Real, y siguiéndolo después en su curva, se llega a la isla, o ciudad de San Fernando, donde muere entre albinas la bahía, dejándoles por legado gran cantidad de la afamada sal, que en blancos montes apiñan. En lontananza se extiende Chiclana en su llano, llevando por bandera una ruina, que fue lindísima capilla de Santa Ana, y se encarama Medina en su monte, como vigilando sus verdes campos y sus ganados.

Volviendo la vista a la derecha, se ve subir la carretera en suave cuesta por entre viñas y arboledas, la que más adelante se arrastra por ricos campos de trigo, hasta llegar a Sanlúcar de Barrameda.

Al Norte, esto es, en dirección opuesta al mar, vese el camino de Jerez atravesar la vega, derecho como el que quiere llegar pronto, y torcer después a la derecha, para salvar los altos cerros, en cuyo seno se ocultan las magníficas canteras que hace tantos siglos están formando los edificios que levanta el hombre, y dedica ya al culto, ya a labrarse sus moradas; y después de pasar cerca de lo que fueron ruinas del castillo de doña Blanca, desaparece detrás del monte.

Este castillo, de que apenas resta vestigio, fue edificado por D. Alonso el Sabio sobre una eminencia que dominaba el río; pero el río ha tomado las de Villadiego como un desertor, si no a sus banderas, a su cauce. Relevado por consiguiente el castillo del cargo de vigilarlo, cansado de su soledad y de su *farniente*, se ha caído como una barraca sin respeto a su poético nombre de Castillo de doña Blanca, nombre que debe a la tradición, que jura y perjura que en aquel solitario albergue encerró el Rey D. Pedro a la mujer que le faltó a la fe debida.

Vese también en la vega otro objeto lleno de *actualidad* y *palpitante de interés* (según se expresan en francés traducido los periódicos de la corte y sus socios de las provincias), se ve, sí, se ve, poniendo cuidado o sacando un anteojo de larga vista, el camino de hierro; pero... ¡qué chico!, ¡qué mezquino! Cuando enseguida se baja la vista, y se mira aquel castillo de otras edades, tan grande, tan fuerte y sólido; cuando se miran las iglesias seculares, allí, en Cádiz, en Puerto Real, serenas e inmutables entre huracanes, vicisitudes, guerras y siglos... y se comparan a esa moderna obra magna, no puede uno menos de considerar que mientras más se emancipa el hombre de Dios, más mezquinas, efímeras, e inconsistentes son, no solamente sus ideas, sino también sus obras.

Sirven de punto de vista a este cuadro del Norte, los montes de Ronda, que el San Cristóbal tiene á sus pies, mientras alza su cabeza entre nubes.

Esta vista toda es magnífica y grandiosa. Ostenta el país tan abierta y completamente sus contornos, como muestra su índole una persona franca. Todo lo alcanza la mirada, que después de vagar con delicia por la tierra, tan bella como la ha hecho Dios, se alza al cielo más bello aun, lleno de admiración y gratitud ofreciendo ambos al Criador; que agradecer es amar, y admirar es tributar homenaje.

Pero volvamos a bajar con cuidado para no perder pie, los vetustos y carcomidos escalones de las escaleras, y regresemos a la Plaza de Armas, la más

pacífica del mundo que conserva —a pesar de ser el más descarado anacronismo—, su nombre, como prueba palpable de la fuerza de la tradición.

A la derecha de la escalera está la habitación del sacristán, que es la menos buena, por tener luces a corrales; en esta es donde se halla el torreón, poco elevado, sobre cuyo turbante de almenas ha puesto la sobrina del sacristán una corona de flores.

Una vez en la Plaza de Armas, vemos a la izquierda la habitación de la viuda, dueña del corral de gallinas y del torreón—palomar, torreón bonachón que no se desdén de proteger al palomo perseguido por el gavilán, como protegió a príncipes contra reyes, a caudillos contra caudillos.

A la derecha está la habitación del capellán, que es la mejor, y tiene la hermosa torre ochavada que le sirve de oratorio, y donde la Virgen de la Paz la derrama en los corazones.

Al frente está la habitación en que vive el maestro de escuela D. José Mentor, con su buena mujer Doña Escolástica, y su buenísima hermana Doña Liberata.

No hemos querido describir las anteriores habitaciones, por no cansar al lector, que es probable que no sienta la simpatía que tenemos nosotros por el castillo de Mnesteo. Pero, en cuanto a esta, nos precisa describirla gráficamente, por ser en ella en la que van a tener lugar la mayor parte de los eventos que vamos a referir.

Después de atravesar la alegre y tranquila Plaza llamada de *Armas* por antonomasia, en la que en lugar de fieros hombres de guerra, se ven como ya indicamos, hermosos palomos que andan presumido, volviendo sus cabecitas para lucir los tornasoles de su plumaje, se entra en una pequeña antesala o pasadizo, que a la izquierda tiene una puerta, que da entrada a un cuarto con una ventana a la Plaza de Armas, y que es el que ocupa Doña Liberata.

Entrase por este pasadizo a la sala, que es lindísima, por tener al andar una azotea que domina la pescadería, la aduana, el muelle, el río, y va a descansar en el siempre verde coto de la orilla opuesta. La sala está aseadamente amueblada, con su estera, sus sillones de caoba, que cubren con una careta de tela de algodón blanco, unas crines contemporáneas de las de Bucéfalo, que cansadas de sentirse aplastadas, se esfuerzan por salir de su purgatorio. En el tintero hay una mesa *puritana*, sin ninguna clase de adornos sobre la cual se ve un nicho de caoba y cristales que encierra una hermosa efigie de la Virgen. En

la pared cuelga un cuadro, antiguo de poca estima como obra artística, pero de muchísima como objeto de veneración, que representa al Santo de la profunda y sincera devoción de la familia, de padres a hijos, San Cayetano.

Debajo de este cuadro, en otro de media caña pintado de negro, está un mamarracho con una banda azul y blanca, que pasa por el retrato de Don Fernando VII, y fue colocado allí por el dueño cuando la guerra de la Independencia.

A la izquierda, a los pies de la sala, hay una puerta pequeña, por la que se entra en la alcoba del matrimonio, la cual tiene ventana a la referida azotea, y no tiene nada de notable sino una cómoda papelerera vetusta y secular, cuya tapa viene a cerrarse en diagonal sobre una tabla angosta, en la que se ven un Crucifijo y algunos libros; y encima de la cómoda, colgado en la pared, otro cuadro de San Cayetano.

Esta alcoba tiene una puerta que comunica con un pasadizo triangular, en cuyo extremo está la entrada del valiente torreón convertido en cocina. ¿Quién vio nunca un caballero con cota de malla y lanza en ristre, convertido en ranchero? Con entrada a ese mismo pasadizo hay un cuarto pequeño con ventana a la Plaza de Armas, que sirve de comedor a la familia.

En este partido, (nombre que se da en Andalucía a cada una de las partes en que se divide un edificio grande, para que sirva a vecinos), vivía desde innumerables años la familia del maestro de Escuela. Ahora, pues, que conocemos el local, vamos a ocuparnos de los habitantes que han sucedido en él a fenicios, romanos y moros, y a los guerreros del sabio Rey; esto es, los gorriones y tórtolas que se han posesionado del nido abandonado por las águilas y milanos.

Es de suponer que, si los miembros de la Sociedad de la Paz tuviesen noticias de las transformaciones que en beneficio de ésta ha sufrido el descrito castillo, ese león hecho cordero, ese Hércules hilando, ese Aquiles vestido de Matrona, ese dragón narcotizado, lo hubiesen elegido para punto de reunión de sus sesiones; pues ciertamente con plena aprobación de sus habitantes se habrían podido anatematizar en aquella Plaza de Armas todas ellas, incluso, las flechas de Cupido.

Capítulo II

TRES ALMAS DE DIOS

Bienaventurados los pobres de espíritu.
EVANGELIO DE SAN LUCAS.

*Il est vrai que la grandeur selon
les hommes n'est pas le
grandeur selon Dieu.*
ALEXANDRE DUMAS.

Don José Mentor era, como ya hemos dicho, un Maestro de escuela. Los adelantos de la época atrasaron al pobre D. José: el colegio, la gratuita, la escuela mutua, aquellos rayos de las luces del siglo, le arrebataron todos sus niños como lo habían hecho los de Apolo con los de Niobe. Pero D. José no se descorazonó: siguió viviendo en su pacífico castillo, en su tranquilo hogar doméstico; con su mujer y su hermana, en paz y en gracia de Dios, tan confiados los tres en el Santo de su devoción, San Cayetano, ahogado de la Providencia, que a ninguno robó su desgracia un cuarto de hora de sueño.

Don José contaba con un vitalicio en que vendió una casa ruinosa. Consistía aquel en una peseta diaria —¿qué tal sería la finca?— vitalicio que con su imprevisión de niño, puso sobre su cabeza, sin acordarse de que su mujer y su hermana deberían probablemente sobrevivirle. Tenía algunos otros recursos; era el uno llevar del brazo a misa a una anciana extranjera ciega, por cuyo obsequio recibían tres cuartos; y era otro, algunas lecciones de leer y de escribir que daba a las Maritornes con pretensiones de ilustrarse, con lo que lograban leer novelas perversas, descuidar sus quehaceres y la aguja, y llevar calceatas con puntos. —Mire usted, niña, solía decir D. José a las talludas discípulas que hacían palotes, ¿ve usted esas viguitas del techo? Pues así deben ir, derechos y bien alineados.

Don José era feo, —preciso es confesarlo; que amor no quita conocimiento—; de un feo que llamaba la atención. Sus narices desmedidamente salientes y gruesas, necesitaban todo el extremado largor de la cara en que se ostentaban, para vivir en paz con la boca y la frente, sus vecinas. No eran menos lar-

gas sus orejas, ni menos gruesos sus labios, siendo el inferior colgante y pendiente como pabellón. Sus ojos pequeños, enterrados en gruesos párpados, tenían una expresión bondadosa, a la par que atónita o curiosa; lo que era debido a su sordera; y eran cobijados por unas cejas tremendas, que formaban un entrecejo formidable, que hubiera sentado bien en un busto de Júpiter, pero que estaban en la cara de nuestro buen D. José completamente fuera de lugar, y podían competir con la carabina de Ambrosio. Era alto, y su cuerpo se había torcido de una manera lastimosa, teniendo un hombro muy alto y otro muy bajo, como si se esforzase en probar que nada hay igual en este mundo —que es lo que le hace original—; ¡nada... ni aun los hombros en un mismo sujeto!

Sin embargo, cuando por Semana Santa o el día del Corpus, vestía D. José un frac negro que estrenó a principios del siglo, y salía pavoneándose y arras-trando los pies, su mujer y su hermana lo seguían con la vista al atravesar la Plaza de Armas, mirándose después con una sonrisa de satisfacción que parecía decir: *¡que se presente otro!*

Doña Liberata tenía la misma fealdad que su hermano, en pequeño, así como la misma sordera; aunque como mujer, era menos torpe, y se enteraba más pronto de lo que deseaba saber, o de lo que se le quería comunicar. Ligera, dispuesta, hacendosa, acudía a todo con paso menudo y precipitado, y ayudaba a los gastos, cosiendo ajeno. Nunca se había casado por no habérselo presentado ocasión, ni haberla ella buscado jamás.

Doña Escolástica era algo gruesa, muy pastorona, sin hiel, como los palomos pisaverdes, que paseaban la Plaza de Armas; de un feo menos subido, pero de una insulsez más marcada que su cuñada.

Estas tres personas tan semejantes, existían felices y bien avenidas en medio de sus escaseces, no amargaban su pan con quejas, ni su vida con apuros; y nunca se vieron en la triste situación, a que gradualmente fueron descendiendo, genios más alegres, ni índoles más apacibles: pues la alegría y la apacibilidad, las dan las conciencias limpias y la fe virgen y firme, que poseen los ricos de corazón y pobres de espíritu. Este su envidiable temple de alma, esta completa sumisión y confianza en Dios, crea la mansedumbre; y esta ahuyenta los angustiosos cuidados, los excesos de la sensibilidad, la hiel contra los hombres y las cosas. Y sobre todo, crea el hermoso don de la conformidad, que espontáneamente brota en las almas de aquellos, y que las cobija con su dulce sombra, sin que noten ellos siquiera que la tranquilidad de su espíritu es debida a la excelencia de sus almas, y que el epíteto burlesco de alma de dios con

que con tanta ligereza los ridiculiza el mundo, significa nada menos que haber llegado al apogeo del cristianismo. Ha dicho muy bien Dumas; que la grandeza, según Dios, no es la grandeza según los hombres. Por lo cual nada de extraño tiene, que a pesar de la bondad de los individuos que hemos descrito, ocupasen en la sociedad una posición más que subalterna, tanto por su clase, como por su pobreza, como por su desgraciado exterior, como por esas mismas virtudes, que desdeña el mundo, ese señorón que en nuestro globo se emancipa de su Creador, relegándole, —¡y gracias! —a los templos y a los libros no sin mofarse de los que sacan su santo nombre de la clausura de las obras teológicas, que no lee. Miran los hombres descreídos que a él pertenecen, estas virtudes de alto abajo, como miran los bullidores delfines y peces espadas que se agitan en la superficie del mar, a la perla que tranquila yace en el firme fondo.

La índole bondadosa y la falta de hiel de D. José eran tan conocidas en el pueblo, que para pintarla burlescamente, habían inventado sus paisanos, que necesitan poco para ejercitar su humor burlesco, el siguiente chascarrillo².

Contábase que D. José entró un día en su casa cuando menos se le aguardaba y halló a un amante con su mujer. ¿Qué hace el ultrajado marido? Coge en los brazos a su rival, le lleva al fin del paseo de la Victoria, esto es, de extremo a extremo del pueblo; allí le deposita en el suelo, y le dice con voz severa: —«¡Esto es por la primera vez! ¡Pero le prevengo a usted, que si otra vez le encuentro con mi mujer, que como me llamo José, y como espero salvarme, le llevaré hasta allí!» y le señaló un ventorrillo que se halla a un cuarto de legua. D. José, satisfecho con la reparación que había dado a su ultrajado honor, se volvió a su casa. Añadían que desde aquella época databa el desquiciamiento de los hombros del héroe de la aventura.

Para principiar nuestra relación desde el principio —como suele hacerse—, es preciso retroceder al año 1823, en cuya época estaban el castillo y sus habitantes idénticos a como los volveremos a hallar después, y a como los hemos descrito. Hay personas que no tienen juventud, así como hay otras que son jóvenes toda su vida, no sólo en su sentir sino hasta en su físico; jóvenes arrugados, modernizados con modas de París, embalsamados con ungüentos,

² Mucho hemos sentido ver en las gacetillas de un periódico de Madrid esta chuscada. Reclamamos en nombre de don José la invención sacada y aplicada por sus paisanos ex profeso para él, y no para un caballero gallego que en la gacetilla le usurpa su lugar. ¡Cómo corren los cuentos! No corren así las máximas, no.

encurtidos con esencias; a cuyos miembros no pesan, y a cuyas cabezas no sirven de lastre los años. Si a las primeras falta la fragancia de la primavera; a los segundos falta la madurez del otoño.

Como hemos dicho, el torreón del ángulo izquierdo servía de cocina a la familia del ex-maestro de escuela. Una noche de dicho verano, estaba Doña Liberata majando con el mayor ahínco, la miga, el ajo, la sal y el tomate para el gazpacho. Aunque no hubiese sido un poco sorda, la atención profunda que prestaba a su faena, y los vigorosos golpes que daba al mortero, habrían bastado para abstraerla completamente. ¡Cuál sería, pues, su asombro, cuando de repente y como llovido de la bóveda, se vio a un hombre enfrente de ella! Las cejas de Doña Liberata, —que como las de su hermano, tenían una aptitud particular para alzarse, formando un arco agudo—, arrastrando detrás de sí a los párpados, dejando sus ojitos negros desmesuradamente abiertos; su boca los imitó, y la mano del mortero quedó levantada inmóvil en la suya.

Un ladrón en aquel castillo, donde no había nada que robar, era un fenómeno más extraño y sobrenatural que hubiese podido serlo la aparición de un moro o de un romano.

Sin embargo, la persona aparecida no justificaba tanto espanto. Era un joven de vinos veinte años; traía una chaqueta y un pantalón estrafalario, y en la cabeza una gorra con visera, y ésta muy echada a la cara. Un tanto de barba juvenil, que no había sido afeitada en varios días, daba alguna sombra y algo de varonil a aquel rostro de colegial. De estatura mediana, tenía elegantes formas, y su flexible cuerpo parecía hallarse poco a gusto en el traje que llevaba, en el cual se movía extraño e impaciente; como la serpiente que ansía por soltar y zafarse de su deslucida piel, cuando debajo tiene otra más adherente, más lucida, y más nueva.

—Pe... ro... —articuló Doña Liberata, que no pudo acabar de pronunciar el nombre de sus hermanos.

—Señora, —dijo el aparecido—; me vais a perder. Soy perseguido por fieros esbirros; he trepado por grietas de este desmoronado muro con la intención de entrar por esa abierta ventana, y con la esperanza de hallar pechos nobles e independientes que amparasen una víctima del despotismo.

Doña Liberata, que era sorda, que era novicia en percances aventureros, y que a esto añadía el haber perdido la cabeza por el miedo, contestó temblando:

—¡Señor!, ¡por la Virgen del Carmen!, somos unos pobres; a mi hermano le han cerrado la escuela; yo no he cobrado todavía la costura de esta semana. Nada tengo, sino mi rosario y mi caja de plata; si usted las quiere.....

La pobre doña Liberata metió con dolor profundo su temblorosa mano en la faltriquera.

El aparecido, haciéndose cargo de la dificultad de oído de su interlocutora, se acercó a ella, y le dijo:

—Yo no soy ladrón.

—¿No? —contestó Doña Liberata algo tranquilizada, y soltando con íntima satisfacción el rosario y la caja de plata que tenía asidas.— Pues entonces, ¿a qué se entra usted a deshoras por las ventanas?

—Porque un poder tiránico me persigue para prenderme, contestó en recia voz el aparecido.

Las cejas de Doña Liberata, que habían emprendido su descenso, se remontaron instantáneamente.

—¿Qué?, ¿quieren prender a usted? ¡Ave María Purísima! —exclamó angustiada—, ¡éste ha hecho una muerte! —añadió mentalmente—; si chisto me deja en el sitio. ¡Dios tenga misericordia de mí!

El desconocido conoció cuanto pasaba por la aterrada mente de su interlocutora, y se apresuró a decirle.

—No he cometido delito alguno; soy un prófugo político.

Esta voz culta que significa fugitivo, errante, y que ha sido aplicada por la ley al que se sustrae al servicio de las armas, el pueblo la ha adoptado con la variante de *préfulo*, y ha hecho de ella la denominación genérica y exclusiva de aquel que acude a la huida para escapar al sorteo. Bajo este concepto inspira siempre un *préfulo* interés y lástima.

—¿Un *préfulo*?, ¡pobrecito! —dijo la buena Doña Liberata, volviendo sus cejas a ocupar su línea recta.— Vamos, esté usted sosegado, añadió con bondad, que nosotros no le hemos de delatar. Pero voy a avisar a Escolástica y a Pepe, para que no se asusten.

Doña Liberata se fue, con los pasitos cortos y precipitados que le eran propios, dejando abierta la ventana por la que había entrado el fugitivo, y la puerta por la que ella salió, con tanta confianza en el intruso, como terror le había inspirado al aparecerse.

Don José, que mediante a ser sordo, tenía algo de desconfiado y otro algo de gruñón (ambas cosas empero en dosis muy inofensivas), no estuvo tan propicio como su hermana para esconder a un fugitivo, ni para creer sobre su palabra, que lo fuese por huir de la quinta.

—¡Qué prófugo!... —gruñó con su gruesa y pastosa voz—; ¡si ahora no hay quinta! ese es un prófugo, pero prófugo de presidio. Los tiempos están revueltos, y cuando esto sucede, hacen los tunantes de las suyas. ¿Por qué le dejaste entrar?

—¿Acaso me pidió licencia? —contestó su hermana—. Pero mira, José, no tiene mala traza, y es casi un chiquillo.

—¡Chiquillo que de noche trepa por las paredes y allana las casas!... nada, nada; que se vaya... o voy a llamar a la guardia.

—¡Hombre! ¡cómo se va, si está cerrado el castillo y es preciso despertar al sacristán para que abra la puerta!... observó Doña Escolástica.

—Que se vaya por donde ha venido; no quiero líos con la justicia, ni dimes ni diretes con los franceses, aunque no sean éstos los malvados de Napoleón.

—Pepe, no te conozco; ¡qué despiadado estás! —le dijo su hermana—; por los cantos descarnados ha podido subir, pero no se puede bajar por ellos.

Mientras que con su acostumbrada calma discutían D. José, su hermana y su mujer el asunto, el fugitivo cansado de esperar, había seguido el camino que vio tomar a Doña Liberata, y se presentó de repente con mucha soltura a los ojos atónitos del trío.

Don José frunció sus cejas jupiterianas, y se levantó erguido, con su hombro izquierdo más remontado que nunca.

Pero el que se presentaba no era hombre a quien impusieran las cejas de D. José, puesto que si la impavidez y el *sans façon* francés se hubiesen unido, habrían engendrado al que se presentó a su vista. Habíase quitado el prófugo su feísima gorra, y levantado de sobre su frente, tersa y erguida, sus negros rizos; su boca sonreía, luciendo la bella dentadura que la adornaba, y dirigiéndose a su huésped, dijo con gran frescura:

—¿Usted es D. José Qué-sé-yo-qué hermano de esa señora Qué-sé-yo-cuánto, a la que he dado, mal que me pese, un susto magno?

—Don José Mentor, servidor de usted, —contestó Doña Escolástica—; no ha oído a usted porque es un poco tardo...

—¿Mentor? —exclamó, soltando una carcajada el aparecido—; por consiguiente, ustedes serán los Calipsos de esta gruta, y yo vengo de molde para ser el Telémaco.

—¿Qué dice? —preguntó D. José a su mujer.

—Que se llama Telémaco —contestó ésta.

—No digo eso —repuso alzando la voz, y redoblando sus carcajadas el aparecido—; me llamo Leopoldo Ardaz. ¡Ay! —añadió, golpeándose la frente—: lo primero que me encargó Ramón fue que ocultase mi nombre.

—No hay cuidado por eso, advirtió D. José; que lo que a usted ni a nadie pueda perjudicar no saldrá nunca de nuestros labios. ¡Mas que fuese usted Barrabás en propia persona! además... yo no lo he oído.

La hermana, que se preciaba de oír mejor que su hermano, se acercó a su oído y le dijo sin gritar: se llama D. *Deopolvo* Ardaz.

El huésped volvió a empezar a reírse, y como la risa se pega, sobre todo entre gentes sin hiel, uno después de otro se pusieron todos a reír.

—Pero vamos al caso —dijo después de un rato don José—; aunque usted perdone, ¿usted quién es, señor Ardaz? ¿Qué ha hecho, y por qué se esconde?

—¿Quién soy? —contestó éste—: un hombre libre; ¿qué he hecho? ¡Defender la libertad! ¿Por qué me escondo? Porque volvemos a los tiempos (y se puso a cantar) en que se asaban, cual salmonetes, la carne humana.

—¡Dios del cielo! ¡Un nacional de Madrid! —exclamó asustado D. José.

—¡Jesús, un tragalista! —murmuró temblando Doña Escolástica.

—¡Madre mía, un bullanguero! —dijo con dolor Doña Liberata.

—Vamos, —dijo Leopoldo, que notó la impresión que había causado su terminante declaración, conozco que deben ustedes estar en dudas sobre mi persona; pero voy a tranquilizar a ustedes. Dadme avíos de escribir; escribiré a quien salga responsable de mí, y llevareis la carta, señor Mentor.

—¡Que lleve yo la carta a las diez de la noche, y quizás a los quintos infiernos! ¡En eso estaba yo pensando! —gruñía D. José, mientras estaba escribiendo su huésped.

Después de cerrar la esquila, preguntó éste a Don José:

—¿Usted conocerá al Gobernador?

—¿Don Juan de Soto?, ¡pues no le he de conocer!

—Id a su casa; preguntad por su ayudante Valverde, y entregadle en mano propia esta esquila.

—¡El ayudante del Gobernador! —exclamó D. José—. Este se quiere perder, y nos va a comprometer, —pensó apurado; y añadió en voz recia—: Señor, es tarde.

—No le hace, id.

—Es que el castillo está cerrado.

—Haced que os abran

—¡Cascabeles con el mocito este, y como sabe mandar! ¡Parece que en su vida ha hecho otra cosa! —gruñó D. José.

—Pepe, le dijo su hermana, complácele; se conoce que es persona fina.

—Lo mismo me da a mí, si es delincuente, que sea fino o que sea basto.

—Hombre, si se vale de ti, ¿le has de huir cara? —le dijo su mujer—; haz lo que te dice, en caridad; que él sabrá lo que le conviene; ¡es tan bonito!

—¡Pues mire que recomendación para un consejo de guerra!... ¡Y si siquiera lo pidiese con buen modo!... —gruñó D. José, y salió arrastrando los pies, precedido de su hermana, que iba alumbrando con el velón.

Capítulo III

UN SERVLÓN Y UN LIBERALITO

Las plazas abundaban en legisladores
de veinte años, que encontraban
a Cristo demasiado viejo,
y que deseaban suplirle abrogándose
el cuidado de dirigir la humanidad.

JULIO SANDEAU.

No es el *tormento*, sino la *causa*,
lo que constituye el martirio.

SANTOS PADRES.

Apenas había transcurrido un cuarto de hora, cuando se oyeron pasos acelerados por la plaza de armas, y entró la persona a quien iba dirigida la carta, que se precipitó hacia el recién venido, al que abrazó, exclamando.

—¡Leopoldo! ¡Leopoldo! ¡Tú aquí, tú, escondido! ¿Qué locura o qué desgracia es esta?

Dona Escolástica y Doña Liberata se retiraron consideradamente, y se fueron con una luz a aguardar a su Pepe en la escalera.

Cuando estuvieron solos, hizo Leopoldo la siguiente relación a su amigo:

—Habiéndose unido mi regimiento a las tropas del Rey, tres oficiales, que éramos exaltados, desertamos. Pudimos llegar a Gibraltar donde nos recibieron los ingleses como héroes, y nos embarcamos disfrazados, llevando pasaportes con nombres supuestos, y con algunos pasajeros de pésimas trazas en un queche con destino a Cádiz; pero apresados por una lancha cañonera, fuimos traídos aquí. Como esto sucedió de noche, pude esconderme entre los dobleces de una vela que estaba arrollada en el camarote. Los demás fueron desembarcados, y yo permanecí todo el día en mi escondite; pero llegada la noche, salí, y me di a conocer a los dos marineros que habían quedado guardando la embarcación. Estos me depositaron sigilosamente en tierra, y atravesaba la plaza de la Pescadería, cuando oí que desde la casilla del muelle me llamaban. Aunque

era claro que esto sería para cerciorarse de que no llevaba contrabando, no creí prudente exponerme a ninguna clase de registro, y proseguí mi camino.

Entonces oí que salían a alcanzarme, y para que no lograsen su intento, puse mis piernas a todo vapor. No sabiendo dónde refugiarme, presentose ante mí el torreón de ese castillo, con su abierta y alumbrada ventana, que parecía decirme: —pase usted adelante.—Sabes desde el colegio que soy buen gimnasta; trepando por los intersticios de los descarnados cantos, subí a la ventana, por la que entré, y me encontré frente a frente con una de las castellanas de este castillo, a la que aparecí bajo la celada de mi yelmo (vulgo a la sombra de mi visera), algún Orlando furioso, o Barbarroja renegado... y... colorín colorado, cate usted mi cuento acabado.

—¿Y qué hacemos ahora? —exclamó Valverde apurado.

—Respirar para no ahogarnos. —repuso Leopoldo con su imperturbable calma.— ¿Tan imbuido y contaminado estás con las ideas y máximas tiránicas de los que te rodean en la actualidad, que te parece ver colgado sobre mi cabeza, a guisa de espada de Damocles, un nudo corredizo?

—Desertar de sus banderas, ser cogido disfrazado y con pasaporte falso, al ir a entrar en una plaza sitiada, con todo el carácter de un espía... —exclamó con dolor su amigo, ¡y te muestras tan impasible y tan sobre ti!

—¿Y qué quieres que haga? —repuso Leopoldo—, ¿que me eche de cabeza en lo patético? No; lo patético me es antipático; (¡qué lindo esdrújulo!). El hombre debe ser franco y verdadero; el hombre noble y liberal nunca sale de su carácter, y si me condenasen, me verías ir al patíbulo cantando.

Leopoldo, que no tenía muy bonita voz, se puso a cantar.

Se levante Merino mil veces,
Se reúna la turba servil,
Me designen por víctima suya,
Me preparen mil muertes y mil...

—No temas a las mil muertes, ni a una tampoco —dijo sonriendo Valverde—; no se trata de eso. Se trata de que no se pueda sospechar en ti una acción vil; de que tu ilustre nombre no figure en los tribunales, y de que tu persona no sufra detenciones y disgustos. Debes, por ahora, quedar oculto.

—No tengo inconveniente, con tal que no sea por mucho tiempo, repuso Leopoldo, porque este castillo, que chochea, y sus moradores que le imitan, son capaces de convertirme en idiota en poco tiempo. Y si en breve no me procu-

ras los medios de salir de aquí por la puerta, me saldré por la ventana por la que he entrado, aunque al bajar me encuentre a la derecha con los bigotes negros de tu Fierabrás Soto, y a la izquierda con los rubios del Duque de Angulema, esa sosa y ajada flor de lis.

—Cuánto confías propuso Valverde, en tu buena estrella, en la amistad de tus amigos, y en la falta de tiranía de la causa a la que gratuitamente se la atribuye! Pero, en fin, vuestra insolencia misma y vuestra osadía hace nuestro elogio. No volveré cuanto deseo, por no despertar sospechas, pero trabajaré por sacarte de aquí con seguridad y honor. Prométeme tener entretanto paciencia, y ser prudente.

—Procúrame ante todo mi equipaje, excelente Pilades; porque la ropa que tengo puesta me pesa y agobia como la concha de una tortuga. Además, quiero hacer la conquista de aquella torre matrona que se atreve a descollar entre las demás, y ver por ese medio de infundirle algunas ideas liberales sobre la igualdad.

Valverde le prometió lo que le pedía, y se fue después a recomendar a sus huéspedes el sigilo.

Mientras la conversación de los dos amigos, habían las hermanas preparado lo mejor posible la pieccecita que les servía de comedor; habían pedido al capellán un catre de tijera y cubiértolo con ropas no finas, pero blanquísimas y sahumadas con alhucema, y habían aprestado, con huevos frescos y con el gazpacho tan bruscamente interrumpido en su confección, una frugal cena a su huésped, el que se la engulló con un apetito propio de los veinte años, reforzado por un día de ayuno; y durmió como un bienaventurado.

—Don *Deopoldo*, —le dijo a la mañana siguiente Doña Escolástica, que a fuer de mujer, era curiosa, y a fuer de buena, se interesaba por él—, ¿tiene usted madre?

—Este contestó— madre, padre, abuela, tías, tíos, hermanos, primos, cuñados y sobrinos, y cuidado, añadió bizqueando, que no caiga sobre usted un vizconde con toda su parentela.

—¿Y es su padre de usted de tropa? —tornó a preguntar Doña Escolástica.

—Sí; es guardia de Corps del Padre Quieto, por orden superior del general Gota.

—Pues sino tiene más pan y prez que los que le dé ese Padre, tendrá su estómago que alistarse en la compañía de hambrientos, dijo haciéndose gracioso contra la voluntad del que le crió, D. José.

—Tiene rentas propias, individuales e independientes, sin contar con la bolsa ajena, —esto es, la paga del Gobierno, que sale de las contribuciones que aniquilan el país.

—Pero, ¿qué es su Mercé? —tornó a preguntar la curiosa.

—Su Mercé no es Mercé, que es Señoría; y Conde y Marqués.

—¡Hola! ¡Marqués! ¡Sea para bien, y por muchos años! —dijo respetuosamente Doña Escolástica, repitiendo recio la noticia a su marido y a su cuñada.

—También San Cayetano era hijo de título, dijo Doña Liberata, del Conde Gaspar Tiene. Felicito a usted.

—¿Y eso qué significa para que me feliciten ustedes? —exclamó impaciente Leopoldo; y poniéndose de pie se puso a cantar gesticulando esta canción, en boga en aquella época.

Todo Conde o Marqués nace hombre.

—¿Qué dice? —preguntó D. José al verlo tan enfundado.

—Que todo Conde o Marqués nace hombre, contestó su mujer.

—¿Y qué había de nacer mujer? —repuso Don José.

Leopoldo entretanto había concluido la discreta copla, y cantaba el estribillo o coro:

¡A, las armas corred, ciudadanos!

¡A lidiar, a morir o vencer!

Don José entretanto movía impaciente su cabeza.

Leopoldo proseguía:

Guerra a muerte a la tiranía...

—¿Y quién es el tirano? —preguntó D. José.

—Ese Nerón, —contestó Leopoldo, señalando al mamarracho que figuraba la hermosa Persona del Rey Fernando a caballo.

—Mocito, repuso D. José, no hable usted así del Rey de España, mientras humea aún en los campos y en las ciudades la sangre noble y leal de los que murieron por él; que eso saca los colores a la cara a todo español legítimo.

—¿Es usted por lo visto un servilón de siete suelas? —exclamó sofocado Leopoldo.

—¿Y usted, según parece, un liberalito a casquete quitado? —repuso D. José.

—Ser lo que soy lo tengo a mucha gloria, —dijo Leopoldo.

—Ser lo que soy lo tengo a mucha honra, —repuso D. José.

—¿Cómo tiene usted valor, —exclamó muy en sí Leopoldo—, de expresarse así en la presencia de un mártir de la santa libertad?

—Dice usted dos despropósitos, mocito.

—Y usted cada salmonada que asombra; es usted un badulaque, o está loco.

—Estoy muy cuerdo, señorito. ¿Dónde ha visto usted canonizada esa santa y abogada de las bullangas? Santo quiere decir el que posee la santidad, el que es perfecto y libre de toda culpa; y sólo se dice de las cosas de Dios en español puro, ¿está usted? Tampoco es usted un mártir, pues dicen los Santos Padres que no constituye el martirio el tormento que se padece, sino la causa por lo cual se sufre ¿está usted?

—A usted, es preciso o matarlo o dejarlo, —exclamó furioso Leopoldo. ¡Es usted, añadió saliéndose, un bolonio, un fanático, un preocupado, un... un... ostrogodo!

—¡Pues está bueno!, dijo D. José, cuando su contrincante hubo salido. ¡Que me diga que soy un atrevido en decir que soy realista, cuando anda él escondido y huyendo por no serlo! ¡Habrase visto tal descaro!... ¡Vaya con el mocito!

—¡Pobrecito! dijo Doña Liberata: déjale, José, no le respondas; está caído; y a los caídos no se les canta el trágala como hacen ellos.

—¿Y yo se lo he cantado, ni nada que se le parezca? —repuso D. José—. No he hecho más que responderle; que para decir mi parecer, tengo boca como cualquier liberal, y voz, aunque no tan chillona como las suyas.

—José, ya ves, opinó su mujer, que como es hijo de Marqués...

—Y aunque sea hijo de Duque, ¿qué derecho tiene, me querrás decir, para decirme a mí badulaque, loco, bolonio, y hasta ostrogodo? —repuso su marido.

—Oye, Pepe, y eso ¿qué quiere decir?

—Mira tú, que yo soy y no lo sé. Pero me hago, cargo que querrá decir un hombre muy rudo, muy basto, y muy templado a la antigua. ¡Puede echar plantas lo moderno!, ¡cascabeles!

Leopoldo a los pocos días sintió un fastidio desmedido, como es de suponer. Su humor era tan malo y estaba tan propenso a la impaciencia, que sería largo al referir las escenas que tuvieron lugar entre él y los pacíficos habitantes del castillo, víctimas todos ya de sus bromas, ya de sus arranques de impaciencia ya de sus desdenosos aires de superioridad, ya de sus travesuras.

Sin embargo, como Leopoldo aunque tenía desparpajo, no tenía acritud; como aunque era desvergonzado, no era acerbo; como desdenaba y befaba sin despreciar; como sus pocos años, su viveza, y su buen fondo, al través de la maleza que lo cubría, se patentizaban a cada instante, y como todos los que le rodeaban eran tan buenos, no sólo se interesaban por él, sino que le iban tomando sincero cariño. Y así, nunca estuvo un escondido más seguro que él entre aquellos contrarios a su opinión, a quienes cada día contradecía, atacaba, burlaba, y escandalizaba descaradamente y con la más completa falta, no ya de delicadeza sino de equidad.

Cuando Doña Liberata le veía muy desesperado, le decía:

—Don Deopolvo, encomiéndese usted a San Cayetano, abogado de la Providencia. Sus devotos nunca llegan a ricos; pero nunca, nunca les falta la subsistencia. Hágale usted una promesa, y verá usted cómo le saca en bien de este atajo.

—¡Vaya usted a freír monas! —contestaba con coraje Leopoldo—. Pues qué, ¿me cree usted algún fanático supersticioso como usted?

Leopoldo estaba entonces, por desgracia imbuido en las acerbias máximas anti-religiosas que de la mano traía consigo el liberalismo, que, —por ese instinto de verdad que hay en todo corazón recto—, rechazaban las gentes religiosas, a las que tan ampliamente ha dado razón el tiempo.

Cuando entraban en la sala, solían siempre las hermanas hallar a su amado protector San Cayetano vuelto de cara a la pared.

—Lo ven ustedes, les decía entonces Leopoldo, autor del trastorno, el Santo les vuelve las espaldas. ¡Milagro! ¡milagro! Pronto un ex-voto, para conservar la memoria de que al santo no le gusta que le muelan, como hacen ustedes, y no quiere pesados delante de sus ojos.

Un día, no sabiendo qué hacerse se entró en el oratorio del Capellán que estaba ausente. Era este aficionado a la pintura, y tenía sobre el caballete un cuadro sin concluir, que representaba a Santa Ana enseñando a leer a la Virgen. No bien lo hubo visto Leopoldo, cuando, sin pensarlo dos veces, cogió un pincel con pintura negra, y trazó en las hojas del abierto libro que en sus manos tenía la Santa estas palabras: *Código de la Constitución*. Se salió muy serio silbando, y se subió a una de las torres donde se echó de bruces sobre el pretil, y se puso a mirar a la bahía, sin acordarse más de lo que había hecho.

Cuando D. José con su mujer y su hermana se ponían a rezar por el Rey, como tenían de costumbre, interrumpía los rezos para decirles impaciente:

—¿Qué les importa a ustedes el Rey? ¡El Rey es un pecador como yo, y un zoquete, tan zoquete como los que rezan por él!

Las hermanas se ponían entonces las manos en la cabeza exclamando:

—¡Por Dios, por Dios, no diga usted eso ni en chanza, señor! que se debe dar a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César; esto dice el Evangelio.

Y D. José añadía:

—Al Rey lo ha puesto Dios en el trono, y debemos acatarle, ¿está usted, mocito? Hemos de ser mandados, no hay tu tía; y para eso está ahí el Rey legítimo, que lo tiene de derecho, por herencia, y en la masa de la sangre. Y esto vale más que cien reyezuelos, a cual más malo, a cual más amigo de destruir, que están abriendo una puerta... por la que se nos entrarán muchos males!

—En teniendo yo veinticinco años —respondía con coraje Leopoldo—, si hay entonces Constitución, he de procurar ser diputado a Cortes, nada más que para meter el palo en candela, y proponer que se les ponga una mordaza a usted, y a otros malvados servilones como usted

—No lo dudo, no dudo, que si vuelven ustedes a sacar la cabeza, así lo hagan —contestaba D. José—. Lo que tiene que a la Verdad no se la podrán ustedes poner, y cuando no hable por boca de los hombres, hablará por medio de los hechos ¿Está usted, mocito?

—¡Cuándo saldré de este maldito castillo! —exclamaba Leopoldo tirando la silla—, ¡castillo de la tontería, digna morada de la vejez, cuartel general de ineptos, mansión del opio, fortaleza del *statu quo*!!!

Capítulo IV

LA TERTULIA A LA LUNA

De la misma manera que excita
el asombro el recio nadador,
que corta con fuerza y vence
una corriente impetuosa, así
también admira que haya imaginaciones
bastante vigorosas para hallar inspiraciones
poéticas al través de las tendencias y del
espíritu del siglo actual.

VELISLA

A la caída de una tarde estaban los habitantes del castillo reunidos en la Plaza de Armas tomando el fresco. Ya el sol había hecho su última caricia a la alta torre, que más encumbrada que las demás, alza sobre todas sus almenas, las que parece haber levantado, como pirámides conmemoratorias, a cada siglo que cuenta y ha visto morir. La luna, que empezaba su lenta y silenciosa ascensión, las alumbraba triste y pálidamente, como si fuese un gran cirio que en sufragio de sus hijas hubiese encendido su Padre el Tiempo. Las estrellas, que están más altas que la luna, brillaban alegremente, cual si alcanzasen a ver a su Criador.

Los animales domésticos, moradores del castillo, no prorrumpían ya sino en aquellas voces lentas y arrulladoras, precursoras del sueño que anuncian, y que precede a su descanso; cuando de repente y como bajados del cielo, se oyeron unos sonidos encantadores. Al resonar aquellos suaves acentos en aquel severo y callado edificio, los ecos que se durmieron al extinguirse los últimos sonidos de las trompas y clarines guerreros, despertaron dulcemente sorprendidos al oír las melodías de Rossini; si eran estos ecos moros, pudieron creerse muertos en los campos de batalla, y resucitados entre huríes. Y no fueron ellos los solos agradablemente sorprendidos, sino todos los demás moradores del castillo. Los palomos posados sobre las almenas, torciendo en todas direcciones sus cabecitas, buscando con su serena mirada a su alado vate el ruiñeñor. Los conejitos salieron de su confortable osario, se pusieron en dos

pies lavándose sus caras con ambas manitas a compás. Los jilgueros y canarios se entusiasmaron, lanzando a deshoras sus más puros trinos y más sonoros gorjeos, como para formar el coro a aquellas encantadoras melodías. El gallo salió erguido de debajo de su higuera, como Aquiles de debajo de su tienda, levantando tan bien y metódicamente sus patas, como si se lo hubiese enseñado un maestro de equitación; las gallinas, más prosaicas, fueron las que no se distrajeran de sus únicas ocupaciones, que son buscar con qué llenar el buche, y nido donde poner el huevo.

—¿Qué es esto? —dijo el ama del Capellán.

—Es, —respondió Doña Escolástica— D. Deopolvo...

—Dale con el Deopoldo, —observó D. José— te he dicho que es Leopoldo, Leo-pol-do, ¿te enteras?

Doña Escolástica hizo una señal de asentimiento, y continuó:

—Don Leopoldo, pues, recibió esta mañana su equipaje que por fin pudo rescatar su amigo; en él venía su flauta, y se ha ido a tocarla a la torre: ¡y qué bien lo hace!

— ¡Qué primor! —añadió la sobrina del sacristán, que no por ser sobrina, dejaba de poder ser tía—; ¡no parece sino que baja del cielo la música, como si fuera la de los ángeles!

—Oye, Pepe, —preguntó Doña Liberata, que medio se enteró—, ¿toca el Santo Dios?

—¡No, qué! —respondió su hermano—: toca cosa profana y alegre: ¡unas seguidillas o cosa por el estilo, pero bonitas,... bonitas!

—Preciosas, repuso con fe —Doña Liberata.

A poco sonó la Oración, y los vecinos del castillo se pusieron a saludar a la Señora con el Ángel, enseguida a rezar el rosario.

Leopoldo no lo notó; y es probable que aunque lo hubiese notado, no habría interrumpido su tocar. Y no obstante, como todo lo que son cosas *sentidas* se armonizan unas con otras en el corazón, sin profanarse y sin despoe-tizarse, aquellas voces monótonas, que con respeto se alzaban, y aquellas dulces y sonoras melodías que alegres bajaban, parecían responderse, como el pájaro enjaulado que no puede volar, y la alegre alondra en altas esferas. Todas las cosas de este mundo tienen dos modos de mirarse, el uno con la helada mirada de la razón, que todo lo enfría y lo rebaja, como la luz de la bujía, y el

otro con la ardiente y simpática mirada del corazón, que todo lo dora y vivifica como el sol de Dios. Esta vista del corazón se llama *Poesía*. ¡Felices aquellos que, teniéndola, la expresan en palabras armoniosas! ¡Y más felices aun los que la conservan y entretajan en la vida práctica, en la que se la cree inútil, y aun nociva, por los que no la comprenden, siendo un don del cielo!

Cuando concluyeron de rezar, hacía rato que Leopoldo había dejado de tocar. Porque Leopoldo, aunque amaba la música,—si no con *pasión*, con *extremo*, como lo amaba y odiaba todo—, no tenía paciencia para hacer mucho tiempo de seguido una misma cosa.

—Ya calló el canario sin jaula, —dijo Doña Escolástica—; ¿qué estará haciendo?

—Puede que haya mandado por almagra, como hizo al otro día, para echarla en mi tinaja, —dijo la sobrina del sacristán.

—O por pimiento chile para untar los bordes de mi alcarraza, como hizo ayer, de manera que me abrasé los labios: ¿ve usted la pupa? —dijo don José señalando su gran labio.

—¡Si esto no se puede tolerar! —dijo el sacristán.

—No lleva mala intención, —repuso Doña Escolástica.

—¡Cascabeles! —exclamó D. José—, ¡con buena o mala intención... a mí me dolió de lo lindo!

—¿Qué estará haciendo? —volvió a decir al cabo de un rato Doña Escolástica.

—Ve a verlo, si tanto empeño tienes en averiguarlo, —le respondió su marido.

Pero, ¡cuál sería el asombro de todos, cuando vieron a su huésped elegantemente vestido de paisano, y puesto de punta en blanco, que con un junquito en la mano, y silbando el himno de Riego, atravesó la Plaza de Armas, les hizo un saludo con la mano, y se echó a la calle.

Fue tal el general asombro, que todos quedaron gran rato callados y con la boca abierta.

—Pues valía la pena, —dijo al fin D. José— de romperse las uñas y exponerse a quebrarse la cabeza trepando por un muro, y entrarse por la ventana, para salirse con tanto descaro por la puerta.

—¡Quién vio otra! —opinó el sacristán—. Disfrazado se esconde, ¡y con su ropa se deja ver tan cariparejo!

—¡Y cantando que iba el himno de Riego! —exclamó asustada Doña Escolástica.

—¡Vaya por Dios! —dijo Doña Liberata—, pues siempre que sale el cante del *niño de Diego*, hay jarana.

—Te he dicho cien veces, —le gritó su hermano— que no se dice *el niño de Diego*, sino el himno de Riego.

—Oye, José; —preguntó ésta— ¿qué es himno?

—Himno es —contestó su hermano—, un canto en alabanza de Dios o de sus Santos, o bien entre los gentiles un poema para celebrar sus dioses o sus héroes.

—Pues no le viene bien el nombre a ese cante —observó su hermana.

—Ya se ve que no —repuso D. José—. Pero si han trabucado todos los nombres, porque les ha dado la gana, ¿eso quién lo remedia?

—¡Si no fuera más que los nombres!... —suspiró el sacristán.

—Pues si le digo eso a ese mocito, —prosiguió Don José— me dice con el salero del mundo, bolonio, badulaque y loco.

—Y *ostrobobo* —añadió su mujer.

—¡Pues eso es jarabe de pico! En el fondo es un infeliz; alegría... ¡pocos años!... —observó Doña Liberata.

—Sí, —dijo D. José— pero tiene una lengua muy larga.

—Como todos —repuso el sacristán.

—¿Si estará libre? —dijo la viuda

—No; sino que al loco y al aire, darle calle —repuso D. José.

—¡Dios vaya con él, y le libre de mal! —dijo Doña Liberata.

—¡Y a nosotros también! —repuso su hermano suspirando— Pero este mocito no ha de parar hasta que nos atraiga una desazón: ¡ya lo verán ustedes!...

—Dios quiera que no hayan cerrado el castillo cuando vuelva —dijo Doña Escolástica.

—A bien que se entrará por la ventana, —repuso mal humorado su hermano— o puede que acabe la noche en la cárcel. Un hombre que estaba aquí como

la propia rosa, ir tan impávido a meterse por los ojos, diciendo ¡*aquí estoy yo!*...
¡Vamos; sí es preciso que haya perdido los pocos sesos que tiene! Bien dice la
copla.

Un loquito del Hospicio
Me dijo en una ocasión:
«Ni son todos los que están,
Ni están todos los que son.»

Capítulo V

LA PERLA

Angelitos de Dios,
testiguitos del diablo.

REFRÁN.

La Fe es un vaso sagrado en el que
cada uno debe estar pronto
a sacrificar sus sentimientos,
su razón y su imaginación. Se
puede disputar sobre el saber,
porque este se puede rectificar,
extenderse; pero la Fe siempre es una.

GOETHE.

Leopoldo paseó las calles del Puerto lo más tranquila y garbosamente del mundo. No era conocido en aquella población, y así confiaba en que iba muy bien disfrazado con su propia ropa.

Bajó toda la bien denominada calle Larga, a cuyo epíteto se puede sin lisonja añadir el de hermosa; anduvo por el espacioso paseo de la Victoria, y hallándolo muy solitario, se encaminó al Vergel, que es otro paseo más pequeño y más céntrico a la orilla del río, paseo que estaba lleno de gentes, y en el que se entró nuestro héroe como Pedro por su casa.

No bien hubo dado una vuelta, cuando oyó una vocecita, aunque infantil, muy recia y sonora, que decía: ¡Mamaíta, Mamaíta! ahí esta Leopoldo Ardaz.

El nombrado hizo como si no hubiese oído aquella señal de reconocimiento, y apretó el paso; pero se encontró delante de sí colocada —a la manera que Alcibiades niño lo hizo para parar un carro, esto es, decidido a morir o vencer, a una niña de seis a siete años, ataviada con lujo y primor, que le dijo con su agudo tiple:

—Ardaz, ¿por qué está usted vestido de paisano? El uniforme le sienta a usted mejor.

—Calla, calla, Margarita de mi alma (¡de mis pecados! añadió mentalmente el interpelado) voy de prisa; tengo una cita con un amigo.

—¿Y no quiere usted ver a mamaíta? Allí está sentada en aquel poyo: ¡venga usted, venga usted!

Y Margarita asió de la mano a Leopoldo, al que arrastró hacia uno de los asientos.

—¿usted por acá, Ardaz? —exclamó, sorprendida de verle, una elegante señora.

—Sorpresa también, aunque más grata, me causa a mí, Condesa, el ver a usted en este Vergel, cuya atmósfera asfixia, según lo cargadísima que está por la aglomeración de tantos hijos de San Luis.

—¿Quién son los hijos de San Luis, Mamaíta? —preguntó la niña, que en toda conversación se entremetía.

—Son los franceses, mi corazón.

—¡Ay, cuántos hijos tuvo ese Santo! —dijo la niña—, ¡y qué guapos son! ¿No es verdad, Ardaz?

—¡Vaya!... ¿te gustan? —repuso con reprimido coraje Leopoldo—; ¡pues cómprales dulces, mi alma!

—¿Sabe usted lo que me ha dicho el sobrino del General Gudín? —prosiguió muy ancha la niña—: que Margarita quiere decir perla.

—Cosa digna de repetirse, hija mía.

—Y que soy yo la Perla de las Antillas.

—Hasta ahora lo había sido la Habana.

—No; esa es demasiado grande para ser perla. Yo lo soy, ¿no es verdad, Mamaíta?

—Sí, hija de mi vida; y la de más valor a mis ojos.

La Condesa de la Enramada era una Habanera tan sencillamente fina, como naturalmente amable, que no tenía más defecto para sus amigos, que el de mimar de una manera exagerada e incómoda a su hija. Era esta señora tan esmerada y sibarita en sus refinamientos de lujo, que mandaba su ropa a lavarse a la Habana, por parecerle que no se lavaba bastante bien en España, que es el país de Europa en que la lavan mejor³. Había venido a la Península a traer a un hijo suyo al colegio de artillería; había después permanecido en Madrid,

³ Cuéntase esto de la tan renombrada habanera la condesa de Jaruco, cuya hija casó en la guerra de la Independencia con el general francés conde de Merlín.

donde conoció a Leopoldo; y cuando ahuyentada por las circunstancias políticas, salió de Madrid para regresar a la Habana, se halló a Cádiz sitiado, por lo que permanecía en el Puerto hasta que terminase el sitio.

—Pero... ¿cómo os halláis aquí? —preguntó la Condesa a Leopoldo—: A juzgar por vuestras ideas belicosas, yo os hacía en Cádiz al pie de un cañón con la mecha encendida en la mano.

—No lo estoy, —contestó Leopoldo— por haber sido apresada la embarcación que a Cádiz me conducía, por una lancha cañonera, Cancerbero de la entrada de su bahía.

—¿Estáis, pues, preso?

—No, señora; que escapé: estoy escondido.

La Condesa soltó una alegre carcajada.

—Esto es —dijo—, que os hacéis la ilusión, cuando paseáis por los paseos públicos, de llevar el sombrero de Merlin.

—No es eso, Condesa. Si me veis aquí es porque confiado en que nadie me conoce en este campamento francés, he salido a dar una vuelta entre dos luces.

—Sí, la luz del sol y la de los reverberos, para disfrutar de ambas donde más resplandecen. ¿No veis, imprudente, que os exponéis?

—Ya me vuelvo a mi guarida, en la que no me hallarán, ni me buscarán, porque es el puro immaculado limbo del servilismo.

—Y ¿cuál es esa mansión, ese palomar en que albergan las palomas al halcón? —preguntó admirada e irreflexivamente la Condesa.

—Es el Castillo, —contestó sin detenerse y con su acostumbrada imprevisión— Leopoldo.

—Mamaíta, yo quiero ver ese castillo —dijo Margarita.

Los oídos que a mis estúpidas lechuzas del castillo faltan, sobran a esta perla fina, que me viene de perlas para comprometerme, pensó Leopoldo.

—Hija de mi vida, eso no puede ser, contestó la madre a su hija.

—Lléveme usted, Ardaz —rogó la niña.

—No, hija mía, me guardaré de hacerlo. Ese castillo es el de *No volverás*. El que entra en él ¡ay! mal que me pese, no vuelve a salir. Además, hay un fiero

dragón llamado D. José, que se traga a cuantas perlas se le presentan, incluso a la de las Antillas, esto es, la isla de Cuba, si se le pusiera por delante.

—Ese dragón será *yankée*, —dijo riendo la Condesa.

—Lo que puedo decir a ustedes sin mentir, es que es feróstico, y tan gigante que tiene un hombro en Flandes y otro en Aragón. Si no fuera por eso, con mil amores te llevaría, Margarita (donde no te diera el sol en seis meses, añadió mentalmente Leopoldo).

La Condesa insistió en que Leopoldo se fuese, y éste, que ya estaba aburrido, se volvió poco después a su pacífica guarida.

Merced a la costumbre popular que existe, tanto en el campo como en las ciudades, entre los españoles, de dormir poco, sobre todo en verano, estaban todavía levantados sus huéspedes cuando llegó Leopoldo: D. José, para abrirle la puerta del castillo: Doña Liberata, por si quería cenar o se le ofrecía algo; y Doña Escolástica para acompañar a los otros. Los tres demostraron la mayor alegría de verle, y le dieron mil parabienes por su feliz regreso.

—¡Qué majaderías! —dijo Leopoldo, que venía de mal talante—: ¡no están ustedes poco cansados y machacones en gracia de Dios! ¡No parece sino que, como Noé, he escapado de algún diluvio universal! ¡Podríase creer, al ver ese cuidado con que están ustedes por mí, que pesa sobre mi cabeza alguna carga de graves delitos! Si ustedes me siguen moliendo con sus advertencias y apremiando con sus consejos, tan fijo como dos y tres son cinco, que me presento a D. Juan de Soto o al General Córdoba, y arda Troya.

Al oír esto, D. José, su mujer y su hermana, en fila y sin chistar, como mansos corderos, tomaron el camino de la puerta.

—No tengo sueño, —añadió Leopoldo— estoy aburrido, dado al demonio: ¿no tienen ustedes algún libro que leer, aunque sea el Bertoldo?

Salieron todos apresurados para complacer a su huésped y la primera que volvió muy ufana y contenta, fue Doña Liberata.

—Aquí tiene usted, —dijo presentando a su huésped unos libritos en rústica muy usados— este es la vida de la Virgen; nunca la leo sin llorar y morir de gozo; estas lo son de Santos, y verá usted los milagros que ha obrado Dios por su mediación, no que ese Martín Lutero no sanó ni un dolor de muelas.

Seguía sus pasos D. José, llevando en sus manos un librote panzudo en una encuadernación negra muy deteriorada.

—Bajo una mala capa hay un buen bebedor— dijo, al presentársela con íntima satisfacción a Leopoldo y abriendo el libro en el sitio donde había por señal una cuartilla de papel con palotes, provechos de su ex—escuela, se puso a leer con su gruesa y pastosa voz este trozo:

*En este tiempo Francia corrompida,
La católica ley adulterando,
Negará la obediencia al Rey debida,
Las sacrilegas armas levantando;
Y con el cebo de la suelta vida
Cobraré la maldad fuerza, juntando
De gente infiel ejército formado
Contra la Iglesia y propio Rey jurado.*

—No se canse usted más en leer esos malos versos, que serán de algún maestro de escuela bolonio, como usted, o de algún fraile panzón y pendolista —dijo Leopoldo.

—¡Qué está usted diciendo, mocito! —exclamó Don José, y señalando con el dedo la portada añadió—: son de un militar como usted, pero que tenía más seso, y por eso se ha granjeado fama y renombre.

Leopoldo leyó en la portada.

«La *Araucana* de Ercilla.»

—Déjeme usted de vejesterios, —dijo rabioso a Don José— que bastante tengo con usted, su mujer y su hermana.

—Pues mire usted que tras que le trae uno buenos libros!... —murmuró D. José, encaminándose arrastrando los pies hacia la puerta.

—Tome usted —añadió Leopoldo, corriendo a Doña Liberata, y entregándole sus tan queridas vidas de Santos—: tome usted,... para hacer cartuchos.

—¡Ay qué irreverencia! —exclamó con dolor la buena y religiosa mujer.

—No es irreverencia, señora, es despreocupación, —repuso Leopoldo.

—Mire usted mocito, —le dijo D. José— que de la que usted llama despreocupación, a la herejía y al apostatado hay camino, pero tenga presente que es pendiente y se anda muy pronto.

Diciendo esto salió D. José seguido de su hermana.

—¡Y que no entre la pesadez en la nomenclatura de las plagas del mundo! —exclamó al verlos salir Leopoldo.

No sabiendo que hacerse, se sentó en su mesa y se puso a escribir a su amigo Ramón Ortiz.

Carta a Ramón Ortiz.

«¿Dónde discurre que se halla tu íntimo? Se halla hecho víctima del despotismo y de la tiranía en el Puerto de Santa María, que bien puede serlo de todos los diablos; escondido en un castillote el más desencantado del mundo, en un castillo de Chuchurumbel en el que tontos son cuantos habitan en él.

»¿Te figuras a tu amigo el liberal, el ilustrado, el adorador de lo moderno y sede de la elegancia, encerrado en un cotarro vulgar, santurrón, servilón; con un capellán sin más luces que las de un cirio pascual, con un sacristán que tiene un apagador en la mano, otro sobre su intelecto, y los ojos apagados; con dos viejas beatas, más feas que Barrabás, que quieren a la fuerza que rece el rosario con ellas, como un santurrón, y haga una promesa a San Cayetano, de su devoción; y por último con un maestro santo de escuela, que es en lo físico y en lo moral un borrico en pie, sin que le falten las descomunales orejas propias de la especie? Me tiene este rinoceronte con sus subversivos axiomas monárquicos y teológicos tan frita la sangre, que se me van y vienen unos ímpetus feroces de ahogarle entre mis manos. ¡Sí, sí! Llegará el caso en que no pueda contener mi ira, y el día menos pensado se quedarán estáticos los coquinos⁴, y estupefactos los vandeanos de segunda edición, al ver en una de las torres litografiado a un maestro de escuela.

»Por fortuna tenía yo aquí a un Padrino que no te nombro, pues voy viendo que en los tiempos retrógrados que corren, la prudencia se hace necesaria; y mientras sea necesaria la prudencia, que es un freno, que es una hipocresía, que es una contemplación del parecer ajeno, nada hemos adelantado en la luminosa senda de la libertad y de la independencia. Este padrino me ha prometido sacarme pronto de este centro de oscuridad, de este pantano de turbias, mansas y estancadas aguas, de esta jaula vetusta y ruinoso de lechuzas y pájaros bobos. Mi primer vuelo será el de las golondrinas, esto es, surcaré los mares para reunirme, a los míos, a ustedes, queridos, para morir o cantar, según las circunstancias.

⁴ Ya hemos dicho en otro lugar que este nombre dan a los habitantes del puerto de Santa María, por la gran abundancia de una almeja pequeña de aquel nombre, que se vende por sus calles.

»Esta noche cansado de mi odiosa prisión y de mis insoportables carceles, que a los demás tomentos que me causan, añaden, sin mi licencia, el de quererme muchísimo, salí a dar una vuelta, y me encontré en el paseo a la... ya iba a poner su nombre sin acordarme de mi reciente alianza con la señora Prudencia, persona cuyo trato estirado me es antipático. La... me ha dicho que estás en Cádiz, y me ha ofrecido encargarse de esta carta, y cuidar de que llegue a tus manos.

»Con ella estaba su insoportable apéndice, la niña Margarita, ese inoportuno *Métome en todo*, que con sus ojos de lince me reconoció a un cuarto de legua y con su voz de silbato se puso a llamarme, comprometiendo mi incógnito, para participarme que los franceses la apellidaban *perla*, por llamarse Margarita. Las hijas de la primera pecadora del mundo no han degenerado nunca, sacan la vanidad y la presunción del seno de sus madres. ¡Qué crianza da su madre a esa niña! Asombra. ¡Qué niña! ¡Qué niña! ¡Quién pudiera disolver esta perla en vinagre, como lo hizo la hermosa Cleopatra con otra!»

Capítulo VI

EL QUID PRO QUO

La buena fe es el primer distintivo
del hombre honrado, y el
espontáneo brote de un corazón sano.

MÁXIMA.

El alma buena, llena de pureza,
juzga por bien lo que es indiferente,
y en el mal halla achaques de flaqueza.
Aquí tiene principio, de aquí nace
aquella santa celestial simpleza,
que a Dios tanto enamora y tanto place.

DIEGO MURILLO.

A la mañana siguiente y temprano, recibió Leopoldo un billete sin firma, que le entregó un Marinero. Leopoldo reconoció la letra, que era la de Valverde. Contenía estas palabras:

«Leopoldo: eres incorregible, y has nacido para desesperar a tus amigos. Has tenido el atrevimiento de presentarte en un paseo público, de saludar y estar largo rato hablando con una señora muy conocida: su niña lo ha dicho, y ha descubierto tu paradero: esta mañana vas a ser preso. Para evitarlo, vístete el traje de marinero que te lleva el dador, que es hombre de toda mi confianza, y síguelo. Él cuidará igualmente de poner en salvo tu equipaje.»

Apenas concluyó Leopoldo de leer la esquila, cuando se puso a liar su equipaje, vistió el traje que le llevaban, escribió una esquila a D. José, que con su familia estaba en misa, en que le avisaba su marcha, se despedía y le rogaba comprase a su mujer y hermana una memoria, con diez onzas que quedaban con la carta; enseguida añadió estos reglones a la carta de Ramón Ortiz.

«Estoy descubierto, y es preciso huir. La niña Margarita, esa cotorrita habanera, esa sabonetilla de repetición, me ha vendido. No tengo tiempo para más.

Ya te participaré los futuros destinos de tu amigo, el más perseguido y el más errante.»

Enseguida cerró ambas cartas, y con su acostumbrado atolondramiento, equivocó las direcciones, poniendo a la de D. José el sobre a Ramón Ortiz, y dirigiendo la que había escrito a Ramón Ortiz a Don José. Puso esta con las diez onzas sobre la mesa de la sala, hecho lo cual siguió a su guía.

Media hora después volvían de misa los habitantes del partido.

—¿Y D. Leopoldo? —preguntó D. José, que fue el último que llegó.

—No se habrá levantado —contestó su mujer.

—Si no se hubiese acostado tan tarde... —gruñó Don José.

—¡Pobrecito! déjale que duerma; que dormir mucho es propio de la poca edad —dijo Doña Escolástica.

—Sí, sí, que duerma, —opinó Doña Liberata— mientras duerme no se fastidia, ni se impacienta, ni peca.

—¡Pobrecito, pobrecito!... Están ustedes con el señorito que han de acabar por tocar rosarios en él.

—¡Pobrecito! Pobre es el diablo que no ha de ver a Dios... Bien que con el camino que lleva, puede que a él le suceda lo propio, regruñó D. José.

—¡Pepe! No te conozco, observó su hermana; esos son malos juicios;

D. Leopoldo es un bendito, y sus cosas no son más que chamarasca.

—En nada lleva mala intención, —añadió su mujer— ni tiene hiel; y nos quiere bien.

Don José se había acercado a la mesa, y vio entonces la carta que sobre ella había colocado Leopoldo.



¡Ay cómo huele a liberal! Carátula de caja de cerillas. Colección Alberto Ramos.

Una carta para D. José era cosa demasiado extraordinaria. ¿Quién podrá escribirme? pensó, sacando de su estuche de zapa negra sus espejuelos.

En este momento Doña Liberata, que había ido al cuarto del huésped, entró con sus pasitos cortos apresurados, diciendo azorada.

—¡Pepe!... ¡Escolástica!... no está en su cuarto; no está en su cama... no está en parte alguna!

—¡Ay! ¡Qué habrá sido de él! —exclamó Doña Escolástica cruzando las manos.

—¡Toma!, se habrá largado con viento fresco —dijo Don José—, sin decir ni chuz ni muz, y sin pedir parecer a nadie; de la misma manera que entró.

—¿Si será del pobrecito esa carta? Pepe, hermano, léela.

Mientras D. José se ponía sus grandes espejuelos, murmuraban su mujer y su hermana: —¡San Rafael vaya con él! ¡San Cayetano lo proteja!

Don José abrió la carta y se puso a leer:

«¿Dónde discurrees que se halla tu íntimo?»

—¿Mi íntimo? —dijo D. José— ¿Dónde está esa intimidad? ¡Y me dice de tú! ¡Eso no está bien con un hombre de mis años!

—Eso es franqueza —dijo su mujer.

—¡Patrañas! —contestó el lector, que prosiguió:

«Se halla hecho una víctima del despotismo y de la tiranía:

—¡Las paparruchas de siempre! —gruñó D. José.

«De... de... de la tiranía en el Puerto de Santa María... que bien puede serlo de todos los diablos.»

—¡Buen principio de semana! —observó el lector.

«Los diablos... escondido en un castillote el más desencantado del mundo.»

—¡Ya! —dijo Doña Liberata—, desde la bula de la Santa Cruzada...

Don José prosiguió sin detenerse:

«En el castillo de Chuchurumbel, en el que son tontos cuantos habitan en él.»

Don José paró su lectura, miró a su mujer, y después a su hermana, que bajaron los ojos, y continuó:

«¡Te figuras a tu amigo el liberal, el ilustrado, el adorador de lo moderno y sede de la elegancia, encerrado en un cotarro vulgar, santurrón, servilón, con un capellán sin más luces que la de un cirio pascual!»

—¡Jesús, Jesús! ¡Vaya por Dios, vaya por Dios! —exclamaron a una voz Doña Escolástica y Doña Liberata.

Don José después de escombrarse estrepitosamente y con coraje, prosiguió:

«Con un sacristán que tiene un apagador en la mano, otro sobre su intelecto, y los ojos apagados; con dos viejas beatas, más feas que Barrabás...»

—¿Lo oyes Liberata?

—¿El qué? —preguntó esta que no había oído bien, a causa de que la recia y corajuda voz de D. José al leer los cumplidos dirigidos a su mujer y a su hermana, se había apagado.

—Que somos más feas que Barrabás —le gritó muy formal, pero sin incomodidad, su cuñada.

—¡Vaya, eso es ponderación! —opinó Doña Liberata.

—¡El pobrecito... el bendito!... ¡Cascabeles con el mocito! —dijo D. José que volvió a leer:

«Más feas que Barrabás; que quieren a la fuerza que rece el rosario con ellas como un santurrón y haga una promesa a San Cayetano, santo de su devoción; y por último, con un maestro de escuela...»

—Por lo visto, —observó el lector— en el modo de pensar de este mocito sólo oran los santurrones. Pero vamos a ver, —prosiguió, estirando bien la carta, y acercándose a la ventana— ahora la emprende el angelito sin hiel conmigo, y ahora viene el trueno gordo:

«Un... un... un... maestro de escuela, que en lo físico y en lo moral parece un borrico en pie, sin que le falten las descomunales orejas propias de su especie.»

—¿Que t—a—l, tal? —dijo el lector, cuyas mencionadas orejas se habían puesto del color de la grana, y cuyo labio inferior estaba más caído y saliente que nunca— ¿Qué tal? ¿Qué decís ahora del pobrecito, del bendito? ¿Sabe insultar el nene? ¡Liberal, liberal de los exaltados; que para eso se pintan solos! ¡Y dejarnos esta sarta de desvergüenzas y oprobios por despedida, al largarse a la francesa! ¿Puede esto concebirse entre gentes blancas?

—Eso no está bien —dijo Doña Liberata.

—Eso no es regular, —añadió Doña Escolástica.

Don José continuó leyendo.

«Me tiene este rinoceronte con sus subversivos axiomas monárquicos y teológicos tan frita la sangre...»

—¿Rinoceronte? Oye Pepe, ¿y eso qué quiere decir? —preguntó su mujer.

—Quiere decir —contestó con despecho el interrogado—, un animal, un animal disforme, primo, paisano y compadre del elefante.

—¡Qué cabeza de chorlito! —dijo Doña Liberata.

—¡Qué cabeza de novillo de cuatro años! —rectificó D. José furioso—, que con cada embestida tumba patas arriba al que entrecoge!

—Vamos, sigue, Pepe; veremos en qué viene a parar —pidió su mujer.

—¡Sigue!... —repuso éste— Como que es muy divertida la lectura y da un buen rato a cualquiera.

Don José volvió a ponerse, con un gesto violento, la carta ante la vista, y prosiguió:

«Rinoceronte,... la sangre, que se me van y vienen unos impulsos feroces de ahogarle entre mis manos...»

Al llegar a este párrafo, la carta cayó de las manos de D. José, que palideció.

—¡Intenciones de asesino! ¡Ánimas benditas!... ¡Quién hubiera pensado que tales pensamientos abrigara, al verle tan gentil y tan galán! —exclamó Doña Escolástica.

—¡Gentil!... ya lo dijiste —repuso D. José—. ¡Un mal cristiano sin fe ni ley; un hombre a quien nada habíamos hecho sino bienes, que siente conatos de matar a uno, sólo porque oye de sus labios la palabra de Dios! Esto es una iniquidad, una ingratitud poco vista.

—No nos pese el poco bien que le hemos hecho, Pepe —dijo Doña Liberata—. El bien agradecido es pagado por el que lo recibe, el bien no agradecido lo paga Dios; pues nada de lo que hagan los hombres, de bueno ni de malo, ha de quedar sin compensación.

—Si volviese, haríamos por él lo que pudiésemos, ¿no es verdad, José? —añadió Doña Escolástica.

—Menos meterle en casa, —repuso su marido— que de los escarmentados nacen los avisados. Así me harán ustedes el favor, aunque se ahoguen de calor, de tener de noche la ventana de la cocina cerrada, no vuelva a entrarse ese mal alma la noche menos pensada; que ya sabe el camino.

—Pero ¿qué es lo que hay en este papel? —preguntó Doña Liberata, que se había acercado a la mesa, y que, abriéndolo, vio aparecer a sus ojos las diez onzas que debían acompañar la carta escrita a D. José y que había tomado el camino de Cádiz.

—¡Qué les parecen a ustedes los sesos a la jineta del mozo! —dijo D. José— ¡Se deja olvidado su dinero! ¡Vamos!... ¡si ese hombre no tiene atadero!

—¡Dios mío! ¡y falta que le va a hacer al infeliz! —exclamó Doña Liberata.

—¿Pepe, no se le podría enviar? —preguntó su mujer.

—¿Y a dónde se le dirige, mujer de Dios? —contestó impaciente su marido— Nada, guardadlo; que cuidado tendrá él de reclamarlo.

—¿Y si no lo reclama?

—En pasando estos barullos se indagará dónde para, y se le enviará.

—Pepe, ¿y si nos morimos? —dijo su hermana.

—Mujer, casualidad sería que de aquí a que las cosas se seren en muriésemos los tres. Pero por si acaso, dame el papel y el tintero.

Don José escribió en una cuartilla de papel estas palabras: «Estas diez onzas de oro pertenecen a Don Leopoldo Ardaz, teniente que era en el año de 1823 del Regimiento de Reales, al que deberán ser entregadas.» Dobló el papel, lo lió con las diez onzas en un pliego con todo primor, le puso tres obleas cuadradas, y escribió encima la palabra depósito. Diolo a su mujer para que lo guardase en el arca de cedro, en que se guardaban con reverencia las alhajas de la casa (incluso el consabido frac negro de D. José, y sus títulos y licencias para abrir escuela), y se preparaba a seguir la lectura de la carta, cuando se oyó un tropel por la escalera, y asomándose los tres a la pequeña antesala, vieron con asombro presentarse en la Plaza de Armas a un Coronel francés, que hacía de mayor de plaza, con algunos soldados y un intérprete.

El Coronel mandó poner un centinela a la subida de la escalera y dijo en voz recia:

—*Monsieur Josef Mentor, maitre d'école.*

Omitiremos pintar, —porque el lector lo habrá comprendido ya—, el susto y alarma que se apoderó de aquellas buenas gentes, que habían pasado su tranquila vida en aquel castillo, verdadero paréntesis de piedra en la activa ciudad, tan olvidado, tan petrificado, tan extraño y tan inaccesible al bullir de

mundo y al ruido de los acontecimientos, como lo está una roca en medio del mar al movimiento y estrépito de las olas que no la mueven ni impregnan.

—¿No os dije siempre que ese desatinado nos había de atraer algún pesar? —exclamó consternado Don José— ¡Esto es salir de Herodes, y entrar en Pilatos! ¡Cúmplase la voluntad de Dios! Servidor de usía, añadió presentándose ante el Coronel y haciendo la cortesía más desgarbada que han visto ojos humanos.

—Usted tiene aquí escondido a un preso fugado —dijo el Coronel.

Don José contestó: señor, aquí vino un sujeto que yo no conocía, y que por más señas se entró de noche por la ventana, y sin pedir mi venia. Buscaba amparo, y se lo dí; que no creo yo, que amparar al desvalido está prohibido, ni por las leyes divinas ni por las humanas. Así, pues, aquí ha estado, en mi casa; pero ya no está.

El Coronel mandó registrar el castillo, y no se encontró a nadie.

—Usted le ha hecho fugar —dijo el Coronel—. Así pues, es usted cómplice.

—¿Cómplice? ¿De qué? —preguntó D. José.

—Usted le ayudaba en su intento; era un espía.

—Qué, señor, no puede ser; ni escribía ni veía a nadie.

—Pues él debía tener precisamente informes, y algún amigo que le ha avisado de haber sido reconocido anoche, y que le ha proporcionado los medios de fugarse.

—Eso no sé yo.

—Pero de cierto sabrá usted quien es ese amigo.

Don José calló un instante, en el que el miedo y su honrada veracidad sostuvieron un recio combate, y después contestó:

—Le conozco, pero aseguro, a fuer de hombre de bien, que sólo de vista.

—¿Y quién es? —preguntó el Coronel.

Don José pasó su dedo alrededor de su cuello, y respondió con decisión:

—Eso no lo digo; ¡aunque pierda esta!

Su mujer y su hermana se precipitaron hacia él acongojadas, como si viesan ya en peligro aquella cabeza tan querida.

—*Oh! le sot!* —exclamó el Coronel.

—¿Qué dice? —preguntó su hermana.

—Me dice sólo, porque creerá que quiero huir —contestó su hermano—. No, señor —añadió con creciente entereza—; no trato de huir: no puedo ya correr, ni quiero. Aquí estoy: usía es el cuchillo y yo la carne; haga Usía lo que quiera de este infeliz, que en los años que tiene, no ha tenido un sí ni un no con la justicia. Pero que por mi dicho se lo siga perjuicio a nadie; que José Mentor sea un delator... ¡eso no! aunque me lo mandase el mismo Rey, que Dios guarde.

—Pues irá usted a la cárcel —dijo para intimidarle el Coronel.

—Iré —gritó en un arranque de desesperado valor Don José, señalando con el brazo heroicamente la escalera.

Su mujer y su hermana se abrazaron a él llorando amargamente.

—¿Le ha confiado a usted el fugitivo algunos papeles? —preguntó el Coronel.

—Ninguno.

—Que registren al señor —mandó el jefe.

Esta orden fue ejecutada al punto, y la carta de Leopoldo fue hallada en el bolsillo en que la había metido su dueño.

—¿Lo ve usted? —dijo el Coronel, esta carta es para usted— y debe ser de su preso.

—Verdad es —contestó D. José.

—Así, pues, usted me engañaba.

—¡Yo engañar! —exclamó ofendido D. José—. ¡No, señor, yo no engaño nunca. Esta carta es mía, escrita a mí, y no es ningún papel que pertenezca al que se busca, ni menos es un depósito. ¿Usía me comprende?

Apenas empezó el Coronel a leer la carta, cuando a pesar del carácter de Juez de que venía revestido, empezó a reírse tan irresistiblemente, que aquella escena de tribunal acabó en escena de sainete.

En esta carta aparecía la no complicidad de Don José tan patente, pintaba tan a las claras la situación, que el Coronel, al devolvérsela, le pidió excusas, le hizo un ligero saludo, y se retiró.

Apenas se hubo ido, cuando D. José, cogiendo, con una de sus manos el brazo de su mujer, y con la otra el de su hermana, se las llevó, arrastrándolas precipitadamente a la sala.

—¿No han caído ustedes?... —les preguntó con toda la alegre animación de que era capaz su tranquila naturaleza.

Su mujer y su hermana le miraron atónitas, diciendo:

—No. ¿Qué hay?

—Hay —contestó entusiasmado D. José—, hay que ese D. Leopoldo es un hombre bueno si los hay; prevenido, a pesar de sus pocos años; un hombre honrado, un amigo leal, y con muchísimo criterio, con un corazón bueno y noble —añadió enternecido, dándose una palmada en el pecho—. ¡Esta carta, esta carta! —repitió, dando sobre el papel golpes con el reverso de su mano—; esta carta, que creíamos un insulto, esta carta nos ha salvado. Y, previendo lo que iba a suceder, la escribió solo con este fin. ¿No lo estáis viendo claro como la luz del día?

—¡Verdad es! ¡Verdad es! —exclamaron gozosas y asombradas las cuñadas.

—¡Mira si discurrió el pobrecito! —añadió Doña Liberata— ¿No decía yo que nos quería bien?

—Si tenía muy buenas entrañas, hijo mío, y las luces muy espabiladas!... —dijo Doña Escolástica.

—Cuidado, —previno D. José— que aunque tengáis frío, dejéis todas las noches la ventana de la cocina abierta.

—Y una mariposa para que se distinga bien en la oscuridad —añadió su mujer.

—El Faro de San Sebastián⁵ —dijo con una especie de asomo de bosquejo de sonrisa el grave Don José.

—No —observó su hermana—, el de San Cayetano, jabogado de la Providencia!

⁵ Así se denomina el Faro de Cádiz.

Capítulo VII

EL ECO

Eco, Hija del Aire y de la Tierra,
amó a Narciso; mas viéndose
desdeñada por ese amante de sí
mismo, se retiró a las cuevas, los
montes y los bosques, en los que
la consumió su dolor, no quedando
de ella sino la voz.

MITOLOGÍA

Merced a su disfraz, había llegado Leopoldo a Cádiz embarcado en el falucho que llevaba las frutas y legumbres al Rey, en vista de que la casualidad suele mimar a los que en ella confían, así como la prudencia suele desamparar cabalmente a sus más fervientes subordinados.

Una vez en Cádiz, Leopoldo se halló en su centro, rodeado de amigos y camaradas, y en sus glorias por haber salido del espantoso centro del servilismo, proponiéndose persuadir al Duque que lo demoliese, lo que contribuiría a modernizar el



Ataque de la Escuadra Hispanofrancesa para reponer a Fernando VII en el poder absoluto. Óleo anónimo. S. XIX.

Puerto. Pero el día menos pensado, exclamó: –¡Pues para tan poco tiempo no fuera Príncipe yo!– cuando se halló al Rey en su Trono absoluto, y a sí mismo *indefinido*. Leopoldo hizo varias exclamaciones corajudas, ensartó una docena

de maldiciones contra los *servitas* y los esbirros de la Santa Alianza, y se puso a tocar la flauta.

Había llegado a Cádiz la Condesa de la Enramada con su inseparable Margarita. Cuando fue Leopoldo a verla, miró de una manera feroz a la niña, que en cambio le dijo con su nunca atajada franqueza.

—¡Ay, Ardaz, en todas partes está usted! Yo pensaba que se hallaba usted para siempre en el castillo de *No volverás*.

—Aquí estoy para servirte, hijita mía —contestó Leopoldo—. Te lo digo porque no me importa que lo repitas. ¿Sabes, señorita Eco?

—¿Eco? ¿Qué es Eco, Ardaz?

—La primera parte de una virtud muy apreciable, y que yo deseara que gastases en tus palabras, perlita Eco.

—¡Mamaíta, que Ardaz me dice señorita Eco!

—Es un nombre muy bonito, mi corazón —repuso su madre.

—¡Pues no quiero, no quiero, no quiero! —repitió la niña alzando gradualmente la voz— Me llamo Margarita, que quiere decir perla.

—Eco —dijo con los labios sin que se oyese Ardaz—, que era poco menos niño que su interlocutora.

—Mamaíta —dijo esta desesperada—, prohíba usted a Ardaz que me diga Eco: me llamo Margarita, que quiere decir perla.

—Perlesía —enmendó entre dientes Leopoldo.

—Hablando de eco. Ardaz, ¿ha oído usted hablar de uno muy famoso que suena en los fosos de Puerta de Tierra? —dijo la Condesa.

—Es la primera noticia que tengo —respondió el interrogado.

—¿Qué es eco? —preguntó la niña dirigiéndose a Ardaz, en vista de que su madre se acababa de levantar para recibir a unas amigas suyas que entraron.

—Ese eco es —le contestó Leopoldo, una ninfa muy amiga de repetir cuanto oye, a quien, para castigarla, ha preso en los fosos de Puerta de Tierra Don Fulano Hércules, que fundó esta ciudad. Ya lo sabes: escarmienta.

—¿Y qué son fosos, Ardaz?

—Zanjas.

—¿Y qué son zanjas!

—Hoyas.

—¿Para guisar?

—Sí, al eco; que cuando hierve, suena muy bien.

—¿Quién? —dijo la Condesa dirigiéndose de nuevo a Leopoldo. No puede oírse cosa más linda que el sonido de una flauta en aquellos parajes. Ardaz, usted que toca tan bien ese instrumento, ¿podría proporcionarnos el buen rato de oírle allí? Estas amigas mías lo desean tan vivamente como yo.

—Con el mayor placer, Condesa —contestó Leopoldo.

—Quedamos, pues, convenidos y aplazados para mañana a las dos de la tarde —dijo alegremente la condesa.

—Yo también quiero ir —exclamó Margarita.

Leopoldo, que como hemos dicho, era poco menos niño que ella, estuvo para decirle: si tú vas, no voy yo.

Al día siguiente fueron todos puntuales a la cita, y se pusieron en camino, subiendo a la muralla por disfrutar de mejor vista y mejor piso.

—¿Dónde lleva usted la flauta? —preguntó Margarita a Leopoldo.

—En la petaca —contestó éste.

—¡Ay, qué chica es! A verla.

—No puede ser: en la muralla están prohibidas las armas.

—¿Pues qué, es un arma?

—Sí... en caso de guerra sirve de pistola.

—Eso no es verdad...

—Qué fina eres, *perla* no oriental.

—¡Mamaíta, Ardaz no me quiere enseñar la flauta!

—En los fosos la verás, vida mía —le respondió su madre.

No habían andado diez minutos cuando dijo la niña:

—Mamaíta, tengo sed.

—Hija, ¿qué te ha producido esa sed! ¿Te sientes indispuesta, mi corazón?

—No, sino que tengo mucha sed.

—Ardaz, allí veo a un rosquetero con vasos de agua: si tuviese usted la bondad de llamarle.

—Con mucho gusto, señora.

Y Leopoldo echó a correr, renegando enérgicamente de la niña.

No habían llegado a la mitad de la muralla cuando dijo la niña:

—¡Mamaíta, estoy cansada!

—¡Pobrecita mía! —repuso su madre compadecida— Sentémonos un poco en este pretil para que descanses.

El diván de los pordioseros, pensó desesperado Leopoldo. ¡Dios sabe si habrán dejado en él reminiscencias animadas!

A poco, con la inestabilidad de los niños, Margarita se levantó, atravesó la muralla, y se fue al lado opuesto que domina la bahía, mas siendo muy alto el parapeto, se puso a gritar:

—Ardaz, Ardaz aúpeme usted que quiero ver los barcos.

Leopoldo hizo como si no lo oyese.

—Ardaz, ¡cuánto agradecería a usted —dijo la Condesa— que alzase un instante a la niña! La pobrecita mía no alcanza a ver los barcos.

—Con mil amores, Condesa.

«Vamos, ¡esto es insoportable! —iba murmurando Leopoldo al atravesar la muralla—, ¡vaya con la zangoncita de la niña que es preciso levantar en peso, como si tuviese dos años!»

—Oye niña —le dijo alzándola del suelo lo suficiente para que su cabeza sobresaliese del parapeto, de manera que la niña apoyó en él sus manos y su barba—; oye, niña, ¿tú no vas a la amiga?

—¿Y usted no va al colegio? Pues yo he visto en el de artillería en que está mi hermano, unos colegiales más altos que usted

Un segundo después dijo Leopoldo:

—Ya puedes haber contado los barcos, los faluchos y hasta las lanchas de la bahía, y soltando de repente a la niña, que tenía apoyada su barba en la piedra tosca del parapeto, se la desolló al caer, y prorrumpió en los más lastimeros ayes y quejidos.

¡Ahí fue ella!... La Condesa temblaba convulsa; sus amigas estaban a cual más azoradas y compadecidas. Lo que es Leopoldo, causante del mal, hacía el papel más desairado; sus muestras de interés eran rechazadas por la paciente con imponente rencor, a punto de coger y arrojar por encima del parapeto un pañuelo de holán que Leopoldo le presentaba, para estancar una mostacilla encarnada que se había asomado a la rozadura.

Fue preciso bajar de la muralla, e ir a una botica, donde se aplicó a la lán-guida doliente sobre su desolladura un papelito de estraza humedecido con agua y sal, y a instancias de la misma, que ardía en curiosidad de oír el eco que cantaba al hervir en una olla, volvieron a emprender su caminata a los fosos de Puerta de Tierra.

Llegaron, y salvaron la puerta de la ciudad, puerta fuerte, colosal, revesti-da de su armadura de baluartes y parapetos, armada de punta en blanco, que con su puente levadizo parece extender una mano amiga al que acoge, o levantarlo como un puño amenazador contra el que como conquistador, qui-siese penetrar en el recinto que guarda, y que es el nunca profanado asilo del españolismo, pues aquella puerta nunca se abrió sino a la voz de ¡viva España! aquel eco nunca repitió con su dulce acento sino ¡viva España!

Mientras nos hemos entretenido en considerar la puerta, habían bajado la Condesa y los que la acompañaban, a los fosos; a Margarita se le había caído el papel de estraza sin sentir, aguardando con la boca abierta el ver salir una flauta, de una petaca, y Leopoldo se había puesto a tocar.

Hallábanse todos embebidos en el efecto encantador que producían los sonidos de la flauta, tan distinta como suavemente repetidos por el eco, y embalsamados por aquellas melodías aéreas, que se cernían entre murallas, fosos y baluartes como rayos de sol que hubiesen bajado a brillar y reír en un calabozo, cuando, sin haberlos notado venir, se hallaron a su lado el Capitán francés que estaba de guardia en la puerta de Tierra, acompañado de dos ami-gos, que habían sido atraídos por la magia de aquellas melodías gemelas.

Leopoldo que, como hemos dicho siempre se dejaba llevar por su primer movimiento, derecho, pronto, y sin detenerse, como salen las muñecas de muelle de las cajas en que están encerradas, Leopoldo, que sentía un odio tre-mebundo, que había de durar dos meses, hacia los franceses, no bien los vio cuando apartando la flauta de sus labios, la desmontó y guardó en el bolsillo.

—¡Ay! —dijo Margarita—; Ardaz no quiere tocar más porque han venido aquí esos oficiales.

—Espero que no será así —dijo el Capitán saludando a las señoras— y como hemos bajado aquí atraídos por el dúo encantador que ejecuta el señor con el eco, el suspenderlo sería una desatención que no merece nuestro deseo de oírle, puesto que nada tiene que no sea lisonjero para ese caballero.

—Llamad como gustéis a mi negativa —dijo Leopoldo—;... pero no toco más.

—Caballero —repuso el francés—, una desatención confesada, es un insulto. ¿Debo interpretarlo así?

—*Ad libitum* —respondió con su usual frescura Leopoldo.

Las señoras, a quienes la sorpresa había dejado paradas hasta entonces, intervinieron, pero era tarde. Sus reflexiones y sus persuasiones se estrellaron contra el *ultimatum* del ofendido Capitán.

—El señor me ha insultado, y sólo tocando podrá darme la satisfacción que me debe. Si no me otorga esta, pediré otra que no se niega.

Leopoldo por su lado respondía a los agentes de la conferencia, con el más perentorio:

—No toco; pero me hallo muy dispuesto a complacer al señor en su segunda exigencia.

Por más que la Condesa les hizo presente que un desafío en las circunstancias de entonces tendría para ambos contrincantes los más funestos resultados, y les proporcionaría los más trascendentales compromisos, ninguno cedía. ¡Cómo habían de ceder, si creían ambos, con mucha formalidad, que en aquellas insignificantes quisquillas estaba comprometido nada menos que... su honor!!! Nosotros los hombres nos burlamos del sexo bello; pero, confesemos internos, que a veces debemos los del sexo feo parecer muy ridículos al bello, en particular cuando nos metemos a confeccionar códigos, que es nuestra parte flaca.

Entonces las señoras acudieron a las súplicas, y a las lágrimas. El francés se mantuvo inmutable como el destino, impasible como una de las pirámides de Egipto, que son una de las maravillas del mundo. Pero Leopoldo que, a pesar de sus ligeros cascos, era un caballero, sintió haber, y sobre todo en presencia de señoras, dado lugar a aquella escena tragi-ridícula. Considerando esto, sacó su flauta con mucha cachaza, y dirigiéndose a las señoras:

—Conozco que he sido un imprudente, que he faltado a los miramientos debidos a señoras. Pero es de cuerdos reconocer su error, y de prudentes enmendar su yerro. Voy a complacer, no a los señores, sino a ustedes, a las que debo esta reparación.

Leopoldo tocó algunos compases, guardo su flauta, y se retiraron.

Las señoras iban tan satisfechas y tan agradecidas a la prueba de consideración que les había dado Leopoldo, que no sabían cómo demostrárselo y encomiar su fineza, su buen trato y su prudencia. Las pobres señoras no habían notado que al pasar cerca del Capitán le había Leopoldo entregado su tarjeta, en señal de que volverían a verse, y que por consiguiente, estaba muy lejos de merecer los justos y sensatos elogios que admitía el hipócrita con una modestia admirable.

Había Leopoldo entregado su tarjeta, porque decía de buena fe, según el *código de honor* de los espadachines, que en este lance estaba su *honor* comprometido. ¡Hasta este punto han llegado los varones con barba y sin ella, a tergiversar el sentido de la palabra *honor*, que genuinamente significa gloria o buena reputación, que sigue a la *virtud*, al *mérito* y a las *acciones heroicas*, haciendo como ciertos salvajes, que llaman dioses a unos ídolos que ellos mismos confeccionan, a los ojos de los cuales creen hacer una obra meritoria inmolando víctimas humanas, y rociando sus aras con sangre! ¿Pues qué es un llamado *lance de honor*, sino un asesinato premeditado?

Así sucedió, que a la mañana siguiente a las cinco, estaba Leopoldo con sus padrinos y el Capitán con los suyos en Puntales, el uno frente al otro con una pistola en la mano.

La suerte había decidido que al marchar el uno sobre el otro, fuese el Capitán el que tirase primero, y así sucedió. Pero Leopoldo tenía razón en confiar en su buena estrella, que no lo desamparó. La bala francesa pasó rozando por su hombro, y fue a herir mortalmente a una inocente retama.

Ambos desafiados siguieron avanzando.

—¿Qué vas a hacer? —gritó a Leopoldo su padrino Ramón Ortiz.

—A matarle —contestó Leopoldo con su inalterable sonido de voz—; o a perdonarle la vida bajo una condición.

Los desafiados se pararon y quedaron inmóviles en su misma posición.

—¿Y cuál es esa condición? —preguntaron los franceses.

—Esta condición es —contestó Leopoldo—, que cante el señor una canción.

—¡Cantar!... ¡en estas circunstancias! —exclamaron.

—No hay más: cantar o morir —repuso Leopoldo—. El señor me forzó a tocar sin ganas; yo le obligo a mi vez a cantar sin ellas. Sólo así quedamos

pagados; es el finiquito de nuestras cuentas. Ya veis que no abuso de mi ventaja, cuando sólo pido la aplicación del talión.

El Capitán se negó, Leopoldo insistió.

¡Era de ver la inmovilidad de aquellos dos hombres, impávidos ambos, el uno cerca de recibir la muerte, el otro próximo a darla, por una canción, por unos sonidos de flauta, por una de esas fruslerías, dignas bases de los insensatos lances de honor! ¡Era de ver, repetimos, esa inmovilidad, que contrastaba con la activa intervención de los testigos, que iban, venían y se afanaban sin resultado!

Mas al fin, viendo que Leopoldo estaba resuelto a no ceder, conociendo que el tiro de su pistola a la distancia en que se hallaban, no podía marrar, empezó a vacilar el Capitán, porque el valor que no se apoya en una buena causa y que no es sostenido por la conciencia, es bravata, y decae cuando no logra su objeto. Se penetró por último, del argumento que uno de los testigos le hizo, y fue, que si su Enrique IV había dicho que bien valía París una misa, y la oyó, aunque era entonces protestante podía él decir, sin rebajarse, que bien valía su vida una canción. El Capitán, pues, apretó los dientes, y cantó con una voz poco armoniosa este estribillo (*refrain*) de una canción de su romancero en boga, Béranger:

*«Reviens ma vois faible, mais douce et pure;»
»Il est encore des beaux jours á chanter.»*

Leopoldo y sus testigos, mudos e impasibles saludaron y se retiraron. El lance costó al Capitán dos, sangrías y quinientas sanguijuelas (sistema Broussais).

Por más que se esmeraron los actores de este acontecimiento en callarlo, empezó a cundir, esparcido por conductos invisibles, impalpables y desconocidos, como suele acontecer con todas las cosas que se quieren tener secretas; como si la justicia divina anticipase premios y castigos, desvaneciendo con su soplo el velo con que piensan los hombres cubrir sus maldades; pues ciertamente en esta inconcebible publicidad hay algo de providencial.

Pocos días después, estando Leopoldo en casa de la Condesa de la Enramada, y hallándose la sala llena de gentes, un caballero, ignorante del todo de las personas que habian figurado en el lance, lo refirió desde su principio hasta su fin con todos sus pormenores.

La condesa, que ignoraba el desenlace, palideció y miró a Leopoldo, que estaba tan sereno e impasible como si se estuviese refiriendo un hecho del tiempo de los moros.

—¿Y no se ha podido averiguar quiénes han sido los actores del lance? —preguntó al narrador uno de los concurrentes.

—Nada absolutamente. —contestó éste— Y es una suerte; porque las autoridades están furiosas, y dicen que es necesario un escarmiento y una enérgica represión, para evitar en las delicadas circunstancias actuales que estos lances se repitan.

—Pues yo sé quiénes son. —dijo Margarita.

—¡Niña! —gritó en la mayor angustia su madre, cogiéndola por un brazo.

—Sí que lo sé —gritó contrariada la niña—. El que tocó la flauta fue Ardaz, y el francés que le quería oír era el que estaba de guardia en la Puerta de Tierra⁶.

A la madrugada siguiente, Ardaz, de nuevo fugitivo por causa de la niña Margarita, se embarcaba en un vapor inglés, maldiciendo a todas las niñas mal criadas, mimadas, entremetidas y parlanchinas.

⁶ El lance referido nos ha sido comunicado por personas fidedignas que en aquella época se hallaban en Cádiz.

Capítulo VIII

SAN CAYETANO

El tránsito de la Iglesia a una secta,
se hace generalmente por el camino
de los vicios: y el de una secta a la Iglesia,
siempre por el de las virtudes.

FITZ WILLIAMS

Una pobre mujer es la que me ha
enseñado o ilustrado sobre las vías
de la Providencia. Ella había puesto
en Dios la misma confianza y esperanza
que yo había puesto en los hombres;
y nunca he visto un ánimo más sereno
en una situación más desgraciada.

BERNARDINO DE SAINT-PIERRE

Para volver a hallar a las personas que han actuado en nuestra relación, en circunstancias que tengan analogía con las anteriores, tenemos que salvar dieciocho años, los cuales, vistos de frente, parecen un siglo, y vistos de espaldas, parecen un átomo. Totalmente se transforma el Tiempo, ese Rey coronado de las canas que platea, ese Padre de la experiencia y de la ciencia, ese campeón despacioso de la verdad, ese viejo ligero con dos alas, que le sirven, según dice Julio Sandeau, la una para borrar nuestras alegrías, la otra para enjugar nuestras lágrimas.

Más, este viejo, que tantas sepulturas abre, había en el trascurrido espacio abierto la de uno de los que hemos visto en los anteriores capítulos, ¡y era Don José! Había acaecido su muerte de la manera siguiente.

Una noche, después de haber rezado, se acostó Don José en perfecta salud, al lado de su buena compañera: a la mañana siguiente llamó ésta a su cuñada Doña Liberata, acudió, y...

—Hermana, le dijo, mira que me parece que Pepe se ha muerto.

—¡Qué! no; no puede ser... —repuso ésta acercándose a su hermano ya cadáver.—¡Pepe, Pepe! llámalo; pero viendo que no respondía, se puso a tentarle la frente y el pulso, hecho lo cual, volviéndose a su cuñada, le dijo:

—Mujer, creo que tienes razón... ¡muerto está!

—Nos cogió la delantera —dijo su mujer.

—Ayer me dijo: allí te espero, añadió Doña Liberata. Pero se ha ido sin los Santos Sacramentos, Escolástica.

—Ayer confesó y comulgó —repuso su mujer—; ¿si le daría el corazón que se iba a morir?

—Se lo diría al oído el ángel de su guarda —dijo Doña Liberata—. Vamos, hermana, a encomendar su alma a Dios, que es lo que nos queda.

Y ambas cayeron de rodillas, y se pusieron a rezar con voz tranquila y espíritu recogido y fervoroso, pero sereno.

¡Oh, almas de Dios! sencillas, mansas, tranquilas y conformes. ¡Almas mil veces bienaventuradas! ¡Qué lecciones dais a las almas mundanales, inquietas, apuradas, extremosas, que refinan y alambican el dolor, gastando su buena savia en hojarasca!

Con la muerte de D. José cesaron el vitalicio y los demás mezquinos recursos de la familia, y por último, la pobre Doña Liberata perdió tanto la vista, que sólo podía dedicarse a hacer calceta, triste y postrer recurso de las pobres mujeres hacendosas. Los telares de medias deberían prohibirse en caridad de Dios. La miseria, pues, había invadido aquel interior, antes tan feliz; pero no embozada sino, en esqueleto, sin un jirón que la cubriese, con las manos vacías y la boca hambrienta, acompañada de la vejez, a la que tanto abrumba, pero que tanto resiste. Bien podía esta doble tremenda visión, la vejez inerte y desvalida y la miseria sin lenitivo ni esperanza, asombrar a cuantos se le presentasen; pero no así a aquellas hermanas, a aquellas almas de Dios que no las veían, interpuesta como estaba entre ellas y los ojos de estas la imagen de San Cayetano, abogado de la Providencia, con sus planes de ley, símbolo y atributo de almas puras.

Sin embargo, había dos días que no comían, dos días que Doña Liberata estaba enferma y postrada en su lecho. ¿Olvidábalas el Santo?

—Liberata —dijo Doña Escolástica—, dos días hay que no has probado alimento. Voy al cuarto del Padre Capellán a pedirle una taza de caldo.

—No, no, —repuso esta—; acaba de pagar por nosotras la casa; nos dio un socorro la semana pasada; su mercé no está muy sobrado; no se debe abusar.

—Pero mujer... ¿te dejo morir?

—No cuides tú de eso; el que esto no suceda está al cargo del Santo bendito —dijo la buena anciana alzando sus amortiguados ojos hacia el cuadro de San Cayetano.

—¡Ay, hermana! —repuso Doña Escolástica—, ya me voy temiendo que nos ha olvidado.

—¡Qué disparate, Escolástica! lo que hace es probar nuestra fe.

—Dos días hay que no comemos, y mañana...

—Dios proveerá, Escolástica.

—Así, hermana, dejémonos de cuidados y angustias y vamos a rezar.

—Vamos —respondió su hermana; y dirigiéndose a su cuadro tan querido del Santo abogado de la Providencia:— ¡Ampáranos, —oró mentalmente—: no te lo pido por mí, sino por aquella pobrecita que está en la cama, que no ha tomado en tanto tiempo ni una cucharada de caldo!

—¡Santo mío! —invocaba a su vez con el corazón la pobre enferma—, intercede por nosotras con Dios para que nos socorra; no lo pido por mí, sino por la pobre Escolástica, que tanto siente no poder asistirme.

Apenas habían rezado diez minutos, cuando Escolástica calló. En aquella silenciosa Plaza de Armas sonaban voces y tropel.

—¿Qué podrá ser esto? —dijo Doña Escolástica, saliendo de la alcoba en que dormían ahora ambas hermanas; y asomándose a la puerta, notó en la Plaza de Armas cantidad de gentes, aumentándose su sorpresa al ver destacarse de aquel grupo a un caballero cuyo traje de General estaba cubierto de banderas y cruces, que llevando del brazo a una hermosa joven se dirigía hacia ella.

—Estos señores —pensó Doña Escolástica—, vienen a ver el castillo.

—Señor —dijo al General que en este momento llegaba a la sala—; esta casa está toda a la disposición de Vuestra Excelencia. Pero, señor, en esta alcoba hay una persona enferma.

—¿Quién es la persona enferma? —preguntó el General.

Esta pregunta, que hubiera causado sorpresa a cualquiera otra, no se la causó a Doña Escolástica, que contestó sencillamente.

—Mi cuñada Liberata.

—Doctor —dijo el General, llamando a uno de los señores que habían quedado en la Plaza de Armas—; hacedme el favor de examinar a la enferma que se halla en esta alcoba.

El facultativo entró en la pieza designada, y el General preguntó a Doña Escolástica:

—¿Y D. José?

—Mi José, señor, —contestó ésta— está donde quisiera estar yo —y señaló al Cielo—. Enseguida añadió:

—¿Pero ha conocido Vuestra Excelencia, que es un caballero tan principal, a mi Pepe, que era un pobre maestro de escuela?

—¿Y habiendo faltado él, con qué cuentan ustedes para subsistir? —preguntó el General, sin contestar a la pregunta.

Doña Escolástica señaló al cuadro que sobre la mesa colgaba en la pared, y contestó:

—Con aquel que es abogado de la Providencia, hasta hoy no nos ha desamparado.

En este instante salía el facultativo de la alcoba.

—¿Qué tiene la enferma? —preguntó el General.

—Inanición, señor; hay dos días que no toma alimento.

El General procuró ocultar que se hallaba dolorosamente conmovido; dijo algunas palabras al oído del médico, y enseguida se entró en la alcoba, seguido de la hermosa joven y de la atónita Doña Escolástica.

—¡Doña Liberata! —exclamó con alegría—; ¿conque San Cayetano ha dado a ustedes un chasco? ¿No decía yo, cuando se lo ponía a ustedes de espaldas, que el Santo no quería a las gentes cansadas?

—¡Jesús María! —exclamaron alborozadas ambas buenas mujeres—; ¿Vuestra Excelencia es aquel loqui..., perdone Vucencia, aquel jovencito, que se nos entró como un pajarito por la ventana?

—¡El mismo!... que ahora se entra por vuestras puertas como un hombre formal, a pedirnos perdón por lo mucho que sin consideración os mortifiqué, y a daros gracias por las inmerecidas bondades y favores que os debí; pues ya no soy aquel loquillo, sino un hombre que ha aprendido a pensar y a sentir. ¿No es verdad, Margarita?

—¡Margarita! —exclamaron asombradas las dos hermanas.

—¿Qué, os asombra mi nombre? —preguntó con bondadosa sonrisa la hermosa joven.

—No es el nombre, señora —contestó Doña Escolástica—; es porque es el mismo de una pícara niña que delató al señor; y si no se lo avisan a tiempo, Dios sabe lo que hubiese sucedido pues apenas huyó cuando se llenó la Plaza de Armas, de tropa y a mi Pepe, porque no quiso decir el nombre del amigo de Vuestra Excelencia, se lo quisieron llevar preso. Pero como Vucencia, a pesar de su locu... de sus cosas, tenía tan buenas entrañas, dejó a mi Pepe aquella carta, —Vuestra Excelencia se acordará —que escribió con objeto de que le sirviese de salvaguardia; y así fue, que apenas la leyó el oficial que venía haciendo de Gobierno, cuando se echó a reír, y le dejó en paz.

—¡Que escribí una carta con ese objeto! —exclamó admirado el General. No lo recuerdo.

—¿Tampoco recuerda Vuestra Excelencia que se le olvidó el dinero? —preguntó Doña Escolástica— Diez onzas, ¡diez onzas nada menos! se dejó Vuestra Excelencia al lado de la carta.

—La carta decía —observó el General, que eran destinadas a comprarles una memoria del huésped que tanto les dio que hacer.

—No señor, nada de eso decía la carta, así fue que mi Pepe las metió en un papel, que selló, diciendo a quién pertenecían, y escribió encima la palabra *depósito*, por si moríamos antes que Vuestra Excelencia las reclamase o hubiésemos podido averiguar su paradero. Pero ni una ni otra cosa sucedió, y ahí están, señor.

El General se volvió a la señora que le acompañaba, y dijo:

—¡Y iban a perecer de hambre! ¡Esto admira!

—Esto enternece, Leopoldo —contestó la joven secando con su rico pañuelo dos lágrimas que surcaban sus mejillas.

—Pero recuerdo muy bien —dijo el General—, que mi carta expresaba el destino de esa suma.

—No señor; y si os queréis convencer, aquí está la carta —dijo Doña Escolástica, sacando de la vetusta papelera una carta envuelta en una plana de palotes que puso en manos del General, añadiendo: —siempre la guardó mi Pepe como reliquia.

El General miró el sobre para cerciorarse de que era dirigida a D. José, y se puso a leerla con curiosidad, a la par de la joven Señora que se había apoyado en su hombro.

Los lectores recordarán el contenido de la carta que han leído ha poco. Pero no así el General Leopoldo Ardaz, que había dieciocho años que la había escrito. Pero tanto él como la joven Señora tenían demasiada bondad de corazón, y eran demasiado finos, delicados y cultos para que aquella carta ingrata y denigrativa les moviese a risa.

—¡Qué cabeza era entonces la mía! —murmuró el General al oído de la señora—: esta carta era dirigida a Ramón Ortiz, y equivoqué el sobre.. ¡y se han hecho la ilusión de que la escribí con la intención de evitarles compromisos!... ¡Oh corazón sano y sin malicia, que todo lo alzas a tu pura esfera, como rebaja todo a la mustia suya el corazón gangrenado por la hiel de la malevolencia y el agraz de la malicia!

Por fortuna, al volver la hoja hallaron el párrafo que hablaba de Margarita, lo que volvió a traer la escena al florido terreno del buen humor.

El insoportable apéndice de su madre, —leyó la joven riendo de corazón— *¡qué crianza dan a esa niña!... ¡asombra!* —prosiguió leyendo—, *¡quién pudiera disolver esta perla en vinagre, como hizo la hermosa Cleopatra con otra!* —Pues ha sido al revés, —dijo sin cesar de reír—: la perla ha sido la que ha absorbido al vinagre.

—Y sin impregnarse de él —contestó el General—; cumpliendo cual no otra con la misión de la mujer cristiana y culta, que no consiste en seguir los errores de su marido, ni menos en identificarse con sus maldades, si las tuviese; sino en constituirse en ángel visible de su guarda; que le retraiga del mal y del error, y le guíe al bien y la verdad. La mujer que yerra con su marido, tiene dos cargos ante la suprema ley, que quiso que fuese para el hombre no el aguijón que irrita sino el freno que contiene:

—*Estoy descubierto*, —prosiguió leyendo la joven— *la niña Margarita, esa cotorrita habanera, esa sabonetilla de repetición, me ha vendido.*

—¿Lo ven Vucencias? —dijo Doña Escolástica—: esa pícara niña fue...

—Esa pícara niña, —exclamó volviendo a reír la joven— hizo otras muchas fechorías de que fue víctima vuestro huésped.

—¿Puede darse?.. —repuso Doña Escolástica—, ¡pobrecito!... Válgame Dios, y qué malas entrañas tenía, la dichosa niña ¿Qué más hizo?

—Poco después en Cádiz le originó un desafío con un francés.

—¡Santo Dios de Israel!... —exclamaron las buenas ancianas.

—A los pocos días lo divulgó, por lo cual el huésped de ustedes tuvo que huir y que expatriarse.

—¡Pues no es nada! ¡Ay que niña!...

—Pues no es esta la peor partida que le jugó; porque años después, habiendo ido su merced a la Habana, le puso como a un manso cordero el santo yugo; pues yo, su mujer y servidora vuestra, soy la pícara niña Margarita.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Y cómo ha sido eso! —preguntaron asombradas las hermanas.

—El loco huésped de ustedes —contestó la interrogada—, después de doce años bien empleados en su carrera, en los que sobre los campos de batalla ganó sus grados, no sin que le dejase la muerte, —de la que siempre escapó— esta cicatriz en la sien y un hombro atravesado por memoria, vino destinado a la Habana, donde se encontró con su antigua contraria la pícara niña Margarita, que —por lo visto— entonces tenía juicio y era apreciable, puesto que su adversario trocó en un todo sus sentimientos hacia ella.

La sorpresa de las buenas ancianas, que iba siempre en aumento, llegó a su colmo cuando vieron entrar unos mozos de fonda, que traían en bateas una suculenta comida.

Margarita corrió hacia ellos, destapó una sopera, llenó un plato de sopa, y se apresuró a llevarlo a la desfallecida; mas esta no le tocaba, y permanecía profundamente abstraída.

—Tomad, tomad —le dijo Margarita—; esta es la medicina que ha prescrito el facultativo.

—¿En que os detenéis Doña Liberata, que no gustáis el alimento que debéis apetecer y que tanto necesitáis?

—Señor, —repuso la anciana— ¿dudaréis aún de la influencia de la intercepción de mi Santo sobre la Providencia, que en el día de hoy desde la Habana os ha guiado aquí?

—No por cierto, no por cierto, Doña Liberata —contestó el General—. Soy español, soy cristiano, soy católico: creo por lo tanto en las gracias espirituales y materiales que obtiene la fe, esa fe que nos une a Dios, a su redil, a nuestros hermanos. Si la hallo en almas puras y en corazones sanos más robusta,

más ciega, más cándida y confiada que lo es la mía, lejos de condenarla o burlarme de ella, la venero y la admiro. Y para no envidiarla, me esfuerzo por adquirirla, no por la convicción del entendimiento, —que la fe no desciende a los torpes y estrechos alcances del hombre— sino por medio de la voluntad, poderosa hija del alma.

Al oír estas palabras, las dos excelentes mujeres cruzaron sus manos, y dos lágrimas corrieron lentas y brillantes por sus mejillas.

—¡Quien a Dios busca, a Dios halla! —dijo Doña Liberata.

—¡Que no le hubiese oído mi José! —dijo Doña Escolástica.

—¿Conque... nada os ha quedado? —preguntó el General.

—¡Nada! —contestó Doña Escolástica—, pues el vitalicio murió con mi José.

—Y yo veo tan poco que apenas puedo coser, —añadió Doña Liberata— que a medida que caía aquel sano alimento en su desfallecido estómago, se iba vivificando.

—Pues el vitalicio que murió con D. José resucita con Leopoldo —dijo el General.

—Tú cuidarás del vitalicio de Doña Liberata, a quien tan terrible susto diste entrándote por la ventana; pero la pícara niña Margarita cuidará de Doña Escolástica.

—Señora —exclamó Doña Escolástica—, ¡si con una peseta nos sobra! ¡Y nunca nos falte!

—No, nunca os faltará a cada una —repuso el General, que añadió sonriendo:— San Cayetano se me ha aparecido, y me ha encargado que cuide de que así suceda.

EPÍLOGO

—¡Oh, Leopoldo! —exclamó con dolor Margarita, cuando hubieron salido:— ¡Y habrá hombres de ideas rectas y de corazón sano que se atrevan a decir a los creyentes y a imbuir en el pueblo: «Vuestra fe es necia, vuestra confianza es vana: no hay esfera espiritual; el mundo es una bola material y estúpida, que no tiene Criador; sin más luces que la de los hombres; sin más motor ni más poder que el de la casualidad!...»

—Si son jóvenes, acuérdate de mí y no desesperes de ellos, —contestó su marido— que ellos volverán si son buenos, a la grey, en cuya serena atmósfera se eleva el alma, se ensancha el corazón y descansa la mente. Si son viejos, esto es, si tienen ya el corazón seco, sin brotes de amor al Criador y a la criatura, si tienen la mente estacionada y encallada en sus errores, si su voluntad inerte y estéril no puede crearles la fe que salva; si sus ojos están ya sin lágrimas, sus pechos sin suspiros, su vida sin esperanzas ulteriores a estas transitorias... ¡compadécelos!... ¡Dios se ha alejado de ellos porque ellos se han alejado de Dios!

ANEXO

UNA MADRE.

EPISODIO DE LA BATALLA DE TRAFALGAR

Era un domingo, 20 de octubre de 1805. El día se había ataviado de su más brillante esplendor. La muralla gualda que circunda a Cádiz como un arco de oro, se hallaba llena de gentes que tendían sus miradas hacia la bahía, pero sus semblantes abatidos, sus labios silenciosos contrastaban con el alegre azul del cielo.

La escuadra combinada, que constaba de quince navíos españoles y dieciocho franceses, salía del puerto. Sus velas henchidas de esperanza y denuedo, sus ligeros y gallardos pabellones, don precioso de la Patria, que llevaban como penachos, hacían que se asemejasen estos soberbios buques a caballeros armados, marchando para un torneo con pasos lentos, mesurados y orgullosos. El mar centelleaba con los vivos rayos del sol. Un viento fresco y ligero acariciaba como un niño su brillante superficie; el cielo estaba puro y sereno, como si jamás debiera estar manchado y turbado por la tempestad.

En el balcón de una de las casas del hermoso barrio de San Carlos, que el hombre ha impelido en medio de las olas sobre poderosos cimientos, en uno de sus balcones verdes como el mar, llenos de flores como cestas, se hallaba una mujer, ora clavando sus ojos en una imagen de la VIRGEN DEL CARMEN, que colgaba en el testero de la sala, ora dirigiéndolos sobre el mar, surcado por los magníficos navíos como por sus señores. De tiempo en tiempo un cañonazo interrumpía el silencio de esta grandiosa escena, de estos solemnes momentos que preparaban a la historia una de sus más fúnebremente brillantes páginas y a la gloria de España una corona de ciprés. Las bocas de bronce decían ¡Adiós! ¡Adiós, amada! a la joven que encerrada en su estancia torcía con angustia sus blancas manos. ¡Adiós, amigos y compatriotas!.. a los que para verlos salir, los seguían con sus miradas, sus votos y sus esperanzas. ¡Adiós, patria!.. a la tierra que quizá no volverían a pisar; y a aquella mujer solitaria e inmóvil en su balcón le decían ¡Adiós, madre!

A pesar de la apacibilidad del día, los expertos e inteligentes marinos españoles previeron la tempestad. Los generales Gravina, Cisneros y Álava hicie-

ron presentes sus observaciones al almirante Villeneuve, comandante en jefe de la escuadra combinada.

«Todas las circunstancias lo resisten —dice en el sermón que en las honras fúnebres del general Gravina predicó el doctor Ruiz y Román—. Todas las circunstancias lo resisten; Gravina las ve, pronostica un desastre, mil muertes se ofrecen a su vista, mas excediendo a su propio juicio su obediencia, contesta cual otro Macabeo:

—Lejos de mí la fuga ni algún temor cobarde; si es llegado el término a mi vida, moriré con valor y sin manchar mi gloria.

El almirante insistió. Sabía que iba a ser destituido por Bonaparte; pocos momentos le quedaban de mando y quiso aprovecharlos para vencer o morir.

¡Cuántas lágrimas y cuánta sangre costó ese desesperado proyecto! ¡Proyecto heroico, si hubiese sido individual.

La señora de C..., viuda de un general de marina, tenía tres hijos; todos tres seguían la gloriosa carrera de su padre y partían en esta armada para arrostrar la furia de los elementos, de los combates y la brillante estrella de un Nelson. Fijaba sus tiernos ojos de madre deslustrados por las lágrimas, en aquellos buques, obras de la temeridad, juguetes de la fortuna, y los volvía después a la VIRGEN, depositando a sus pies su inmenso dolor, implorando su intercesión poderosa con el Árbitro supremo y universal.

No escuchaba ni veía a su lado a la anciana María, ama de aquellos, perteneciente a la familia, si no por los vínculos de la sangre, por los del corazón.

—Señora —decía la anciana sumiéndose las lágrimas con un valor y abnegación de que sólo es capaz el más profundo cariño—, ¿es por ventura la primera vez que los veis salir a la mar y los habéis vuelto a ver buenos, y salvos? ¿Habéis perdido vuestra confianza en la VIRGEN DEL CARMEN, nuestra mediadora? ¿Queréis morir de pena antes que vuelvan? ¡Vamos, valor..., como compete a la viuda y a la madre de valientes marinos! Confiad en Dios como compete a la buena cristiana.

Y María procuraba sonreírse, pero esta sonrisa era un último esfuerzo; alejábbase con el corazón destrozado y se acercaba a otro balcón para fijar sus ojos por entre las celosías sobre aquellos barcos que le parecían lúgubres cual féretros. ¡Ah, hijos míos!— murmuraba entre sollozos—; ¡nosotras que os hemos preservado con tanto esmero del menor viento; nosotras, que os lavábamos con agua templada de miedo que os constipase la fría; nosotras que vigilába-

mos vuestro sueño como el de un enfermo, que no os dejábamos ir solos ni a la escuela! ¡A qué tantos esmeros y cuidados, si ahora tenemos que veros ir a arrostrar esas muertes acopiadas como haces de armas! Ay, ¿por qué esas vidas que arriesgan los hombres como dinero al juego han de tener raíz en el corazón de una mujer?

Y luego María secaba sus ojos, apartaba de su frente sus cabellos blancos, serenaba su semblante, y se acercaba a su señora para procurar consolarla.

Apenas se halló la escuadra en ancha mar, cuando empezaron a cumplirse los vaticinios de los marinos españoles. Se levantó un fuerte viento del Sud-Este y gruesas gotas de lluvia vinieron a anunciar la tempestad. Pero en vez de regresar al puerto, el almirante Villeneuve mandó acortar velas y seguir al encuentro de la catástrofe, como un ciego sigue su camino hacia un precipicio, y tal es la fuerza del honor, que treinta y tres buques, ricos de miles de vidas preciosa, siguieron la voluntad de un solo hombre, que, ciego de despecho, los llevaba a una muerte segura.

Apenas se enlutó el cielo, apenas empezó el mar a levantar su seno agitado y terrible, lanzando sus olas sobre las rocas y contra la muralla debajo de las ventanas de la pobre madre, cuando cayó ésta aniquilada sobre una silla. Sus ojos estaban secos y desatentados; sus miembros temblorosos e inertes; sus labios mudos y descoloridos. María se apresuró a meterla en el lecho y a prepararle un calmante; después cerró puertas y ventanas, para aminorar en lo posible el pavoroso ruido de la creciente tempestad. Su señora, abrumada y anonadada por su terrible ansiedad, quedó por algunas horas en un estado semejante a un letargo. María se había hincado de rodillas delante la Virgen y extendía sus brazos hacia ella como si llevase en ellos a su Manuel, niño de doce años, que casi salía de la cuna para arrojarse en ese caos de peligros, pequeño guardia-marina, que poco tiempo antes saltaba de gozo al vestir su uniforme y al adornarse con galones de oro, como se adorna una víctima con flores.

Sólo interrumpían el silencio el bramido de las olas subido al diapasón de la ira y de la amenaza, y el aterrador aullido del huracán que empezaba, crecía, se hacía poderoso, luego flaqueaba y desmayaba en un lúgubre estertor.

De repente la señora de C., lanza un penetrante grito, se arroja fuera de su lecho y cae convulsa a los pies de la VIRGEN, en brazos de María.

¡Ha oído un cañonazo! ¡El siniestro sonido se repite y se multiplica! No, ya no cabe duda, es la muerte que se envían los hombres al través de la tempestad; es el grito fúnebre de su furia, que resalta sobre la poderosa voz de los elementos embravecidos. Es el reto de una loca audacia a todos los peligros reunidos, pues, como dice don José Ruiz y Román: «las aguas suenan y se conturban; encapotase el cielo y, medrosas sus nubes, aun los hombres se ensangrientan y encarnizan.

¡Qué escena! Donde quiera que se esparce la vista no se ve más que el horror. El cañón truena; abordajes aquí; allá naufragios; incendios a este lado; fuego por todas partes, cadáveres destrozados... ¿Podréis enumerar víctimas? La tierra gime; el mar brama; el aire ruge; la humanidad llora, y enojada la naturaleza misma, suelta con cólera sus tempestades y sus vientos. ¡Llorad naves del mar; sólo quedan ruinas de vuestra fortaleza!»¹.

¡Seis horas duró este combate aterrador, que empezó en la altura del cabo de Trafalgar y arrastrado por las corrientes, vino a concluir a ocho millas de Cádiz, combate que no tiene semejante en los fastos de la historia en valor, honor y desastres! Óigase lo que predicó con gran elocuencia el doctor don Manuel Fernández Varela en las exequias generales que por las víctimas de este combate se celebraron en El Ferrol:

«Entre tanto las dos escuadras se acercan, se observan y se amenazan. ¡Jamás se han visto unas fuerzas tan respetables reunidas sobre las aguas! ¡La mar gime oprimida con su peso y desaparece bajo sus velas! ¡Diríase que

¹ Un escritor francés ha osado hablar calumniosamente de esta batalla, en que tuvieron los ingleses diez navíos desarbolados, seis varados, uno quemado, cinco echados a pique, de siete a ocho mil hombres muertos y heridos, perdidos los mejores oficiales, su famoso almirante y su mayor general. Estas son las ventajas que habían logrado, como dice en su oración fúnebre el doctor D. Manuel Fernández Varela, con fuerzas tan desiguales con haber sido reforzados con cinco navíos a tiempo que se nos habían extraviado cuatro de los aliados. Más equitativos los mismos contrarios, decía *La Crónica*, periódico inglés, en 15 de marzo de 1806: «Nos lamentamos de oír que el bizarro almirante Gravina ha muerto: sus amigos se habían lisonjeado mucho tiempo con la esperanza de su restablecimiento; pero desgraciadamente se frustraron. En él pierde la España el oficial más experimentado de su armada y un marino bajo cuyo mando sus escuadras, aunque a veces batidas, siempre combatían de un modo que merecían los elogios de los vencedores». Por otra parte, véase lo que los franceses de entonces pensaban de Gravina: *El Diario del Imperio* de 19 de enero de 1806 dice que «no se determinó la amputación de su brazo, de aquel brazo que supo usar tan bien, para *honor de nuestro pabellón y ejemplo de nuestra marina*». Es probable que este historiador no tuviese noticia del *Diario del Imperio* de 19 de enero de 1806.

eran dos grandes pueblos que, conducidos por una virtud prodigiosa, caminaban con majestad a disputarse el dominio de la inmensa llanura que los rodeaba! Por último, llega el fatal instante de dar principio a la acción. ¡La una quiere acometer atrevida; la otra espera intrépida! Rompe ya el terrible fuego por una y otra parte. ¡Truena el cañón espantoso! ¡La tierra tiembla de susto, retumban las bóvedas del firmamento y toda la naturaleza se estremece, y el español denodado conserva su serenidad en medio de la borrasca!... ¡Qué asombro, qué intrepidez y qué entusiasmo se deja ver en los semblantes de todos! ¡El amigo tropieza con el cadáver de su amigo y no se altera; oye el marino el silbo de la bala que se roza con su cuerpo y se mantiene impávido; aquí un general cubierto de su misma sangre, desprecia sus heridas y sigue dando órdenes²; allí se ve sostener a otro su navío sin tener ya casi gente³; arranca una bala la bocina de la mano de un comandante y él pide otra sin turbarse⁴; maltrata mortalmente a otro un golpe de metralla y no quiere largar su puesto⁵; queda sin jefes un buque y no por eso se rinde⁶; caen a los pies de un artillero ocho camaradas suyos y no desfallece. Aquí se anega un navío y no quiere arriar bandera⁷; allí se va a pique otro con la suya enarbolada⁸. ¿Qué es esto, Dios eterno? ¿Cabe en el corazón de los mortales tal valor y tal resistencia?⁹».

² ESCAÑO en el navío *Príncipe de Asturias*.

³ CISNEROS en el *Trinidad*, con más de 300 hombres perdidos.

⁴ ALCEDO en el navío *Montañés*.

⁵ VALDÉS en el *Neptuno*.

⁶ El *San Juan*, sin su comandante CHURRUCA y sin su segundo.

⁷ El *Argonauta*, el *Trinidad* y otros.

⁸ El *San Agustín*, por la firmeza de CAJIGAL, su comandante.

De GALIANO dice al concluir su elogio: " ¡Ay! ¡Para dejar a su patria el fruto de sus trabajos como sabio y dar luego la vida por ella como valiente! "

⁹ Al hablar de este apogeo del heroísmo español, no podemos menos de hacer mención de un rasgo heroico de amor filial que brilló unido a tantos otros de honor, como si el corazón hubiese querido competir con este en tan elevada excelencia.

El capitán de navío D. IGNACIO OLAETA que era en aquel memorable día segundo comandante del *Trinidad*, perdió un brazo. Desarbolado, destrozado, sumergiéndose por momentos el buque, los ingleses se apoderaron de él. Tratan de trasbordar a la tripulación que sobrevive, antes de que se hunda el mutilado barco en el abismo, pero no es posible que halle cabida toda en sus lanchas. Esto le hace presente el oficial inglés al joven alférez de fragata don Ignacio Olaeta, hijo del primero, así como la necesidad de abandonar a los heridos, que de todas maneras habrían probablemente de sucumbir, y le brinda el solo lugar que queda en las ya sobrecargadas lanchas. «-¡Eso no! -exclama Olaeta-; -salvad a mi padre y perezca yo.

La infeliz madre, en una triste agonía, se estremece al oír cada nuevo cañonazo, los que, unidos al rugir de la tempestad, tenían petrificados de asombro a los pálidos habitantes de Cádiz.

Hacia la noche cesaron los cañonazos, ¡pero esta suspensión, unida a la continuación de la tempestad, era el callar de la muerte! ¡Qué noche para la pobre madre! ¡Noche sin fin como la eternidad, llena de dolor y angustia como la agonía!

Por fin los primeros rayos del día, tan temido como deseado, alumbraron, cual cirios a un cadáver, el horroroso espectáculo que se presentaba a los ojos de la inconsolable Cádiz. En la costa opuesta yacían el *Bucentauro*, el *Neptuno*, el *Bahama* y el *Águila*. Lanchas remolcaban trozos mutilados de otros buques: ¡las playas se iban cubriendo de cadáveres!

En vano intentó María impedir que su señora se precipitase al balcón. ¡Las ardientes y desatentadas miradas de la pobre madre se fijaban en aquellas masas informes que el día antes había visto salir tan hermosas, erguidas y confiadas! ¡El gran naufragio estaba consumado!

El horror había helado en los labios de la cristiana María aun los consue- los religiosos. La señora de C... se echó atrás, cubriendo su rostro con ambas manos, y se dejó caer en el inmediato asiento exclamando: —Ya no tengo hijos ¡Dios mío; Dios mío! ¡Ten compasión de mí!

Dios oyó aquel grito destrozador del corazón de una madre. En aquel momento se oyen pasos precipitados. María da un grito y la señora de C... se halla en brazos de uno de sus hijos. Entonces se agolpan a sus ardientes y secos ojos las lágrimas, y lo estrecha sobre su pecho, como si los peligros a que ha escapado viniesen a arrancárselo de nuevo. Aun no ha podido hallar voces su felicidad cuando de nuevo se abre la puerta y el mayor de sus hijos se presenta ante sus fascinados ojos. Entonces ella se levanta repentinamente, y en ardiente brote de gratitud se precipita a los pies de la Virgen, sofocada por su emoción. Sus hijos la levantan y sostienen en sus brazos. María acerca con trémula mano un vaso de agua a los trémulos labios de su señora. Pero ¿qué feli-

—Si es este vuestro firme propósito— repuso admirado y enternecido el oficial inglés, venidambos, aunque todos zozobremos!... y padre e hijo fueron salvados.

Nos pesa el que, como de cierto sucederá, el señor brigadier don Ignacio Olaeta sienta la indiscreción que cometemos al publicar sin su venia este hecho. Sirvanos de disculpa el que, si las malas y viles acciones pertenecen a la publicidad, con mucha más razón le pertenecen las nobles y heroicas.

ciudad, por grande que sea hizo jamás olvidar a una madre el hijo por quien tiembla?

—¿Y vuestro hermano? —pregunta a los recién entrados —; ¿y vuestro hermano? ¿Qué es de ese hijo de mi corazón?

Sus hijos callan.

¡Ay! —gime la madre acongojada, ¿no respondéis? Ya lo veo. ¡Ese niño que apenas entraba en la vida ha hallado una horrorosa muerte en sus umbrales! ¡No me lo ocultéis, decidme la terrible verdad! ¿Dónde está? ¿Dónde está mi Manuel?

—¡Aquí estoy! —gritó una voz conmovida e infantil. Y su hijo el menor se echa en sus brazos y se refugia en el seno de su madre, como para olvidar los horrores que acababan de agitar su joven alma.

Entonces los ojos de la madre se secan, no brilla en ellos la felicidad ni los enturbia el dolor. Su semblante ha poco tan expresivo por diversas emociones queda en calma, como la mar que el Norte heló. ¡Sus ojos miran indiferentes a los hijos que la rodean, sus brazos inertes se desprenden de ellos; su rostro, móvil reflejo de sus vehementes sensaciones, se torna frío y estúpido!...

—¡Ah Dios mío!— exclamó aterrado el mayor de sus hijos—. ¡Qué imprudencia ha sido la nuestra!

¡Sentimiento tardío! ¡Aquel corazón de madre tan tierno y tan padecido no pudo soportar tanta felicidad! Había perdido el juicio.

